

REVISTA LA NOTA (ANTOLOGÍA 1915-1917)

Verónica Delgado

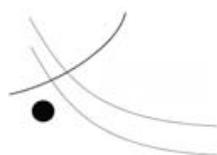
EDITOR



BIBLIOTECAORBISTERTIUS

Verónica Delgado (editora)

Revista *La Nota*
(Antología 1915-1917)



BIBLIOTECA ORBIS TERTIUS / 3

Delgado, Verónica

Revista La Nota: antología 1915-1917 .- 1ª ed.- La Plata: Universidad Nacional de la Plata, 2010.

Internet

ISBN 978-950-34-0679-3

1.Historia Literaria. I. Título

CDD 809

Todos los derechos reservados.

Hecho el depósito que establece la ley 11.723

Directora de colección: Geraldine Rogers

Comité Editorial: Miguel Dalmaroni, Enrique Foffani, Sergio Pastormerlo, Carolina Sancholuz

Secretario: Federico Bibbó

Revisión de textos: Virginia Fuente



Biblioteca Orbis Tertius

Colección digital del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria

<http://bibliotecaorbistertius.fahce.unlp.edu.ar>

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP-CONICET)

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Universidad Nacional de La Plata

Índice

Introducción.....	4
Antología de imágenes.....	15
Ficha Técnica de <i>La Nota</i>	89
Nota sobre la editora.....	90

Introducción*

La Nota, semanario cuyo primer número¹ apareció al cumplirse el primer año de la llamada Gran Guerra (14 de agosto de 1915), se publicó en Buenos Aires entre 1915 y 1921. La colección completa es de 312 números y tuvo un carácter político-misceláneo.² El emir Emín Arslán, director de la revista hasta el n° 272, había llegado en 1910 a la ciudad de Buenos Aires para desempeñar el cargo de cónsul general de Turquía (representante del Imperio Otomano) en Argentina, cargo que ocupó hasta agosto de 1915. Previamente a su llegada a Buenos Aires, el emir Emín Arslán había ejercido como cónsul general de Turquía en Francia y en Bélgica. En “Mi primer viaje al interior”, en que se refería al tiempo inmediatamente posterior a su llegada a nuestro país, el Emir señalaba que “debía organizar el servicio consular de toda una colonia de 100.000 súbditos, abandonados desde hacía un cuarto de siglo, sin representante alguno” y que “no sabía yo entonces una sola palabra de español”.³ Fue amigo personal de Joaquín V. González, vínculo que este último enfatizó en el escrito publicado en el primer número del semanario (“Un recuerdo diplomático”); en alguna ocasión, fue

* La presente introducción retoma las hipótesis de lectura del semanario esbozadas en el trabajo “Reconfiguraciones de debates y posiciones del campo literario en el semanario *La Nota* 1915-1920”, *Anclajes. Revista del Instituto de análisis semiótico del discurso*, vol. VIII, diciembre, n° 8, 2005, pp. 81-99.

¹ Sumario del primer número: “A modo de prefacio”; “Ecos” (“Visiones de Alemania sobre Sudamérica”, “El enemigo”, “Cómo se estimula la industria”, “Guillermo II en rueda de socios”, “Relaciones turco germanas”, “Trincheras y gases asfixiantes en Buenos Aires”, “La verdad sobre el harem”, “El odio alemán”, “Los Estados Unidos y la guerra”, “Afecto y simpatía”); “Un recuerdo diplomático” (Joaquín V. González); “Servidumbre moral” (José Ingenieros); “El tesoro de Scheherezada” (Leopoldo Lugones); “Un año de guerra” (emir Emín Arslán); “El arte en casa” (José Bálamo); “Feuillage du coeur, mélodie pour chante et piano. Poesía de Maurice Maeterlink”; “A SS Benedicto XV” (Eduardo Talero); “A Basiliola” (Ricardo del Campo); “Filosofía” (Agustín Enciso); “Las enseñanzas de la guerra. Un descubrimiento prodigioso” (Benigno Bravo); “Régimen hipotecario” (Carlos Silveyra); “La moda alemana” (Ivonne); “Los estudios unilaterales en la Universidad de Buenos Aires” (Jorge Piacentini); “El momento financiero” (Vosley); “De cómo preparó Bismarck la guerra del 70” (emir Emín Arslán).

² Según la colección del Instituto Iberoamericano de Berlín, se editaron 312 números. Por su parte, Lafleur, Provenzano, Alonso consignaron 310 números. Estos autores destacaron la importancia de *La Nota* en *Las revistas literarias argentinas 1893-1960*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1962, pp. 66-67. En relación con *La Nota* se han escrito trabajos de interés, desde una mirada que se focaliza en cuestiones de género y principalmente en la figura de Alfonsina Storni. Cf. “Periodismo y tecnologías de género en la revista *La Nota* 1915-18” de Tania Diz (desarrollo.uce.edu.ar:8180/dspace/.../335/.../Periodismo_y_tecnologías.pdf); “Género y modernidad en Alfonsina Storni” sobre la prosa periodística de Alfonsina Storni en *La Nota* y *La Nación* de Graciela Queirolo (lasa.international.pitt.edu/Lasa2000/Queirolo.pdf). Algunos de los escritos de Alfonsina en *La Nota* se incluyeron posteriormente en el libro *Nosotras y la piel* compilado por Mariela Méndez, Graciela Queirolo, Alicia Salomone (Buenos Aires, Alfaguara, 1998). Los textos de *La Nota* que componen esa antología fueron publicados en el semanario entre 1919 y 1921. También se ha incluido lateralmente a *La Nota* en trabajos sobre orientalismo en la cultura argentina. Cf. *Between Argentines and Arabs: Argentine orientalism, Arab immigrants, and the writing of identity* de Cristina Civantos, New York, State University of New York Press, Albany, 2006; “El orientalismo argentino (1900-1940). De la revista *Nosotros* al grupo Sur” de Axel Gasket, Latin American Studies Center, University of Maryland, College Park, Working paper n° 22, 2008 ([www.lasc.umd.edu/Publications/.../WP22\(AxelGasquet\).pdf](http://www.lasc.umd.edu/Publications/.../WP22(AxelGasquet).pdf)).

³ El escrito que pertenece a *Recuerdos de Argentina*, publicado en el semanario el 17 de enero de 1919, permite precisar la fecha en que Arslán había llegado a Buenos Aires. Allí recuerda que por su desconocimiento del idioma y en ocasión de acompañar a Joaquín V. González en un viaje al sur de Buenos Aires para ver una estancia que tenía interés en comprar, “veíame obligado a recurrir a sus traducciones para explicarme con los demás” (50).

huésped del general Roca en su estancia “La Larga” —en junio de 1915—; Leopoldo Lugones lo incluyó como personaje secundario de “El puñal”, relato perteneciente a *Cuentos fatales* de 1924, año en que le dedicó su “Romance del rey de Persia”;⁴ en esa década del veinte participó de las reuniones del bar La Helvética, lugar de encuentro de los redactores de *La Nación*, diario en el que también colaboró. Un dato que no deja de ser curioso: la playa de Punta del Este, El Emir, debe su nombre al director de *La Nota* quien en los años veinte construyó su casa en la zona. Druso, de origen libanés, educado en instituciones cristianas de Beirut, y conocedor de la cultura árabe, fundó su revista con el fin de llevar adelante una campaña antigermana en Buenos Aires, en el contexto de la Primera Guerra Mundial, sumándose así al conjunto de la opinión pública porteña y nacional, acentuadamente aliadófila. Vivió en Buenos Aires hasta su muerte, ocurrida en 1943; desde 1915, el periodismo se convirtió en su actividad central y colaboró en medios no solamente locales.⁵ Entre sus obras se cuentan: *La verdad sobre el harem* (Otero, 1916), *Recuerdos de Oriente* (La Lectura, 1916), *Final de un idilio* (Rodríguez Giles, 1917), *La revolución siria contra el mandato francés* (Radio Cultura, 1926), *Los árabes. Reseñas histórico-literarias y leyendas* (Sopena, s/f), *Misterios de Oriente* (Tor, 1932), *Verdadera historia de las desencantadas* (La Facultad, 1935). Posteriormente a *La Nota*, en 1925 dirigió otra publicación, *El lápiz azul*. Aspectos centrales de su biografía personal e intelectual de los años correspondientes a la Guerra, signados por la historia política turca, aparecieron con cierto detalle en *La Nota*. “Reflexiones de un condenado a muerte” (nº 44, 10 de junio de 1916) seleccionaba y exponía, con trazos gruesos, algunos momentos significativos: su condena a muerte decretada en Constantinopla acusado de “alta traición” y su condición de “ferrari” (prófugo); la consiguiente indignación y el desprecio por sus antiguos amigos del Comité de los Jóvenes Turcos que entonces habían armado su caso (“lúgubre comedia”)⁶ y lo habían condenado, obedeciendo al pedido de los alemanes con quienes los turcos se habían aliado;⁷ la larga persecución del Sultán Abd-Hul-Hamid; la impresión que le causara París; el regreso a su pueblo natal y su vocación modernizadora; la orden de arresto y muerte por sus “ideas libertadoras” y contrarias del régimen turco (863). En la misma entrega de *La Nota*, en la sección “Ecos”, el suelto “Una condena festejada con un banquete” (873), consignaba la crónica del encuentro del núcleo de colaboradores más allegado al director, en el restaurante Ferrari, para ofrecer una “demostración” al Emir, que incluyó estrofas de varios de los asistentes;⁸ la misma sección del número siguiente transcribía los versos en francés que había enviado el hermano del entonces ministro de

⁴ Lugones dedicaba: “Al Emir Emín Arslán, descendiente de los reyes persas” (129). Cf. Leopoldo Lugones, *Romancero*, Buenos Aires, Babel, 1924, pp. 129-149, en la colección digital “Leopoldo Lugones”, de la Biblioteca Nacional de Maestros.

⁵ En la década del treinta, colaboró en las revistas chilenas *Mundo Árabe* y *La Reforma*.

⁶ Arslán había participado del Grupo de los Jóvenes Turcos, que con el levantamiento de 1908 obligó al sultán Abd al Hamid II a transformar su monarquía absolutista en una monarquía constitucional. Cristina Civantos, *op. cit.*, p. 115.

⁷ El emir Emín Arslán explicaba que habían sido sus opiniones las que le habían valido esa condena. “(...) y yo he sacrificado mi carrera, mi tranquilidad, por la indignación que me produjo la perdición de Turquía decretada por su sometimiento a los planes del Káiser, cobardemente consentido por mis antiguos compañeros. Pero si solo hubiese yo callado, si no hubiese confesado mi sentimiento, habría conservado los “honores” de mi cargo y mis emolumentos, pagados por los alemanes. Yo no dije que Turquía debía ponerse del lado de los aliados [...] dije solamente, y lo repetiré hasta el cansancio, y lo repetiré bajo la horca preparada para mí en Stamboul, que Turquía hubiese debido conservar su neutralidad a toda costa” (863).

⁸ Cf. el suelto en esta *Antología*.

Relaciones Exteriores de Bélgica, barón Hubert de Beyens, para la ocasión.⁹ Asimismo, en un escrito previo y de diferente carácter, Arslán había explicado su situación diplomática en función de la demanda que había elevado a la Suprema Corte de Argentina el cónsul general del Imperio alemán, Rodolfo Bobrik, en septiembre de 1915, que terminaría con la separación del Emir del cargo que lo había traído al país. Bobrik, quien en adelante ejercería como representante de Turquía en Argentina, había exigido la devolución por parte de Arslán de “los sellos, libros, fondos, documentos, archivo y demás pertenencias del Consulado General de Turquía, que se hallan aún en su poder y sin los cuales me es imposible desempeñar las funciones a mi cargo”.¹⁰ Ese texto, en que el Emir había consignado conjuntamente la demanda del cónsul alemán y su propia respuesta, no solo informaba a los lectores del semanario de su situación, sino que escenificaba una modalidad de participación pública que la revista promovía desde sus inicios al definirse como “tribuna libre” y, por tanto, garante —si no de imparcialidad, al menos— del derecho a réplica. Por lo demás, los escritos mencionados relativos a la vida del director del semanario constituyen documentos relevantes para iluminar avatares de las relaciones turco-germanas y son, al mismo tiempo, episodios nada desdeñables para dar cuenta de formas de sociabilidad e intervención intelectual históricamente fechadas, actualizadas en la prensa. Así sucede con el banquete o con las reuniones de “Los sábados de *La Nota*” —que la revista propuso como modo de llevar adelante sus “propósitos de cultura argentina”— que muestran la continuidad con un tipo de prácticas presentes en otras publicaciones previas y contemporáneas, que como el *homenaje* a personalidades vivas y muertas, o la *demonstración*, fueron propias de una fase de la vida literaria argentina, respecto de la que tuvieron un matiz fuertemente cohesivo. El hecho de que el restaurante “del gordo Ferrari” en donde se realizara aquel banquete hubiera sido, a comienzos de siglo XX, lugar de reunión del “almorzáculo” que congregó a muchos de los posteriores miembros de la revista *Nosotros*, resalta esa continuidad.

El repaso de la colección completa de la publicación pone de manifiesto la presencia de una colaboración intergeneracional no solo argentina y americana,¹¹ que era prueba de su ligazón con la cultura consagrada y a la vez de la permeabilidad al ingreso de nuevas figuras. En la revista escribieron miembros de las elites intelectuales y políticas, escritores y críticos consagrados o noveles: Joaquín V. González, Leopoldo Lugones, José Ingenieros, Enrique Prins, Alberto Gerchunoff, Francisco Barroetaveña, Ricardo Rojas, Rodolfo Rivarola, Francisco Sicardi, Matías Calandrelli, Juan Pablo Echagüe, Arturo Cancela, Gustavo Landívar, Edmundo Guibourg, Carlos A. Leumann, Carlos Gutiérrez Larreta, Alfonsina Storni, Álvaro Melián Lafinur, Ricardo Sáenz Hayes, Adolfo Agorio, Hugo de Achával, Almafuerte, Julián Aguirre, Benigno Bravo, Evar Méndez, Pablo Rojas Paz, Manuel Gálvez, Luis María Jordán, Arturo Marasso Rocca, Gustavo Caraballo, Carlos Astrada, Ernesto Mario Barreda, Rufino Blanco Fombona, Atilio Chiáppori, Clemente Onelli, Ricardo del Campo, Eugenio Díaz Romero, Ventura y Francisco García Calderón, Ataliva Herrera, Carlos López Buchardo, Agustín Enciso, Edmundo Montagne, Amado Nervo, Miguel de Unamuno, Ramiro de Maeztu, Antonio Machado, Ramón Pérez de Ayala, Emilio Coni, Juan José

⁹ El escrito llevaba por título “Ecos del banquete a un condenado a muerte: los versos del Barón de Beyens”, *La Nota*, nº 45, 17 de junio de 1916, p. 893.

¹⁰ *La Nota*, nº 9, 9 de octubre de 1915, pp. 163-165.

¹¹ Entre otros: Jorge Zaidán, cuya novela *La Hermana del califa*, traducida por Checri Abí Saab, se publicó por entregas en el semanario; Herbert Feibelmann; R. Gay de Montellá; a ello debe sumarse una cantidad de textos de autores extranjeros, no escritos especialmente para el semanario y aparecidos previamente en otros periódicos.

Soiza Reilly, Mario Bravo, Alfredo Palacios, José André, Julio V. González, etcétera. Al mismo tiempo, en la revista se registró una gran cantidad de colaboraciones bajo seudónimos, principalmente femeninos: Bebé, Amalia, La Niña Boba, Aglavaine, Angélica, Lola, Blanca, Madmoiselle Sagesse, Doctora X, Ivonne, Experta, Araceli (caricaturas), pero también masculinos: Sirio, Pero Grullo, Néstor, Brand, Xenófilo, Porteño, Grajo, Pasos Perdidos, José Bálsamo (Cupertino del Campo), y otros neutros: DIXI, X, Z, M, Macaya.

Si hubiera que definir a *La Nota* a partir del modo en que organizó su participación en el espacio de la prensa, teniendo en cuenta su objetivo político de promover la causa aliada y la atención que para tal fin otorgaba a un público efectivamente ampliado, tal definición debería destacar la presencia simultánea de una serie de rasgos de la prensa periódica más moderna y popular junto con otros que remiten a la prensa política y de elite. Es así que, por un lado, a diferencia de la mayor parte de los magazines, tuvo una motivación política, y estuvo escrito principalmente por miembros de las elites políticas e intelectuales; por otro, *La Nota* organizó su intervención utilizando recursos característicos de los semanarios plebeyos, que se tradujeron —al menos desde la voluntad de ser leídos ampliamente— en modificaciones en tono, estilo, géneros usados y estándares de lengua deseables. Como semanario, *La Nota* se enroló en la experiencia pionera de otras publicaciones del género cuyo caso más exitoso era *Caras y Caretas*; de ese modo, convirtió al público y al mercado en cuestiones centrales para escoger sus materiales y proponer sus temáticas, o para el diseño de algunas de sus secciones. En un contexto de proliferación de publicaciones de estilo misceláneo que se disputaban las suscripciones del público, la revista fundamentaba su vida en la constatación de la existencia de lectores y escritores potenciales, esto es, en el reconocimiento de un mercado de lectura y escritura, al que definía en términos igualitarios como: “la enorme cantidad de seres que se tienen por capaces de escribir y ser leídos” (nº 1, p. 1). El mercado aparecía en la revista bajo formas variadas: fundamentalmente en la existencia palpable de un mercado de bienes culturales que tenía sus exponentes en los diarios y revistas de diversa índole, en las colecciones de libros a las que hacía referencia, en el teatro o el cine; en la puesta en primer plano de la situación material y moral de los escritores; en la voluntad de la revista por informar sobre sus modos de circulación y venta; en la incorporación de propagandas o avisos sobre objetos variados de consumo, los cuales constituían otro modo de financiación además de la suscripción;¹² en la promoción de los propios índices o de libros de sus colaboradores,¹³ como también en escritos centrados en el problema del gusto (“Nuestro gusto artístico” de Jorge M. Piacentini, nº 6; “Films” de José Bálsamo, nº 5; “A modo de prefacio”, “Al público y los colegas” ambos de la Dirección, por citar algunos casos). A esto debe agregarse la importancia otorgada a la lectura como forma de articular proyectos culturales por parte de algunos miembros de las elites intelectuales, proyectos que no desestimaron sino antes bien incorporaron al mercado como variable decisiva de esa construcción; este énfasis se muestra en la gran

¹² La colección que consultamos es una colección encuadernada. En los tres primeros tomos de que nos ocupamos, que abarcan 125 números, aparecen algunos avisos en la última página de cada entrega de la revista o no aparecen, aunque se hace referencia a su existencia. En tomos posteriores, están al final de cada número. Las publicidades son de cigarrillos —43—, transporte, restaurantes, aceites, bebidas —Cinzano, vinos nacionales, cerveza, cognac—, bancos —Francés del Río de La Plata, Banco Francés e Italiano para la América del Sud, Superville y Cía.—, lociones medicinales, sastrerías —La Mondiale—, chocolate Águila, mueblerías y alfombras —Thompson Limitada—, etcétera. Con respecto al aviso de Águila importa destacar que aparece como viñeta de los relatos de *Las mil y una noches*.

¹³ No solo los del director (*Final de un idilio* y *La verdad sobre el harem*), sino también *La Fragua* de Adolfo Agorio (uruguayo) o *Alemania contra el mundo* de Francisco Barroetaveña.

importancia otorgada a “La Cultura Argentina” (1915-1925) de José Ingenieros y a “La Biblioteca Argentina” (1915-1928) de Ricardo Rojas, dos emprendimientos editoriales que polemizaron acerca de las versiones del pasado, en el contexto de la emergencia de una hegemonía alternativa con la efectivización de la Ley Sáenz Peña.¹⁴ Por otra parte, la consolidación de la capacidad de escribir y leer, que tales colecciones pusieron de manifiesto y en la cual *La Nota* justificaba su existencia, reconocía como órgano privilegiado de su ejercicio a las revistas, a las que se vinculaba directamente con el ejercicio de la democracia. La revista se imaginaba como instrumento de diálogo, forma horizontal de aproximación con el público, modalidad a la que definía como un “sistema de intercambio amistoso” (nº 1, p. 1). En función de ese sistema, el público era presentado como garante exclusivo de éxitos y fracasos y por lo tanto, la revista se dirigiría a él, mediante el uso de una lengua escrita cuyo parámetro debería ser la legibilidad: “esa prosa llana y castellana que es tan de su [del público] sabor” (nº 1, p. 1). Así, en “A modo de prefacio”, el público —al menos desde lo declarado— era considerado un actor decisivo para la elección de los materiales, cuyas preferencias la revista esperaba satisfacer, invitando a explicitarlas; el semanario cifraba el diseño de su propia índole en ese contacto al que asignaba una función modeladora. La revista declaró el carácter “interesante” de los materiales y temáticas como su criterio de selección, y la intención de publicar escritos sobre “cosas interesantes” tuvo su correlato en los géneros propuestos, incluso para los temas políticos. De este modo cuestiones estatales y políticas se enunciaron en primera persona en la forma de “recuerdos diplomáticos”, “recuerdos de Oriente”. Así, el tono de los artículos resultaría más ameno para los lectores a quienes se iniciaba en temas de política nacional e internacional, por la vía del *interés* que suscitaba un hecho contado por su protagonista.¹⁵ Por otra parte, aunque *La Nota* otorgó a los lectores un lugar relevante en sus escritos programáticos, fundamentando su existencia en la nueva distribución de la lectura y de la escritura, esto no se tradujo en una generosa inclusión de textos escritos por esos lectores, como sucedía en otros semanarios. Contrariando sus declaraciones programáticas, esta “tribuna libre” aspiraba a contar como colaboradores de sus páginas a “todos los intelectuales del río (sic) de la Plata” que, en la revista, continuaron monopolizando el ejercicio más legítimo de la escritura, para orientar ideológicamente a “modistillas” y “empleados de comercio” que conformaban la porción más importante del público de *La Nota* en términos de beneficio económico.

Editada por el Establecimiento Gráfico Rodríguez Giles, *La Nota* salía los sábados y esto puede vincularse con cierto anhelo por colocar la lectura como una actividad más entre aquellas destinadas al esparcimiento; asimismo, y en relación con las actualidades de la Guerra, puede ligarse con la intención de reseñar y opinar sobre los acontecimientos más destacados de la semana y dar cuenta del modo en que tales acontecimientos eran procesados por los grandes diarios nacionales y la prensa extranjera. En el inicio la tirada fue de 5000 ejemplares y el número ascendió luego a 21 000. Fue, según su autoimagen, pero no solo por ella, una publicación exitosa; ese éxito de ventas le permitió conservar su formato y extensión, en las condiciones

¹⁴ Cf. los trabajos de Fernando Degiovanni, “La invención de los clásicos”, *Orbis Tertius. Revista de Teoría y Crítica Literaria*, Año X, nº 11, Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de La Plata, 2005 (<http://www.orbistertius.unlp.edu.ar>), y *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en la Argentina*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2007.

¹⁵ Joaquín V. González inauguró ese género en la revista y lo definió como una forma de trato con los lectores: “Mi amigo el Emir Emín Arslán, [...] ha puesto de moda entre nosotros un género siempre atractivo, el de la confidencia ligera sobre asuntos graves [...] Es decir, nos ha enseñado a desarrugar el entrecejo de la solemnidad [...] y hablar con los amigos como amigos, y entre estos ninguno más estimable que el ‘amigo lector’” (nº 1, p. 2).

económicamente adversas producidas por el elevado costo del papel durante la Guerra. Se vendía por suscripción semestral, anual y por número suelto. Tuvo un “Director” y, por un tiempo, se sumó a esa estructura organizativa unipersonal, un “Jefe de redacción”, figura que luego desapareció. Carlos Alberto Leumann ocupó ese cargo entre los números 26 a 71, desde el 1 de febrero de 1916 hasta el 16 de diciembre de ese mismo año.

En su heterogeneidad, el semanario incluyó discursos que se ocuparon de distintas prácticas y zonas de la experiencia del mundo social. Así ingresaron en la revista, con valores y funciones diversos, la literatura y la crítica literaria, teatral y cinematográfica, las artes plásticas, la música, las “variedades”, las noticias locales, el cine, la política, la vida doméstica, el mundo femenino. Las secciones en que se organizó *La Nota* tuvieron un carácter variado y no siempre fueron las mismas a lo largo de los años. No obstante, algunas estuvieron presentes desde el comienzo o muy tempranamente; “Ecos”, “Bibliografía”, “Lectura”, “Palabras alemanas”, “Variedades”, “Sección alemana”, “Cosas femeninas”; otras secciones fueron: “Cositas del Congreso”, “Antología castellana”, “La nota mundana”, “Los conciertos”, “Teatros”, “El teatro Nacional”, “La semana teatral”, “Caricaturas”, “Poesías”, “Revistas”, “Noticias de la guerra”, “Líneas”, “Revista de revistas”, “Literatura extranjera” (sic), “Perogrulladas”, “Notas educacionales”, “Notas forenses”. Además y durante algún tiempo se publicaron partituras musicales y se sumaron a las caricaturas, dibujos y grabados, algunos materiales fotográficos, que no reemplazaron ni superaron en cantidad a los primeros.

La inclusión del mundo femenino, por medio de secciones y temáticas particulares, merece una mención destacada ya que se vinculaba con la intención de incorporar a las mujeres como lectoras y al ámbito doméstico como espacio de lectura y circulación de la revista. Las cartas de la Niña Boba, seudónimo de una joven de clase alta, constituyeron el espacio en el cual las conductas y saberes sociales de las mujeres de su clase se descubrían y dramatizaban ante un público mixto de lectores. Eran las confesiones anónimas y en *carta* de la niña que escribía al director de la revista, sobre una serie de temas privativos de las niñas (jóvenes porteñas), básicamente mundanos: el *flirt*, los bailes, la infidelidad, el enamoramiento, los noviazgos, el secreto femenino, la amistad entre hombres y mujeres, la timidez, los aniversarios. Así expuestos, desde la experiencia personal, estos temas podían funcionar como modelos de conducta de lectoras y lectores, a la vez que les descubrían un mundo al que no pertenecían. La revista reunió también otras voces femeninas: Leyla, Blanca, Lola, Ivonne, Bebé, Experta, Mademoiselle Sagesse, Zulema, cuyos textos aconsejaban, discutían y tendían a modelar cierto tipo de subjetividad femenina. Además, si bien la mayoría de los colaboradores fueron hombres, varias mujeres firmaron sus textos. Se publicaron poemas de Alfonsina Storni, de Delfina Molina y Vedia de Bastianini, de Blanca Piñero, de Lola Pita, y respuestas firmadas a cartas de Bebé (como por ejemplo, la de Blanca Pizarro).¹⁶ Además, el semanario incorporó, en 1916, una sección específica

¹⁶ De Storni aparecieron, entre febrero de 1916 y octubre de 1917: “Convalecer” (nº 29, 26 de febrero de 1916, p. 567), “Golondrinas” (nº 30, 4 de marzo de 1916, p. 592), “¡Oh! Tú” (nº 38, 29 de abril, de 1916, p. 750), “¡Piedad!” (nº 43, 3 de junio de 1916, p. 848), “Nocturno” (nº 46, 24 de junio de 1916, p. 907), “El poema de la risa” (nº 48, 8 de julio de 1916, p. 949), “Los poemas del corazón” (nº 55, 26 de agosto de 1916, p. 1087), “Una carta” (nº 60, 30 de septiembre de 1916, p. 1187), “Algunas líneas” (nº 65, 11 de noviembre de 1916, p. 1307), “La fina crueldad” (nº 69, 2 de diciembre de 1916, p. 1365), “Canto a los niños” (nº 70, 9 de diciembre de 1916, p.1385), “Media noche” (nº 76, 20 de enero de 1917, p. 1508), “Yo espero” (nº 83, 10 de marzo de 1917, p. 1648), “Sobre Nosotros” (nº 94, 26 de mayo de 1917, pp. 1865-1866), “El dulce daño”, “A Rubén Darío” (nº 114, 13 de octubre de 1917, p. 2296). La poesía de

para las mujeres, “Cosas femeninas” (más tarde “Notas femeninas”), en la que se trataron, menos jocosamente y de modo más general que en las cartas de la Niña Boba, cuestiones de educación familiar y otras en las que las mujeres eran el tema: “Las madres para con los hijos”, “La mentira y los niños”, “La salud en el matrimonio”, “Las mujeres electoras”, “La mujer después de la guerra”, “La mujer en la abogacía francesa”, “La mujer diputado” (sic). También se publicaron breves notas en las que se contaban historias de protagonistas mujeres, cuyas conductas públicas alcanzaban una dimensión ejemplar: “La poetisa Elena Vacaresco”, “Corazón belga”, “Clotilde de Vaux y Comte”, “Natalia de Servia cuida a los heridos”, etcétera.

Desde sus declaraciones explícitas la revista propuso un gesto contrario al de la especialización, privilegiando el análisis general de las cuestiones a tratar, tal como sugería su nombre. Esta resistencia a la especialización se relacionaba con su forma relativamente flexible que le permitía incorporar y yuxtaponer, sin demasiado conflicto, un artículo sobre un libro, una crónica teatral, una nota sobre “los sports atléticos y la apendicitis”. No obstante, una zona del semanario mostraba la especificidad de la crítica literaria (ya fuera en la sección “Bibliografía”, en la sección “Teatros” —como crítica teatral— o en las notas dedicadas a libros en particular). Las secciones “Lectura” y “Lecturas” incluyeron materiales diversos y apuntaron a públicos no especializados en literatura o no exclusivamente literarios: “Epístola al hombre que desea casarse” (Max O’ Rell), “El olor de los alemanes”, “Nobleza y magnanimidad (Cuento de Oriente)”, “Los espías natos”, “Algo sobre la Kultur y la cultura”. Además, y como práctica habitual del semanario, esta sección presentó frecuentemente a sus lectores artículos de otras revistas y diarios, o reeditó textos ya publicados, completos o fragmentariamente. Por ejemplo: “Las mulas de oro de Enver Baja”, por Myriam Harry; “Consideraciones de Le Bon sobre la guerra. (‘Complicaciones de las guerras modernas’, ‘Las consecuencias de la guerra en la población’, ‘Las pérdidas de hombres’, ‘Los gastos de las guerras modernas’); “José Martí”, por Rubén Darío.

Además de ingresar en la sección “Lectura”, la literatura era incorporada en el semanario como ficción: cumplía una función de entretenimiento, afianzaba las competencias de lectura y vehiculizaba enseñanzas morales. La publicación de estas ficciones era considerada por la Redacción como una “mejora” para la revista y, a partir del segundo número, se hizo explícita la decisión de ampliar el espacio “reservado para el texto de lectura”, principalmente para la ficción literaria, a la que se reconocía como estrategia eficaz para captar lectores. Así se publicaron, en números sucesivos y por entregas, ficciones exóticas: cuentos árabes, cuentos de Oriente, una novela árabe —*La hermana del califa* de Jorge Zaidán—, relatos del director de *La Nota*. Conjuntamente con esa literatura aparecían obras de autores nacionales y extranjeros, consagrados e inéditos. Estos textos recortaron un público diferente del previsto para los relatos “orientales”. Se trató principalmente de poemas —muchas veces escritos en francés— que alternaron con relatos breves y con alguna obra de teatro. Entre sus autores se contaron Almafuerte, Leopoldo Lugones, Carlos de Soussens, Luis María Jordán, Rubén Darío, Eugenio Díaz Romero, Alfonsina Storni, Carlos Gutiérrez Larreta, Ricardo del Campo, Juan Julián Lastra, Edmundo Montagne, Delfina Bunge de Gálvez, Mariano Antonio Barrenechea.

Delfina Bunge de Gálvez mereció un extenso artículo de Edmundo Montagne, en el que además se transcribieron varios poemas de la autora (n° 34, 1 de abril de 1916, pp. 661-663).

Los intelectuales,¹⁷ la guerra y la política argentina

La Primera Guerra Mundial (La Gran Guerra, como se la denominó) fue el hecho político internacional que aglutinó, por esos años, gran parte de los debates intelectuales y de la esfera de la opinión pública, y de modo particular organizó *La Nota* puesto que funcionó como la revista que promocionó a los países aliados en contra de Alemania durante el conflicto y llevó adelante una decidida campaña antigermana en Buenos Aires (y enfrentada con el mismo gobierno turco), en oposición a otras publicaciones proalemanas como *Germania*, también impresa en la capital y contemporánea suya.

La revista publicaba en cada número diversos artículos —firmados, con seudónimo o sin firma—, atribuibles a la Redacción, en los que sería posible reconstruir una perspectiva clara respecto de la guerra y una línea ideológica que habilitaba las críticas a diversos actores de la escena política nacional. En ese sentido, las colaboraciones de Carlos Alberto Leumann acerca del socialismo (“El partido socialista”, “Los profetas del socialismo”, “Las razones económicas del socialismo científico”) o de Arturo Cancela (“El internacionalismo”), y las firmadas por el emir Emín Arslán sobre la Guerra, son un ejemplo. En el marco de esta enunciación política del semanario, los intelectuales no solo argentinos, sino también americanos y europeos¹⁸ discutieron sobre la Guerra que funcionó como tema insoslayable del campo intelectual y literario, discusión que se planteaba además en una interlocución fluida con otros periódicos, particularmente con *La Nación* en el que colaboraba no solo el emir Emín Arslán, sino también otras personalidades vinculadas a *La Nota*.

La crítica ha señalado que durante la Primera Guerra Mundial la prensa europea fue un instrumento eficaz de propaganda y por primera vez se trató de una empresa que fortaleció sistemáticamente la identificación nacional, demonizando al enemigo; a su vez, exportó la guerra hacia otros continentes de modo tal que manipulaba los conflictos y aspiraciones de otras regiones y pueblos de manera que favorecieran al propio país.¹⁹ A esto puede agregarse que en el caso argentino y para el semanario, la discusión sobre el neutralismo, fue la llave de una crítica severa al yrigoyenismo. En *La Nota*, en términos generales pero especialmente en relación con la Guerra, la prensa se presentaba como mediadora natural, como articulación y espacio de construcción de opinión y fuente privilegiada de información a la que se agregaban los documentos diplomáticos; en la colaboración referente a la Guerra esto era de rigor, porque la prensa, junto con dichos documentos diplomáticos, fue la fuente de información privilegiada. Como ya se dijo, la revista apeló a formas probadas de éxito de los magazines del mercado de la prensa periódica. Así, secciones como “Ecos”, “Variedades”, “Sección alemana” o “Palabras alemanas”, compuestas por breves notas que destacaban aspectos “interesantes”, entrevistas, encuestas y cables, propios y

¹⁷ La cuestión “intelectuales” apareció en *La Nota* de diversas maneras; una de ellas fue la tematización de la situación material y moral de los escritores en al menos dos artículos del emir Emín Arslán que merecieron la respuesta de Miguel de Unamuno. Cf. en esta antología: “La condición de los intelectuales en Argentina” (nº 19, 18 de diciembre de 1915) y “Los intelectuales en Argentina” (nº 24, 22 de enero de 1916), ambos del emir Emín Arslán, y “Al derredor de la intelectualidad” de Miguel de Unamuno (nº 41, 20 de mayo de 1916).

¹⁸ “Apóstrofe” y “Alemania” de Almafuerte; *Alemania contra el mundo* de Francisco Barroetaveña, con prólogo de Almafuerte. De este libro, que se había publicado primero en *El Diario* de Láinez, *La Nota*, en “Bibliografía”, afirmaba: “nos reconforta, pues con la convicción de que el pueblo argentino no ha permanecido en una deshonrosa inconsciencia”. *La Nota*, nº 63, pp. 1253-1254.

¹⁹ Katrin Hoffman, “¿Construyendo una ‘comunidad’? Theodor Alemann y Hermann Tjarks como voceros de la prensa germanoparlante en Buenos Aires, 1914-1918”, *Iberoamericana*, Año IX, nº 33, pp. 121-137.

tomados de otros medios, se contaron entre las estrategias de construcción de opinión respecto de la Gran Guerra, en el ejercicio de una forma fundamentalmente ideológica de pedagogía. Uno de los modos característicos en que el semanario construyó y modeló la opinión de sus lectores fue la encuesta que, cursada a intelectuales destacados, no solo tuvo por objeto los hechos puntuales de la Guerra, sino que se planteó, por ejemplo, en relación con la cuestión del divorcio. En ese sentido, la respuesta de Rodolfo Rivarola sobre la actitud argentina ante el último decreto alemán, exhibía el valor asignado a este modo de interpelación, en el contexto de una concepción liberal y burguesa de la cultura que asentaba su eficacia en el valor de las opiniones de un grupo, los intelectuales: “No sé que la opinión pública pueda formarse de otra manera que por la suma de opiniones particulares, y por eso, todos tenemos a la vez el derecho y la obligación de opinar”.²⁰

Como ya observamos, en relación con el propósito político-ideológico de la publicación respecto de la Guerra, es posible reconstruir las significaciones que ésta adquirió para una franja de escritores, intelectuales y políticos quienes consideraron el conflicto como tema primordial, cuya discusión convirtió a *La Nota* en un espacio de reconocimiento intelectual y literario. Al mismo tiempo, ese debate fue un expediente a partir del cual ingresó, sesgada desde esa perspectiva, la problemática aún vigente del nacionalismo cultural, algunos de cuyos casos paradigmáticos fueron las diez “Meditaciones sobre el nacionalismo” de Ricardo Rojas publicadas sucesivamente desde el n° 6 al n° 16, aparecidas ese mismo año en volumen como *La argentinidad*, y la crítica que este último recibió en 1917; algunas intervenciones de Lugones y sobre Lugones —“El tesoro de Scheherezada”, en el n° 1; “Las conferencias sobre Homero”, en el n° 50; la nota bibliográfica sobre *El payador*—;²¹ o la atención otorgada a las empresas culturales editoriales contemporáneas del semanario, “La Cultura Argentina” de José Ingenieros o la “Biblioteca Argentina” de Rojas, dos proyectos que constituirían formas de intervención novedosas por parte de dos miembros de la cultura letrada, en tanto conjugaron, aunque con énfasis diversos, el anhelo de construcción de un pasado nacional como sustento de una ficción identitaria y una visión positiva de las posibilidades que ofrecía, para tal fin, un público decididamente más amplio. Cabe aclarar que luego de “Servidumbre moral”, aparecido en el primer número del semanario, Ingenieros colaboró con “Historia de una biblioteca” (n° 5, 7 de septiembre de 1915) en el que explicaba los avatares pero también los propósitos de su empresa. Además, en el caso de la “Biblioteca Argentina”, *La Nota* consignó detalladamente sus comienzos ocupando en ello el espacio casi completo de la sección “Bibliografía” del n° 20.²² Por otra parte, la Guerra, que encontró en la nacionalidad el principio de identidad —eran los países o las naciones, los que se reunían y a la vez se diferenciaban dentro de la causa aliada— fue una ocasión propicia para debatir en esa clave cuestiones más específicamente culturales: la existencia de un teatro nacional, de una música nacional, de una novela nacional, de una tradición nacional, de un público nacional para el cine o el teatro, de la pintura nacional.

²⁰ *La Nota*, n° 82, 3 de marzo de 1917, p. 1622.

²¹ “Leopoldo Lugones”, por Agustín Enciso, n° 55, 26 de agosto de 1916.

²² En “Bibliografía” sobre la “Biblioteca Argentina” de Rojas, se dice, en el n° 20: “Los primeros volúmenes aparecidos de la Biblioteca Argentina fundada y dirigida por don Ricardo Rojas, sugieren la impresión inmediata que ella viene a constituir una obra de verdadera cultura literaria en nuestro país, poniendo en más íntimo contacto con el público los libros nacionales de más valor y más expresivo de nuestro espíritu y nuestra tradición”. Las cuatro primeras obras eran: *Doctrina democrática* de Mariano Moreno; *El dogma socialista* de Echeverría, las *Bases* de Alberdi y *Educación popular* de Sarmiento. Destacado mío.

Directamente enlazada con lo anterior, la presencia de España en *La Nota* no desentonaba con las discusiones en torno de la religación cultural de Argentina (y América) con la Península a partir de la reevaluación de la herencia española propia de los años que rodearon al primer Centenario de la Revolución de Mayo. Tal tendencia que estuvo presente en posiciones ideológicamente antagónicas y que tomaría nuevo impulso luego de la Guerra, tuvo en el semanario una modulación particular que consistió en una revisión crítica aunque matizada de los vínculos con España; los planteos de esta revisión —que no tomó la forma de la injuria y que en sus versiones más contundentes estuvo del lado de los propios españoles—, tuvieron como eje la reflexión sobre los escritores e intelectuales. Así, por medio de las intervenciones de autores argentinos, americanos y europeos, no solo españoles, en torno del conflicto bélico, la revista a la vez que mostraba un modo de pensar la función de la cultura —y por tanto de los intelectuales— ofrecía, según los casos, una visión más o menos crítica de aquellas relaciones. Españoles colaboradores de *La Nota* que se refirieron a la Guerra fueron, entre otros: Miguel de Unamuno (“El manifiesto germanista de los intelectuales españoles”, n° 29; “Las liturgias de la higiene”, n° 35; “Al derredor de la intelectualidad”, n° 41; “Una paradójica hipótesis sociológica sobre la guerra actual”, n° 46), Luis Ariquistain (“En torno de la guerra”, n° 43), Ramiro de Maeztu (“La amenaza de Alemania”, n° 44), Antonio Machado (“España y la guerra”, n° 47).

Al igual que tantas otras publicaciones de fines del siglo XIX y principios del XX, el semanario se autodefinió como *tribuna libre*, espacio hospitalario a las diversas voces, en un momento en que los intelectuales, en la tradición inaugurada por Zola, se manifestaban públicamente y se agrupaban en posiciones políticas, respecto de la Guerra y de la actualidad política nacional. En función de esa autodefinición, el disenso era presentado como un valor. En “A modo de prefacio” se afirmaba:

Nuestro móvil primordial es ofrecer en las columnas de LA NOTA una tribuna libre a todos los intelectuales del río de la Plata (sic), y más adelante de la América latina, a fin de que puedan exponer en ella, sin cortapisa alguna, sus modos de ver y de sentir las cosas de la vida, del arte o de la ciencia.²³

Como tribuna libre el semanario discutió además sobre política interior, los partidos políticos y sus representantes, el programa radical, la instrucción extraescolar, la jurisprudencia sobre divorcio, el régimen hipotecario, el voto secreto y obligatorio, el mutualismo, la revolución rusa. La sección “Siluetas políticas”, que incluía texto y caricatura, y la posterior “Cositas del Congreso”, que incorporaba la voz directa de senadores y diputados nacionales, al transcribir fragmentos del diario de sesiones parlamentarias, hacían evidente el interés por la política nacional. Ese interés fue una cuestión muy presente desde el comienzo y la revista intervino en el debate sobre la “futura presidencia” argentina, que sería el resultado de la efectivización de la Ley Sáenz Peña. En esta coyuntura, *La Nota* publicó colaboraciones contrarias a la figura de Yrigoyen, a su estilo político, y sobre todo a su posición neutralista en relación con la Guerra, que le valieron su reputación de trinchera antirradical y, en ese marco, antipopular. “Crónica fantástica” de Carlos Alberto Leumann (n° 57, 9 de septiembre de 1916),²⁴ “Concentración liberal” de Benigno Bravo (n° 77, 27 de enero de 1917), “Gobierno germanófilo” de Alberto Gerchunoff (n° 114, 13 de octubre de 1917), “Gobierno sin programa y sin moral” de Ricardo Sáenz Hayes (n° 123, 15 de diciembre

²³ *La Nota*, n° 124, 22 de diciembre de 1917.

²⁴ Cf. el artículo en esta antología.

de 1917), dieron ese tono al semanario. En “Consideraciones sobre nuestra acción periodística” (nº 124, 22 de diciembre de 1917), el Emir desmintió el carácter antirradical de *La Nota*: enfatizó que la responsabilidad de las opiniones era de los autores de las notas —y que por tanto no debían identificarse como las del director del semanario—, y vinculó esa imagen de la revista con el fracaso de aquella política hospitalaria.

Sobre la antología

Esta antología del semanario abarca los 125 números que corresponden a los tres primeros años de la revista. En ese sentido, la tarea de selección de las colaboraciones y secciones en solo 73 imágenes, supuso un recorte drástico. Sin embargo, y como se trata de una *revista* y no de un conjunto de firmas, la categoría *autor* no funcionó como criterio único o privilegiado para el ingreso de los materiales en la antología. De este modo, se incluyeron textos completos y fragmentos de secciones y artículos truncos. Las imágenes elegidas comprenden escritos de autodefinition de la revista, muestran las temáticas y el modo de abordarlas, indican géneros y formatos, señalan la posición de *La Nota* en el conflicto bélico y en la política nacional e informan sobre la figura del director. El hecho de que se trate de una edición facsimilar no transcrita hace posible la consideración de aspectos materiales que de otro modo se perderían en una edición fundada en la transcripción y, por tanto, interesada principalmente en la dimensión ideológica de los textos o en la figura de sus responsables. Algunas de las notas incluidas interesan por lo que pueden indicar con respecto a la revista y porque se trata de materiales poco conocidos o de difícil acceso. Los casos más relevantes son: “Historia de una biblioteca” de José Ingenieros, “Notas sobre la guerra” de Emilio Becher, “Los gestos de Florencio Sánchez” de Alberto Tena, “Sobre Nosotros” de Alfonsina Storni.²⁵

Bibliografía

La Nota. Revista semanal (1915-1917)

Civantos, Cristina, *Between Argentines and Arabs: Argentine orientalism, Arab immigrants, and the writing of identity*, New York, State University of New York Press, Albany, 2006.

Delgado, Verónica, “Reconfiguraciones de debates y posiciones del campo literario en el semanario *La Nota* 1915-1920”, *Anclajes. Revista del Instituto de análisis semiótico del discurso*, vol. VIII, nº 8, diciembre 2005, pp. 81-99.

Giusti, Roberto F., *Visto y vivido*, Buenos Aires, Losada, 1965.

Hoffman, Katrin, “¿Construyendo una ‘comunidad’? Theodor Alemann y Hermann Tjarks como voceros de la prensa germanoparlante en Buenos Aires, 1914-1918”, *Iberoamericana*, Año IX, nº 33, 2009, pp. 121-137.

Lafleur, Héctor R., Provenzano, Sergio D., Alonso, Fernando P., *Las revistas literarias argentinas 1893-1960*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1962.

²⁵ La antología *Nosotras y la piel* ya citada, no lo incluye.

Antología de imágenes



Suscripción:

En toda la República un peso m.n. al mes pagadero por semestres o por año adelantados.
Para el exterior las suscripciones se cobrarán a oro.

A modo de prefacio

Cuando esta nueva revista vea la luz pública y comience a rodar mundo como tantas otras, es evidente que don Fulano de Tal, ese ilustre anónimo que está en todas las esquinas, ha de exclamar perplejo:

¡Hola, hola! ¿Una revista más?

Y a fe que será sincera tal perplejidad, pues, como nadie le gana en astucia, habrá visto desde su observatorio collejero que todas las semanas, cuando no todos los días, una publicación recién nacida golpea timidamente los alabones del mundo.

Don Fulano de Tal, empero, nos resulta un triste empresario de verdades relativas, a poco que reflexionemos sobre la enorme cantidad de seres que se tienen por capaces de escribir y ser leídos.

Tal aspiración, frívola en sus veces, si se quiere, pero higiénica y sensata de ordinario, no excluye ni a los hombres sesudos. Los grandex políticos de las grandes democracias, por ejemplo, después de haber hablado para varios millones de electores desde la banca parlamentaria o el zócalo ministerial, no desdenan platicar mano a mano, desde las páginas de una revista, ni con el buen muchacho empleado en el comercio ni con la grácil modisilla del suburbio cuando se hacen su media hora cotidiana de tranvía. Roosevelt y Clémenceau, entre otros, han procedido así. Al abandonar la cosa pública, ambos políticos han ido derechamente a su revista y han hecho de esa revista una sólida tribuna a prueba de apelmazamientos populares.

Por lo demás—y esto va exclusivamente para Don Fulano de Tal—una nueva revista no es sino una categórica afirmación de vida. Puede ser efímera—es lo azoroso—así como hay niños que nacen muertos o transcurren a duras penas la primer adolescencia, pero puede también ser duradera del mismo modo que otros niños llegan sin tropiezo a la vejez.

De cualquier modo, la suerte de nuestra revista queda desde hoy en manos del destino, y el destino, ya lo dijo Abuelo Hugo: "N'est à personne, est à Dieu".

Sin embargo, como en achaques de esta índole el público es un agente natural del destino, debemos hablar al público con esa prosa llana y castellana que es tan de su sabor.

Como deseamos fervientemente que nuestra revista logre llegar a vieja, le hemos asegurado de antemano, dos capitales indispensables: uno en buenos sequíes que le permita orillar con éxito los riesgos o emboscadas del camino, y otro en buenos propósitos que abona suficientemente la firma de nuestros colaboradores. Cuentan ellos, como es notorio, entre los hombres de letras más conspicuos de este y el vecino país del Uruguay. Aprovechamos la oportunidad para declararles nuestra mucha gratitud y confianza en que el público lector ha de medir nuestro esfuerzo en lo que vale, si de acuerdo con el juicio que nos merece, está ya en condiciones de no aceptar tutelas y deliberar holgadamente por sus cabales.

No tenemos un programa neto y categórico sino en lo que concierne al título de la revista. Adviértase, pues, en el significado de LA NOTA, un propósito de análisis general que nos inhibe por su propia sencillez, de inmiscuir para nada la catedra solemne en nuestras futuras relaciones con el público, que deseamos saber cordiales desde ahora.

Nuestro móvil primordial es ofrecer en las columnas de LA NOTA una tribuna libre a todos los intelectuales del río de la Plata, y más adelante de la América latina, a fin de que puedan exponer en ella, sin cortapisa alguna, sus modos de ver y de sentir las cosas de la vida, del arte o de la ciencia. Sólo nos permitiremos advertirles que esta revista aspira a ser la guía intelectual de los hogares y a que se la lea en todos ellos, sin reatos ni aspavientos más o menos legítimos.

La dirección se propone, por último, hacer de LA NOTA una revista interesante, persuadida como está, a pie firme, de que para el éxito de una publicación análoga a la nuestra, el interés contribuye más que factor alguno.

Como ésta será una norma inexorable, la dirección recuerda a sus colaboradores eventuales la siguiente anécdota que circula en los centros literarios de París:

Una de sus amigos recomendó a M. Villemassant, director fundador del "Figaro", cierto personaje eminente que deseaba ingresar al diario en calidad de redactor. Haciendo mérito a la recomendación de su amigo, Villemassant contrató al personaje eminente, asignándole un sueldo mensual de 500 francos; pero, al término del primer trimestre, lo mandó llamar a su despacho y le dijo:

—Señor mío: me ha sido Vd. recomendado por una persona que estimo y que me despierta el mayor interés... Así, pues, a partir de hoy le duplico a Vd. sus haberes.

—Señor director!—exclamó el otro, confundido— tanta amabilidad...

—Sí, sí—le interrumpió Villemassant—pero a condición de que, desde este momento, no escriba usted ni una línea más en mi periódico...

Al día siguiente, el protector de nuestro hombre concurre a la dirección del "Figaro" para hacer un minucioso elogio de su candidato, que era, entre otras cosas, licenciado en letras, doctor en jurisprudencia y profesor de universidad.

—Como Vd. quiera—replicó Villemassant—pero ello no es razón para que todos los días me aplaste el diario con un artículo más aburrido y fastidioso que la lluvia... Prefiero un advenedizo, un quidam cualquiera, que no sea ni abogado, ni profesor, ni licenciado en letras; que no sepa, siquiera, el francés y que cometa faltas de ortografía al escribir, pero que sepa, al menos, relatar cosas interesantes...

Con la anécdota precedente y la consabida salutación de práctica a nuestros colegas del periodismo, damos por terminado este prefacio que debíamos al público sensato y a Don Fulano de Tal.

ECOS

Visiones de Alemania sobre Sud América

Créese aquí generalmente, que tanto la visita del mariscal Von der Goltz (Pachá) durante las fiestas del centenario, como la más reciente del príncipe Enrique, hermano del kaiser, son simples visitas de simpatía. Los que así creen están en el error. Hace ya mucho tiempo que Alemania, buscando tierras para su expansión colonial, ha echado el ojo sobre la América del Sur.

Fué en 1876 cuando Von Weiser, uno de los iniciadores de la política colonial, hizo notar a su país que, como todos los territorios adecuados a la expansión alemana se hallaban ya bajo la influencia de otras naciones, no había más remedio que desalojarlos lentamente para ocupar en seguida esos territorios. Indicó entonces a la América del Sur como el campo más propicio, observando que no era todavía demasiado tarde para abrir las vías de la emigración alemana.

"Es indiferente—dijo—que diversos estados existan en Sud América bajo sus respectivas formas actuales. Sólo

se trata de infiltrar poco a poco la sangre alemana en el organismo de esos estados, donde reina aun la influencia de España y Portugal, a fin de que en un día no lejano los elementos alemanes ejerzan en ellos su natural preponderancia.

La América del Norte pertenece a los anglosajones pero en la América del Sur debe reinar mañana una nueva Alemania floreciente..."

Es sabido que en ciertos estados del Brasil la predicación estaba en vías de cumplirse y que en lo concerniente a Chile, República Argentina, etc., los alemanes trabajan activamente en la realización de este vasto plan *kolossal*.

Las visitas de Von der Goltz y del príncipe de Prusia, de simple cortesía en apariencia son, pues, visitas de estudio e inspección.

El enemigo

Cuando Guillermo II—hace de esto un año—comenzó a desafiar al mundo y a lanzar sus "ultimatums" tal como Júpiter lanzaba sus rayos sobre el Olimpo, quiso acumular contra Rusia toda la responsabilidad de la guerra. Después le tocó el turno a Francia—que buscaba, naturalmente la revancha—y por último a Inglaterra. Todos los estadistas y todos los publicistas de Alemania se convirtieron en dóciles instrumentos de esta política halagando como mejor podían los sentimientos de sus *clientelas* respectivas.

Los socialistas incitaban a la guerra, bajo pretexto de salvar la Europa de la tiranía reaccionaria de Rusia. Los pangermanistas explotaron el rencor tradicional contra la Francia; y los que hablaban, por último—en nombre del comercio, de la industria o las finanzas, proclamaron la necesidad de hacer a un lado la Inglaterra—reina de los mares—para abrir, de par en par las rutas del mundo a la actividad germánica.

Así el enemigo era por turno Rusia, Francia o Inglaterra, según fuera la naturaleza del elemento a convencer y las pasiones que convenía explotar.

Como se estimula la Industria

Cierto extranjero distinguido que hacía un viaje de estudio por la región del norte, tomó en Tucumán el tren de Salta.

En el salon-comedor tuvo la buena fortuna de encontrarse frente a frente con dos argentinos conocedores de la región, que gentilmente se pusieron a sus órdenes para proporcionarle cuantas referencias pudiera necesitar.

Estaban en eso cuando el tren se detuvo en la estación Tafi.

—¿Es en esta comarca—preguntó el extranjero—donde se produce el famoso queso de Tafi?

—Sí señor—le respondieron a una ambos interlocutores. ¿No lo ha probado Vd? Es muy rico por cierto...

El extranjero les respondió con una sonrisa.

—Puedo asegurarles, señores, que conozco todos los restaurantes de Buenos Aires y aun los de Tucumán. Pues bien, cada vez que he pedido queso de Tafi se me ha respondido invariablemente: "No lo tenemos..." Es por ese motivo que jamás he podido probarlo; pero como a la ocasión la pinta calva, aprovechemos esta que se nos ofrece de atravesar en un tren del Estado, la región originaria del célebre producto.

La Nota

Revista Semanal

Dirección y Administración: 25 DE MAYO 294
U. TELEF. 804, AVENIDA

Suscripción:

En toda la República un peso m'n. al mes pagadero por semestres o por año adelantados.
Para el exterior las suscripciones se cobrarán a oro. **Número suelto 30 centavos.**

AL PÚBLICO Y A LOS COLEGAS

No podríamos ofrecer a los lectores de LA NOTA este segundo número, sin que fueran nuestras palabras preliminares la expresión de una sincera gratitud por la cordial acogida que han dispensado a la revista.

A tal simpatía corresponde una confianza, por lo menos; pero no quiera el público ver en ella ni una superchería vana ni una jactancia no menos vana. Hemos tenido que aumentar hasta 21.000 los 5.000 ejemplares en que, con sensata timidez, fijamos nuestra probable tirada inicial. Con todo, el lunes siguiente—aquello ocurría el sábado anterior—no quedaba en todo Buenos Aires un solo número disponible. Hasta tuvimos que reducir el monto de la remesa convenida con nuestros 575 agentes del interior.

Aunque entrara por mucho en ella, la demanda no respondía exclusivamente a la curiosidad del público, pues al día siguiente de aparecida LA NOTA, innumerables cartas de felicitación atestiguaron en forma inequívoca, que nuestra revista llegaba como un mensaje grato de cultura argentina, con la valiosa firma de sus colaboradores y el formal cumplimiento de su programa.

Esto nos obliga desde ahora a reflexionar sobre la posibilidad de ir mejorando paulatinamente nuestra revista y sobre la índole de las mejoras proyectadas para el futuro. Por de pronto hemos resuelto aumentar con varias páginas más el espacio reservado para el texto de lectura y ofrecer todos los meses, como prima a los suscriptores, una composición musical inédita, de autor argentino en lo posible, que seleccionaremos bajo el inmejorable consejo de los señores Carlos López Bouchardo y Jorge André. Advertimos al público, sobre este particular, que el precio

real de nuestras colaboraciones musicales excedería en cualquier casa del ramo al precio exiguo en que hemos fijado nuestras tarifas de suscripción.

Rogamos también al público que, en mérito de las desorientaciones propias de una empresa que se inicia, tenga la amabilidad de excusar cualquiera dificultad que notara en sus relaciones con la revista, seguro de que será subsanada a la primera indicación.

A fin de que nadie nos objete por falta de interés, veríamos con agrado que nuestros propios lectores nos indicaran, sin reparo alguno, los temas de su preferencia. Este sistema de intercambio amistoso nos permitirá determinar en manera estable, la índole definitiva de LA NOTA.

Retribuimos, por último, con íntima gratitud, los buenos augurios y amistosas saluciones que nos han dispensado nuestros colegas de esta capital, del interior y de algunos países vecinos, rogándoles nos disculpen, si no podemos llevar a todos y cada uno de ellos, la expresión personal de nuestra complacencia.

ECOS

PARA EL CORREO

Son de lamentar las deficiencias en que ha incurrido la dirección de Correos con respecto a la expedición de LA NOTA. Muchos de nuestros suscriptores se quejan de que la revista haya llegado a sus manos con un retardo incomprensible, tratándose de una repartición mimada en las columnas del presupuesto y que aspira, como es notorio, a figurar entre los más reputados servicios postales del mundo entero.

Esperamos que el caso no se repetirá en lo sucesivo.

HISTORIA DE UNA
BIBLIOTECA
POR
JOSÉ INGENIEROS



Desde hace tres meses encuéntrase en circulación los primeros volúmenes editados por "La Cultura Argentina". Son, en su totalidad, reediciones de obras de ilustres escritores ya fallecidos (Moreno, Echeverría, Alberdi, Sarmiento, Lamas, Andrade, Hernández, Ameghino, Ramos Mejía, Agustín Álvarez), a las que seguirán en breve las de otros no menos estimados. Todas ellas van precedidas de una sintética noticia biográfica y llevan prólogos o comentarios de Vicente Fidel López, Juan María Gutiérrez, Norberto Piñero, José Nicolás Matienzo, Joaquín V. González, Carlos O. Bunge, Alvaro Melián Lafinur, Evar Méndez, Francisco Cruz, Alfredo J. Torcelli y José Ingenieros.

La importancia de esta iniciativa, a que me he arriesgado desafiando el escepticismo público, está ya definitivamente consagrada por la simpática acogida de nuestro mundo intelectual. Creo útil, para nuestra futura historia literaria, consignar algunos datos sobre su origen y ejecución, antes que el tiempo borre en su perspectiva las primeras impresiones de esta obra, destinada a constituir una verdadera enciclopedia de los clásicos argentinos.

La biblioteca—tal cual ha sido hoy realizada—debió aparecer hace once años, con el nombre de "Biblioteca Argentina de Ciencias y Letras", dirigida por mi maestro, el doctor José M. Ramos Mejía y figurando yo como secretario. Las dificultades que ambos encontrábamos para editar nuestros libros sin perder dinero, o sin entregarlos a editores que los explotarian, nos indujeron a planear la iniciativa. Se imprimieron y publicaron prospectos en 1904, reproducidos con simpatía en la prensa, quedando confiada la parte administrativa al impresor-librero Félix Lajouane.

D. Vicente Fidel López entregó a Ramos Mejía un ejemplar de su "Manual de Historia Argentina" con abundantes y valiosas correcciones (1), además de un ejemplar, en tres tomos, de las "Memorias"

(1) Hasta ahora inéditas. El Dr. Lucio V. López nos asegura que dicho ejemplar está en la biblioteca del Dr. Ramos Mejía, pero allí se le ha buscado infructuosamente, hasta ahora, para editarlo en "La Cultura Argentina". No puede haberse extraviado; el Sr. Horacio Ramos Mejía se ha comprometido a encontrarlo y se publicará.

del General Paz, cuajados de rectificaciones y comentarios agudísimos (2), destinados a la publicación.

En el prospecto figuraban obras inéditas de Ramos Mejía, Juan A. García, (3) Lucas Ayarragaray, C. O. Bunge, Leopoldo Lugones, Francisco de Veyga, (4) Agustín Álvarez, José Ingenieros y otros que no recordamos. (Groussac, casi seguramente).

¿Por qué de pronto no se habló más del asunto?

Muy sencillo. Pocos días después de circulado el prospecto leímos en todos los diarios que el editor Lajouane se había presentado al Congreso pidiendo 30.000 pesos anuales de subvención para editar la Biblioteca... y vimos la solicitud y el prospecto insertos en el "Diario de Sesiones".

Contrariadísimos de que pudiera sospechársenos interesados en el clásico negocio editorial de vender al Estado y a las reparticiones públicas, Ramos Mejía y yo avisamos a Lajouane que todo quedaba concluido; y Ramos, personalmente, conversó con varios diputados amigos suyos, pidiéndoles que no despachasen la solicitud.

El proyecto durmió durante los años 1905 y 1906, que yo pasé en Europa. En 1907, preparándose Ramos Mejía a editar "Rosas y su tiempo" y yo "Al Margen de la Ciencia", que apareció en 1908, volvimos a plantear el problema de una biblioteca argentina; hablamos con varios libreros e impresores, pero ninguno quiso arriesgarse. Lajouane nos editó esos libros y quedamos convencidos de que era imposible hacer ediciones baratas imprimiendo en el país.

En 1910, teniendo yo algún dinero disponible, decidí comprometerlo en la empresa. Se encontraba aquí el señor Ruiz Castillo, de la casa "Renacimiento", de España; le propuse el asunto y aceptó en principio, reservándose conversarlo en Madrid; allí creyeron preferible organizar una biblioteca de autores "americanos" por su cuenta. La anunciaron hace dos años y todavía no ha aparecido.

A principios de 1911 decidí hacer todo a mi manera: haciéndolo.

Ramos Mejía me entregó su único ejemplar de "Las Neurosis" para corregirlo y reimprimirlo (5). Agustín Álvarez me ofreció el "Manual de Patología Política". Yo tenía especial interés por un libro de Ameghino, en que se sintetizasen sus doctrinas: un domingo—ya estaba él enfermo—lo visité en

(2) Los deudos del Dr. Ramos Mejía nos han autorizado para publicar esta valiosa edición, anotada por López, en "La Cultura Argentina".

(3) Se anunciaba «La ciudad unitaria», todavía inédita; no lo estaría, ciertamente, si se hubiera emprendido entonces la publicación de la biblioteca.

(4) Anunciaba un interesante libro sobre «Los atorrantes» y se adelantó mandando foto-litografiar a Europa las ilustraciones para intercalarlas en el texto que se imprimiría aquí. Han pasado diez años; el libro no ha aparecido y las costosas ilustraciones están en poder del Dr. José R. Semprún, esperando editor.

(5) Ver datos en mi «Prefacio» a dicha reedición.

La Plata, con los profesores Mercante y Senet, con el objeto indicado, y convinimos el plan del libro titulado "Doctrinas y Descubrimientos" (6). Tramitábamos además un arreglo con el editor Cabaut, autorizado por Ameghino para reimprimir la "Filogenia", a fin de no hacer dos reimpresiones simultáneas; de esto se encargó Senet.

La imprenta de "La Semana Médica" me hizo presupuestos y decidí acometer la empresa en las vacaciones de 1911-1912, con esos libros y los inevitables "Escritos" de Moreno, "Dogma", de Echeverría; "Bases", de Alberdi; "Facundo", de Sarmiento; "Poesías, de Andrade; etc.

Un accidente notorio de mi carrera universitaria interrumpió el proyecto por segunda vez. En septiembre de 1911 me ausenté del país, hasta agosto de 1914. Pasé los tres años ocupado en organizar la ya inevitable casa editora.

Desde Suiza escribí al librero Juan Roldán, para que nos encontrásemos en Madrid a fines de 1912; me contestó afirmativamente, pero nos desentramos. Resuelto a imprimir en España, donde pasé hasta la primavera de 1913, averigüé todo lo averiguable; con el poeta José de Maturana pasamos tardes enteras echando cuentas con libreros e impresores de la villa del Oso y del Madroño. Raquel Camaña, con quien me encontré allí, prometiome visitar al doctor Norberto Piñero y obtener su autorización para reeditar el prefacio a los escritos de Moreno; lo que obtuvo. Vicente Martínez Cuitiño, que estaba en Madrid, se encargó de reunir las obras completas de Florencio Sánchez; (7) escribí a Joaquín de Vedia que les pusiese un prólogo, y así lo prometió. Agustín Álvarez, en Madrid también, me dijo que, si quería, dispusiese de todas sus obras, ofreciendo obtenerme igual autorización de Joaquín V. González cuando volviese a Buenos Aires. Como no tuviera el texto del "Dogma" de Echeverría, de los "Escritos Económicos" de Alberdi, de las "Memorias" de Paz, los pedí a Pascual Guaglianone, que me los envió de inmediato. Víctor Mercante, a quien también vi en Europa, se encargó de ver a Carlos Ameghino para la edición, ya convenida, de los libros de Florentino; y, él mismo, me prometió una obra "Principios de Pedagogía", que aun no ha terminado.

En toda esa larga tramitación epistolar se perdió el año 1913. Entretanto, noticias de otro orden me hicieron saber que pronto podría regresar al país. . . al mismo tiempo que el señor Romáñac, mi apoderado en Buenos Aires, me comunicaba que la situación económica era malísima y que no contase con fondos para la casa editora.

(6) El capítulo sobre la «Antropogenia» convinimos en que yo mismo lo ordenaría, reuniendo varios fragmentos que él me indicó, de diversos trabajos suyos, pues ninguno de éstos era de conjunto.

(7) No han podido reunirse, por estar repartida en muchas manos la propiedad literaria.

Resuelto mi regreso, sin desistir del propósito que así se postergaba por tercera vez, obtuve de Francisco de Veyga un préstamo en efectivo para contraer matrimonio y hacer un viaje de bodas esencialmente editorial. Fui a la exposición Internacional del libro y de la imprenta en Leipzig; vi en Milán al señor Di Carlo, corrector de las ediciones españolas (8) que se imprimían allí y me facilitó datos y presupuestos; visité las principales imprentas y casas editoras de Barcelona y Madrid. En Barcelona me encontré con el señor Cruz, que por cuenta de su hermano se ocupaba de reimprimir las obras de Alberdi. Allí mismo encontré a Tito Livio Foppa, que acababa de firmar un contrato para imprimir obras de autores argentinos; al comunicarle mi proyecto me ofreció traspasarme el contrato, que era muy bueno, y cederme las obras que pensaba publicar. En Madrid el poeta Francisco Villaspesa me puso en comunicación con la papelera española, para el caso de importar papel e imprimir en Buenos Aires.

Al llegar a ésta, nueva sorpresa: la guerra. Sin un céntimo disponible para comer, mal podía iniciar la empresa planteada en España; a ello se agregó la dificultad de los transportes.

La primera persona con quien hablé de mi asunto, fué, naturalmente, el librero Juan Roldán, que, de varios años atrás, deseaba asociar a mi iniciativa. Me comunicó que ya no podía, pues acababa de plantear una empresa semejante con mi amigo Ricardo Rojas. Repetidas veces le propuse que hiciésemos una sola biblioteca; expresé a Roldán que yo renunciaba a tener en ella cualquier participación comercial y le insté para que indujese a Rojas a aceptar mi proposición, haciéndole presente que yo aportaría las obras de Ameghino, Ramos Mejía y Álvarez, que no eran del dominio público. La gestión fracasó; me dijo Roldán que Rojas había pensado publicar "ediciones críticas", con un criterio distinto del que yo tenía: "ediciones populares y baratas".

Lamentando no haber tenido el honor de unificar mi iniciativa con la de mi admirado amigo Ricardo Rojas, inicié los trabajos preparatorios: publicación de la "Revista de Filosofía", conferencias y artículos sobre Ramos Mejía, Ameghino y Álvarez, treinta artículos de propaganda cultural en la revista "Caras y Caretas", más de treinta en otras revistas. Todo ello en seis meses.

Ya que la guerra dificultaba imprimir en España, acudí otra vez a "La Semana Médica", que fué siempre mi imprenta habitual. Eso no podía marchar; los libros costaban más del precio a que yo quería venderlos. . .

En mayo, yendo en tren a La Plata, para pedir a Carlos Ameghino algunos datos sobre los libros de Florentino, ya corregidos para mi biblioteca por él

(8) De las obras de Eduardo Gutiérrez.

y por Alfredo J. Torcelli, me encontré con mi amigo Severo Vaccaro. Le conté mis andanzas editoriales y de pronto tuve una revelación:

—¿Quiere encargarse de la administración de mi biblioteca?

—Me gusta su plan.

—¿Puede venir mañana a mi casa?

—A las 6.

—A las 5.

Al día siguiente, ante un montón de libros, manuscritos, presupuestos y cálculos, Vaccaro me dió el ¡sí! Para resolver el problema de la impresión barata fuimos en seguida a los talleres de Rosso...

Un mes después aparecía el primer volumen y la imprenta ha podido entregarme hasta hoy uno más por semana. En breve los argentinos podrán adquirir a precio de costo los mejores cincuenta volúmenes de la literatura nacional.

Supongo que, un tomo con otro, las ediciones se costearán. El presupuesto es sencillo. El precio de venta al público se divide así: impresión 40 por ciento; comisión a libreros, 25 por ciento; gastos de administración, 15 por ciento; clavos y trampas, 20 por ciento.

Si las ediciones (de 3.000 a 5.000 ejemplares) no se agotan, se habrá cumplido lo que hace cuatro años le escribí a Joaquin de Vedia desde Suiza: "He resuelto perder como editor lo que he ganado en diez años de ejercer la medicina".

Por las dudas, no dejo de ejercerla.



FILMS

Al público grueso no le basta la nutrida sección policial que le sirven, mañana, tarde y noche, los muchos diarios que se venden por las calles. Su curiosidad criminal no tiene límites. Parece que no hay nada tan urgente como saber dónde, cuándo y cómo fulano le rompió la cabeza a mengano o se dejó cortar el pescuezo por zutano. Son indispensables además todos los detalles del suceso: las correspondientes fotografías de protagonistas y accesorios. La cara del bandido es tan interesante como la de la víctima y la ventana de la casa donde se cometió "el hecho" lo es tanto como la forma del frasco de veneno que se prescribió sin recetar, y la lamina del

cuchillo, igual a las demás, con que se dieron las veinticinco puñaladas, "todas mortales".

Los que cobran a tanto la línea y los que la pagan conocen bien este flaco de los pacíficos burgueses y los sirven al gusto, adornando con las flores marchitas de un romanticismo desganado y profesional al caso más vulgar que pinchan con la pluma complaciente. Todo es "drama" y todo es "pasional" cuando no resulta las dos cosas, aunque se trate del asesinato cobarde y egoísta de la mujer que no quiso casarse con su propio asesino. Todo aparece al principio más o menos "rodeado de misterio" para desembocar en la "cínica confesión" y el infaltable eternecimiento de las damas, que piden la conmutación y complican al Presidente en eso de torcer la vara de la justicia. De ese modo otro bandido, confiando en la filantropía, se tiente y se apunta un tanto, o el mismo bandido del cuento que, escapado o no escapado, fuera o dentro de la cárcel, aprovecha la primera oportunidad que se le presenta para dar gusto a la mano. Y es entonces el momento de preguntar sobre qué cabeza filantrópica debe recaer la sangre de la nueva víctima.

Pero todo esto no basta y el público pide más. Para complacerlo se han instalado en toda la ciudad, a veces a dos por cuadra, cinemas baratos, de fachadas más o menos rococó, en los que, como se anuncia en los carteles colocados a la entrada, se desarrollan escenas de lo más espeluznante que pueda apetecerse y desfilan horrores por kilómetros. Andan por allí apaches sueltos que hacen de las suyas; facinerosos de frac y guante blanco que complican el champagne con gotitas de estriénina y perfuman el pañuelo con cloroformo; mujeres horrorizadas con el cabello en desorden y la espantosa disnea reglamentaria; salteadores, bien ensayados, que corren por el techo de los trenes para acogotar a los maquinistas, previa la emocionante lucha consabida; pesquisantes que caen siempre en una trampa y que siempre escapan de ella; criminales perseguidos sobre una sucesión interminable de tejados, que, al final del último acto, se hunden en pantanos; nadadores que se estrangulan bajo el agua, como si eso fuera necesario; tiros y puñaladas a granel y demás juegos prohibidos que son nocivos para la salud de las víctimas, de los victimarios y para la del cándido burgués espectador que los toma por el lado trágico y reacciona con carne de gallina.

Los inventores de esos dobles asesinatos y los empresarios bien nutridos que tienen la conciencia en el abdomen, duermen con tranquilidad de justos, ya que se limitan a satisfacer un deseo general bien evidente, y, en todo caso, se disculpan con lo de "negocio". Como si esto, lejos de ser atenuante, no fuera lo contrario, desde el momento que es la avidez del lucro lo que les impulsa al envenena-

miento en masa de inocentes, resucitando la literatura de folletín, predilecta de gañanes, que resulta más grosera aún cuando se traduce en acción pura sin los impagables paréntesis descriptivos y sin las largas tiradas de filosofía barata que servían para hacer pie y tomar aliento.

Al que hay que disculpar sin duda alguna y perdonar ampliamente es al que mira, si se parte de la base de que el pobre hombre no es malo por regla general. Suele ser un excelente padre de familia y tan sensitivo a veces, que anda con la solapa carcomida por no matar la polilla y deja que su mujer le arranque las orejas para evitar discusiones. Si lo otro le gusta con pasión, con una pasión insospechable a través de su arquitectura inofensiva que denuncia un interior siruposo; si con agilidad de colegial y escurrimiento de anguila, incompatibles con su edad y su volumen, se escapa de la oficina para pescar dos secciones de la tarde, es única y exclusivamente con la intención respetable de adquirir una experiencia teórica de la vida, imposible de atrapar en su monótona práctica de oficinista modelo.

Y aprende muchas cosas; a saber: que le basta a un apache meterse la cabeza entre los hombros y clavarle la mirada a la primera mujer llegada para convertirla en instrumento ciego de sus fechorías; que es muy fácil—si uno se arrastra un poco y mira para atrás—penetrar, sin ser visto, en una fortaleza enemiga en tiempo de guerra; que cuando un tío amenaza a un sobrino con desheredarlo, debe éste someterse sin excepción a la voluntad del tío, y que eso está muy bien; que tres gotas de éter, vertidas en el interior de un revólver especial, bastan para anestesiar instantáneamente a un hombre grande, siempre que se tome la precaución de apretar el gatillo; que los malhechores viven en castillos encantados con paredes giratorias y con cuadros que se mueven por medio de resortes delante de espíaderos; que todos los envenenados se llevan la mano al cuello y se arrancan la corbata; y que todas las mujeres afligidas dan un gran salto antes de llorar, se lanzan sobre un sofá o una cama, ocultan la cabeza y se entregan a una danza frenética de hombros y de espalda, con música de "Manón".

Eso y mucho más aprende, y, si no lo aprende, protesta o se aburre o se retira.

Sin embargo, el cinematógrafo puede ser, y lo es a veces, un espectáculo realmente interesante. Sobre todo cuando los ingleses o los yanquis toman cartas en el juego, a pesar del monopolio del buen gusto que dicen haber hecho los latinos. No hay duda que los films anglo-sajones son muy

superiores a los franceses e italianos porque estos últimos, preferidos por el burgués que se va indignando cuando aparecen aquéllos, son generalmente producto de un romanticismo trasnochado, a base de besos largos a contraluz en una noche de luna y, en otros casos, de una crudeza sobreaguda que, dado el carácter popular del espectáculo, resulta doblemente peligrosa. Por otra parte, al que no siente una desesperación tan grande por instruirse, como la del oficinista rabonero, le es sumamente desagradable pasar media hora en compañía de degenerados y asesinos. Eso, que suele ser demasiado estúpido para conmover, no deja de atacar al estómago, porque es droga nauseabunda.

Los yanquis lo hacen mejor y, aunque no siempre, aciertan con frecuencia. Sin descuidar la acción, que es esencial, presentan cuadros de costumbres y encantadores paisajes. Todo se entrelaza y se sostiene y converge hacia el final, sin decaer un momento. El sentimiento de lo plástico, cualidad indispensable del autor y secreto del éxito, es en ellos admirable. La composición de los cuadros cambiantes que se pintan en ese espejo con memoria, como podría llamarse la pantalla animada por la proyección, la distribución de las figuras, sus actitudes y gestos, el fondo sobre el que se mueven y hasta la dirección de la luz, todo está sabiamente calculado y concurre a dar vida e interés al drama mudo. Si a esto se agregan una concepción más noble y más bella de la vida y un humorismo contagioso, queda explicado el por qué de esta superioridad indiscutible. Hasta los mismos artistas accionan con más naturalidad y soltura, y las mujeres son más frescas y más lindas y los hombres son más hombres.

Ya el público va comprendiendo. El papanatas estragado empieza a ser vergonzosa minoría, a tal punto, que está próximo el momento en que no sea ni negocio pensar en sus aficiones. Y se irán de los carteles esos fantasmas de gran tamaño, más ridículos que horribles, pesadilla del transeunte que desearía ver algo menos repugnante, sobre todo cuando sale a la calle para hacer en paz la digestión.

Ya Schaubard se ocupó de la influencia del azul en las artes; falta ahora que alguien estudie la influencia del formol y proponga la desinfección obligatoria.

JOSÉ BALSAMO



Cuento de Oriente

EL MAS GENEROSO DE LOS ARABES

Un día que Maan, el árabe más celebre por su generosidad, era perseguido por el Califa Abou Jaaffare, narró la aventura siguiente: Yo era buscado y perseguido con un encarnizamiento tal, que me vi obligado a exponer mi cara al sol hasta que se tornó desconocida por la tostadura; entonces me corté rápidamente la barba y el bigote, y envolviéndome en un largo manto de lana, monté en un dromedario para refugiarme en el desierto.

Cuando estuve fuera de las puertas de la ciudad, un árabe negro que esgrime un sable me siguió, y una vez lejos de los guardianes de la puerta, se arrojó sobre mí, tomó las bridas de mi cabalgadura, la hizo arrodillar y gritó después de apresarme:

—Eres llamado por el Príncipe de los creyentes.

—¿Quién soy yo para que el Emir me reclame?

—Eres Maan Ben Ziadeh.

—Yo le dije: Oh, desconocido; teme a Alah (Dios). ¿Cómo puedo ser yo Maan?

—Deja no más. ¡Por Alah! Yo te conozco tan bien como tú.

Entonces, viendo que no había nada que hacer, saqué un collar de perlas, de que me había provisto, y le dije:

—Puesto que es así, aquí tienes un collar, un tesoro que vale muchas veces la cantidad que el Príncipe de los creyentes ha ofrecido al que me lleve a su presencia. Tómalo y no sacrifiques ni mi sangre ni mi vida.

—Muéstramelo—me dijo.

Se lo puse entre las manos, y él lo examinó un momento diciéndome:

—Tú tienes razón en cuanto al valor; pero yo no lo aceptaré sino cuando me hayas contestado a una pregunta, y si me dices la verdad, te dejaré libre—

—Habla—le dije.

—Tú eres reputado como el más generoso de los árabes; ¿has dado alguna vez toda tu fortuna?

—No—le respondí.

—¿Has dado la mitad?

—No—repliqué.

—¿El tercio, el cuarto, el quinto, el décimo?

Entonces tuve vergüenza y respondí:

—Tal vez sí.

—Yo no lo creo—me replicó él—; pero, ¡por Alah!, yo no soy más que un pobre ser y tengo por toda fortuna los veinte dirhame en que me alquila por mes el Príncipe de los creyentes, y esta alhaja vale diez mil dineros. Bien; yo te la regalo y te hago gracia de la vida por tu bellísima alma, por tu generosidad conocida por el mundo entero, a fin de que sepa que existe sobre la tierra un hombre más generoso que tú, para que no seas vanidoso y no

retrocedas de hoy en adelante ante ninguna generosidad.

Después me arrojé el collar, solté las bridas y se alejó. Volví a llamarlo y le dije:

—¡Por Alah! que me has confundido, y yo prefiero a eso el sacrificio de la vida. Toma lo que te he ofrecido; yo puedo pasarle sin él.

El hombre se sonrió y me dijo:

—Has creído que podía desmentirme; pero, ¡por Alah!, que no volveré a tomar el collar. Jamás me haría pagar una buena obra.

Y el árabe se fué por el camino de Alah. Cuando entré de nuevo en la gracia del Califa, lo hice buscar por todas partes; he prometido un tesoro al que lo descubriese; pero en vano, pues no he podido tener la menor noticia.

Se diría ¡por Alah! que la tierra se lo hubiera tragado.

E. E. A.

ESTUDIO DE LA POESIA

Y LOS POETAS ARABES

V

Homero y Antar

Dos nombres igualmente grandes y significativos. Dos genios nacidos, el uno en medio de una civilización ya perfectamente delineada, una cultura en pleno desarrollo y florecimiento; y el otro, en medio de la naturaleza salvaje, de la indigencia, en el seno del desierto; pero que han llegado, cada cual por su camino, árido o florido, a la misma cumbre, a la misma meta.

La época antartina no significa, en la historia política o literaria de Arabia, lo que, en la de Grecia, representa la de Homero. Este fué el astro que brilló en un cielo límpido, despejado, y sin nubes que en el horizonte hubieran podido interponerse a la inspiración del poeta. La historia misma invitaba al genio a que brillase y cantase las glorias patrias de un pasado ponderable y grande.

Antar, en cambio, no fué el genio que debiese crear la historia de su país. En él no se encarnó un pasado; condensóse un porvenir. Fué la visión, el sueño que precede a los hechos, la fantasía que se adelanta a la realidad. Cantó al efecto antes de haberse manifestado la causa.

Sin embargo, los dos genios se confunden en el mismo punto del círculo donde el fin y el principio tienen cabida simultánea; los dos se equivalen; y, a pesar de las diferentes tendencias que caracteri-

mún, amor libre, el estado fabricante de pan y de felicidad a repartir por igual,—prevalecen sobre la razón de la iniciativa y la inteligencia que pudiera tener el candidato. Que se pusieran la banda presidencial el doctor Justo o el señor Zaccagnini, lo mismo daría para los intereses del partido.

Ahora bien; como, fuera del socialismo y del partido unitario que hasta ahora sólo cuenta tres o cuatro afiliados, no hay aquí partidos con teorías sociales de gobierno—quizá porque las condiciones de nuestra vida nacional no las han reclamado aún,—es indudable que no existe en las graves circunstancias que impone la próxima elección presidencial, ninguna razón que pudiera prevalecer o reemplazar el valor positivo que falta para fundar un movimiento de opinión: el hombre. En cuanto al programa real de gobierno, estaría contenido en la discreción de este hombre.

Mientras no surja, la conciencia y la voluntad del pueblo tendrán, en la futura elección presidencial, una parte infinitamente más pasiva que cuando, antaño, sin cuarto oscuro para la emisión del voto obligatorio, el nombre de un Mitre, de un Sarmiento, de un Avellaneda, inspiraban al menos una ardiente emoción popular, y sugerían la noción de todo lo bueno que hicieron en favor de la República.



Se ha dicho alguna vez que "el campo embrutece, empobrece y ennegrece".

Aunque es verdad que se ha reaccionado respecto al modo de apreciar la vida de campo, se puede afirmar, sin embargo, que esa es la manera de pensar de la mayoría de la gente que nunca pensó.

¿Conqué se va usted al campo? ¡Qué lástima! ¿Y lleva la familia? ¡No me diga! ¡Ay pobres niños! ¡Pobre señora! ¡Cómo irán a volver de asados! Lo que es yo, le digo a mi marido que más bien me resignaría a verlo de portero de un juzgado que de estanciero.

Todos hemos oído estas lamentaciones de las personas que padecen de *campofobia*. Así opina una gran parte del simpático *sexo opuesto*, como diría Latzina. Conste, sin embargo, que conozco muchas señoras y señoritas completamente dispuestas a correr los riesgos de una aventura rural, siempre que se tratara de acompañar a sus maridos o futuros realizados.

¿Cómo soportar, prosiguen las rebeldes, esas noches interminables del campo? ¿Cómo matan el tiem-

po? Y ustedes, digo yo, distinguidas interrogantes, que se hacen rastra en las ciudades, maniatando a sus maridos, ¿cómo se irán a quemar la cara, pero no con sol y aire puro, que es vida, sino con pinturas ordinarias que es embadurnamiento! Sus pobres niños, ¿cómo se irán a criar de blancos y venas azules a fuerza de sombra, aire viciado y leche aguada!

Las noches interminables del campo ¿cómo se soportan? De una manera muy sencilla: leyendo, estudiando, haciendo música, etc., etc. De esa manera se obtienen dos cosas: se libra de la chismografía activa y pasiva, es decir, no se descueta ni se es descuerado, no se hace por lo tanto negocio de barraca; al mismo tiempo se aleja cada día más del nivel del burro, aunque este animal se encuentra más cerca de nosotros en el campo que en la ciudad. En cuanto a lo de cómo se mata el tiempo, es difícil responder, pues siempre he creído que es el tiempo quien lo mata a uno; por otra parte, siendo el tiempo un animal inconmensurable, sin principio ni fin, sin pies ni cabeza, lo considero invulnerable.

Pero hasta el servicio doméstico se confabula contra la vida en el campo. La primera observación que hace una mucama o cocinera al *tratar* es ésta: "si es *pal* campo, no me animo: no quiere mi *tía*".

Este horror por el campo no es sólo nuestro: Demolins lo cita como un síntoma de debilitamiento del pueblo francés, así como el gusto, la afición del pueblo inglés por la vida de campo, lo considera como un factor de fuerza y de progreso. Taine, en uno de sus tantos libros admirables—"La Inglaterra"—en el que estudia al país de Newton con ese poder de penetración extraordinario que lo caracteriza y que yo compararía al de esos barrenos con que se construyen pozos artesianos, barrenos de punta diamantina, que atraviesan todos los obstáculos, que perforan todas las durezas y que no se detienen hasta dar con la corriente subterránea, la que, viéndose libre de su cautiverio tenebroso, se arroja hacia la superficie del planeta, como una flecha cristalina, ávida de luz, de vida y libertad; Taine, decía lo siguiente: "La ciudad no es en Inglaterra, como en Francia, la morada preferida. Si se exceptúan las grandes poblaciones manufactureras, las demás ciudades como York, por ejemplo, apenas son habitadas por dos tenderos; lo selecto y la cabeza de la nación, está en otra parte en los campos. Londres misma no es ya más que un centro de negocios; la gente va allí en verano durante tres o cuatro meses, para hablar, distraerse, volver a ver a sus amigos, atender a sus intereses y pasar revista a sus conocimientos. Pero las raíces de las personas están en su "country seat"; es la verdadera patria, el pequeño círculo amado, el centro de la familia donde se trabaja eficazmente..."

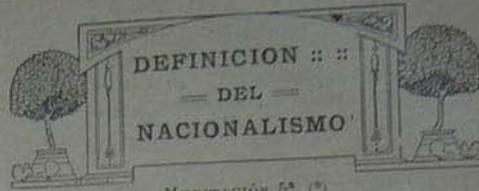
Todos los pensadores modernos, sociólogos, moralistas, políticos y economistas, indican la vida de

campo como un gran remedio a los males sociales. Todos están conformes en la necesidad que hay de descentralizar las grandes ciudades a las que consideran como focos de ruina, moral y física. Yo compararía una gran ciudad con una campana neumática colosal, en la que constantemente se hiciera el vacío y que estuviera en comunicación por medio de tubos (ferrocarriles, ríos, canales, etc.), con las pequeñas poblaciones y los campos. Todo lo susceptible de pasar por los tubos va a caer como hondazo a la gran campana, con peligro de aplastarse y animado de una fuerza viva igual a la masa por el cuadrado de la velocidad, según la fórmula matemática. Es decir, el porrazo que sufre una persona al caer en la gran campana, es tanto más fuerte cuanto más dinero lleva en los bolsillos. Buenos Aires, es, para nuestro país, la gran campana neumática donde van a caer y disolverse tantos ahorros de provincia, sin más provecho positivo, muchas veces, que el gusto, más o menos duradero, de unas cuentas comidas en la rotisserie.

Diremos, volviendo a nuestro tema, que el campo no embrutece a nadie que no tenga vocación para bruto; al contrario, es el gran ambiente para el estudio y el pensamiento tranquilo. Si alguien se considera embrutecido por el campo, la culpa es de él, o es que siempre ha sido bruto, y pretexto quieren las cosas; que ninguna estadística del mundo ha probado que en el campo abunden más los brutos que en las ciudades: es más cuestión de traje que de otra cosa, pues en las ciudades también hay avestruces; que en el campo nadie se muere de hambre ni gasta lo que no tiene; que del campo salen las tres cuartas partes de la renta pública y que en el campo entran... los cobradores de impuestos; que, si el campo no enriquece, está muy lejos de empobrecer. ¿Qué el campo quema y ennegrece? Perfectamente, es lo que recomiendan todos los higienistas del mundo.

Generalmente la verdad no se halla en los extremos: creo que una dosis compuesta de dos partes de campo y una de ciudad es altamente provechosa para todo el que la ingiera.

MARTÍN GIL



El "nacionalismo" no es el "imperialismo", ni este una evolución forzosa de aquel.—Hay pueblos imperialistas que no han pasado por el "nacionalismo", y pueblos "nacionalistas" en el siglo del "imperialismo".—El imperialismo considerado como una *paradoja colectiva* incompatible con el ideal argentino.

El "nacionalismo", según vengo exponiéndolo, es un sistema de ideas que puede perfectamente ser practicado en la conducta privada; pero es también un sistema de moral cívica, inherente a los partidos políticos, según lo veremos en otras "meditaciones". De aquí proviene que en cualquier bandería sobre cuestiones "internacionales", se le confunda con el "imperialismo", ya sea para estimular en su nombre el instintivo orgulloso militar, yacente en el corazón de todos los pueblos, o ya para atacarlo en nombre del internacionalismo pacifista, como si fuese aquella una doctrina belicosa. *Demostrar que el nacionalismo es aiferente del imperialismo, y que éste no es una consecuencia necesaria de aquél, importa servir al verdadero nacionalismo argentino, en cuanto es la nuestra una doctrina de civilización y de paz.*

Y aquí necesitamos, lector atento, retomar el hilo de una pasada "meditación", en aquel punto donde comparé la conciencia del "yo individual" a la conciencia del "yo colectivo". Tal vez se objete que esa analogía no es sino una figura de expresión, como las metáforas de la ciencia "espenceriana" que los discípulos de Spencer adoptan literalmente. No me detendré, sin embargo, a demostrar la verdad "científica" de esa idea: me basta utilizarla como simple figura, pues me sirve para esclarecer del todo los conceptos que aspiro a sugerir con estas "meditaciones", que no son dogmáticas, ni dan "ideas hechas", sino elementos para que el lector por sí mismo las elabore. La convicción que así le nazca—personal, espontánea, fecunda,—será más persuasiva que la transmitida de afuera por imposición verbal o acatamiento gregario.

Por eso digo:—La conciencia normal de nuestra "personalidad" se parece a la conciencia normal de nuestra "nacionalidad", y el "nacionalismo" no es sino el ejercicio de esa personalidad colectiva; pero el "imperialismo" es una forma *anormal* de esa conciencia colectiva, cuyos caracteres corresponden a ciertas exaltaciones de la personalidad paranoica.

(*) Véanse las «Meditaciones» anteriores, en los números 6, 7, 8 y 9 de La Nota. (N. de la D.)

emoción; proponedle ejemplos; inspiradle odio por el egoísmo y la villanía. Afirmad en él la idea de que no todo es malo aquí abajo, de que existen placeres más delicados que la satisfacción feroz de nuestros apetitos, y de que es bueno a veces involucrarse a un escrípulo, a un principio, a una idea..." He aquí cómo llegaremos a crear el arte que necesitamos:—la fuerza moral capaz de retemplar la fibra de la raza.

JUAN PABLO EGHAGÜE

EL SECRETO FEMENINO

Señor Director:

Desde el momento en que los estados en guerra publican en libros de colores variados sus más íntimos secretos, como la indiscreción flota en el ambiente, quiero hoy para LA NOTA esbozar algunas confidencias con que podría iniciarse un "libro rosado" de la diplomacia femenina.

No piense por un instante el Señor Director que la publicación de un "libro rosado" se deba a un estado de guerra franco, no; por Dios no; adoro las escaramuzas, pero tengo horror a romper hostilidades; por el momento movilizo...

El secreto femenino dice un amigo mío (el mismo de siempre, pero nada más que amigo) podría definirse de este modo: Es aquello que reúne en sí el máximo de recomendaciones de discreción con el máximo de indiscreción.

Yo no creo tanto, Señor Director, casi le diría que no llego a creer ni la mitad de la ofensiva definición, pero me fué enunciada en modo tan amable, con un aire de convicción tan profunda, que no pude enojarme, aunque lo hubiese querido, para salvar las apariencias al menos.

La indiscreción en la mujer es una forma de la bondad, porque en resumen la indiscreción es *algo* que se da; es claro que ese *algo* es un secreto, pero, ¡caramba! mayor mérito, pues el aditamento de secreto le da a la indiscreción un valor incalculable.

Tengo una amiga, morocha, de ojos brillantes, que apenas se acerca a nosotras nos dispara a boca de jarro un: ¡Y, chicas, hay algo nuevo? Y en sus ojos se lee tal súplica, que sería completamente imposible no contarle algo, aunque fuese mentira.

Comienzan las informaciones y la carita se anima, y cuando llega la sensacional noticia, (rompimiento de un noviazgo, por ejemplo), prorrumpe en un: ¡No...! como resistiéndose a creer tanta maravilla. Y al concluir el último secreto, la última noticia, empie-

za el comentario, entretreído, cruzado, cambiando mil opiniones;—de cuando en cuando se oye un: ¡pobre! un: ¡sí, che? de una vehemencia incontentida y el aire se puebla de las mil tonalidades de la gama del charlar femenino discordante y profundamente agradable, como un acorde de Debussy.

De ahí nuestro temor a las confidencias entre amigas, Señor Director. Hay a ese respecto en nuestra cofradía dos bandos, a saber: La niña que piensa que *todo* debe contarse a la íntima amiga y la que opina que hay que reservar *algo*. Y sabido es que para la mujer, en ese caso, *algo* es *todo*.

La amiga que opinaba que *todo* debía decirse, abogaba por su causa con calor, habló de sinceridad, de confianza, de alegría en hacer partícipe al espíritu afín, hasta de la indignidad de la ocultación. La amiga que pensaba que *algo* debía reservarse dijo poco, no hizo más que eritir su teoría; fué de las dos la más valiente. Por otra parte, su teoría estaba de acuerdo con su tipo, el misterio dormía sin duda en sus grandes ojos negros.

Opinaron después *ellos*, y hubo también divergencia (¡es claro!). El amigo a que me referí, el mismo que definió el secreto femenino, dijo que no creía en la confidencia completa: Para mí, añadió, la confidencia empobrece en cierto modo el íntimo sentir; un amor que se insinúa es como un verso que comienza, no debe recitarse hasta que no se haya encontrado la última rima.

Y ahora yo, Señor Director; ahora *mi* opinión sobre el secreto femenino y sobre la confidencia.

Creo que el secreto no pierde su virtud de secreto al pasar por labios femeninos, al contrario, se torna más secreto, acaso porque en los labios femeninos florecen más secretos que en parte alguna, se perfuman de misterio, diría así. En cuanto a la indiscreción, ya lo he dicho, es bondad; el que guarda un secreto, para mí, es un avaro; cuando apercibo su sonrisa enigmática, hasta lo odio. En nuestra indiscreción no hay maldad. Además un secreto que se regala, entre nosotras, es un afecto que se compra y esa ya es una razón.

Bueno, Señor Director, diría concluyo si una mujer puede concluir una carta. Dice mi amigo (¡caramba con el amigo!) que las cartas femeninas hay que empezarlas a leer después de la firma.

Entonces, casi concluyo, quiero seguir en LA NOTA la publicación del "Libro Rosado" a que hice referencia y la próxima será una carta triste, sí, muy triste; juzgue por el título: Carta al amigo ingrato.

Para seguir concluyendo, y ya que de indiscreción he tratado; ¡Guárdese bien de decir quien soy! Me enojaría para siempre...

El afecto de la que sigue siendo hasta ahora su amiga y

LA NIÑA BOBA

Esa es la carta, señor Director, un poco triste quizá, expurgada de las minucias que la harían en exceso pesada. La próxima, menos egoísta, resultará, creo, más interesante; se titulará: "Los amigos".

Reciba el grande afecto de su joven amiga

LA NIÑA BOBA

El internacionalismo

"Esos tres metros de trapo colgados en la punta de un palo".

Así se había expresado el compañero Forteza, refiriéndose con evidente ironía al pabellón oficial que sobre la fachada del palacio de gobierno confundía sus bandas celestes con el diáfano azul del ambiente.

En aquel *meeting* de los estibadores convocado con el objeto de solicitar se redujese de 90 a 70 kilos el envase del cemento *portland*, el compañero Forteza, designado como orador oficial, había iniciado los discursos con las frases que hemos transcritas. No estaba muy seguro aún de poder relacionar su crítica mordaz de la enseña patria con la reducción de las barricas de *portland*, pero esa dificultad no le arredraba. El compañero Forteza era un pensador sistemático y en consecuencia subordinaba a sus ideas fundamentales las cuestiones contingentes.

Y como, según su sistema sociológico, la preocupación patriótica era el origen más o menos disimulado de todas las injusticias que se observan en la vida civilizada, el elocuente orador, procediendo en rigurosa deducción, daba comienzo siempre a sus diatribas con un irrefutable ataque a los símbolos de la nacionalidad.

Aquella tarde su retórica primitiva, su lógica simple y su ruda elocuencia, fueron de una sorprendente eficacia. El auditorio de estibadores olvidó el asunto de las barricas de *portland* y llegó hasta a relegar la cuestión de las cocinas ambulantes, que era desde hacía tiempo uno de los motivos de queja del gremio. Su entusiasmo ante las doctrinas internacionalistas del compañero Forteza fué tan grande, que inmediatamente se votó por aclamación una orden del día en la que expresaba la necesidad de impedir participar en las labores portuarias a los trabajadores extranjeros. Esta exigencia, no prevista en la convocatoria del *meeting*, fué desestimada por el gobierno y las empresas particulares y resistida por los jornaleros italianos, rusos, turcos, griegos y japoneses, que no habían podido comprender los razonamientos internacionalistas del compañero Forteza.

La sociedad de estibadores mantuvo, naturalmente, el petitorio aprobado en el *meeting*, y la comisión directiva, procediendo dentro de sus atribuciones, decretó la huelga general del gremio por tiem-

po indeterminado. El conflicto no tuvo al principio una importancia apreciable; pero a los pocos días, debido a la participación de algunos gremios afines, se paralizaron por completo los trabajos portuarios. Intervino entonces el gobierno, y una de sus primeras providencias consistió en detener al compañero Forteza, a quien se consideraba justificadamente como el alma del movimiento.

Cuando, al cabo de un mes, lo pusieron en libertad junto con los miembros de la comisión directiva de los estibadores, todo el mundo había reanudado en el puerto sus tareas ordinarias, olvidados ya del internacionalismo, las barricas de *portland* y la cuestión de las cocinas ambulantes.

Como era de esperar, los cabecillas huelguistas no fueron admitidos a trabajar en parte alguna.

Se inició entonces para Forteza y sus camaradas de prisión la existencia angustiosa y monótona de los desocupados. La obligada vagancia, la inacción forzosa, el agotamiento constante e inevitable de los últimos recursos, agriaron el carácter de todos ellos y robustecieron sus convicciones libertarias. Finalmente, un día en que estaban ya al borde de la mendicidad, se contrataron en una agencia de colocaciones de la Recova, para ir cuidando ganado hasta Sud Africa.

Por ese trabajo se les ofrecieron dos libras semanales a cada uno, todo el tiempo que durase la travesía. Se embarcaron al día siguiente, y aunque la primera jornada fué bastante ruda, la desempeñaron con cierta alegría. Al enfilarse el buque por el canal, rumbo al Océano, Forteza, de pie en la popa, ante el grupo silencioso de sus camaradas que veían desplegarse el panorama de la ciudad, como para contradecir una secreta emoción, repitió tomando de sujeto oratorio a la bandera que tremolaba al tope de un mástil en la entrada de la dársena, su ya célebre discurso, "*Esos tres metros de trapo, etc., etc.*".

Aquella fué la última veleidad tribunicia del elocuente orador. Desde que se perdió de vista la ciudad, el trabajo de a bordo no les dejó espacio para ninguna preocupación espiritual; debían no sólo cuidar el ganado, sino atender también la limpieza general del barco, trabajar en las carboneras y ayudar al cocinero. Además la comida era horrible, inhumanos los marineros y los oficiales de un despotismo brutal. Cuando los pobres libertarios solicitaron que, de acuerdo con lo convenido en la agencia de colocaciones, se les empleara únicamente en el cuidado de la hacienda, no consiguieron entenderse con el capitán ni con el contraalmirante que hablaban únicamente inglés. Se resignaron en consecuencia, consolados en que el martirio era por poco tiempo. Al cabo de una semana, de una semana de navegación, Forteza fué delegado por sus compañeros para reclamar el salario de dos libras que correspondía a cada uno. Esta vez consiguió hacerse entender por el capitán, quien en ese *volapuk* mediterráneo que

hablan los marinos, tan parecido al lenguaje de los turcos de Molière, le explicó que las dos libras no eran para cada uno, sino el precio del trabajo de todos los contratados y que además sólo se harían efectivas al final de la travesía.

Cuando Forteza volvió con la respuesta, los expedicionarios, no pudiendo contener su indignación, protestaron en forma ruidosa y se negaron a continuar el trabajo. Advertido el capitán, hizo armar a los marineros que a culatazos y golpes dominaron rápidamente la sedición. Forteza fué llevado a la barra y el secretario de la sociedad de estibadores conducido a la enfermería con la cabeza partida de un cachiporrazo. A los demás después de un breve encierro se les recargó con dos horas la labor diaria.

Hasta el término del viaje no se produjeron novedades.

Al llegar a Capetown, el capitán informó a las autoridades del puerto sobre los sucesos ocurridos a bordo. Inmediatamente un oficial de policía subió al barco, acompañado de un asesor, mandó poner en libertad a Forteza, tomó declaración jurada al capitán, interrogó por medio de un intérprete a los obreros y al herido y se marchó friamente, dejando intrigados y llenos de recelo a los miseros expedicionarios.

Al día siguiente, un domingo, casi toda la tripulación bajó a tierra. Sólo quedaron a bordo tres marinos de guardia y el grupo de los ex estibadores que por primera vez desde la rebelión pudo deliberar con tranquilidad. Todos convinieron en que debían huir cuanto antes del barco. Era preferible morir de hambre en una ciudad desconocida, que exponerse a una nueva travesía.

Y a la hora en que los tres marinos de guardia bebían su te con ginebra, los expedicionarios, uno a uno, con el mayor disimulo bajaron por la planchada y tomaron el camino de la ciudad.

Durante toda la tarde anduvieron vagando al través de calles desconocidas e interminables bordadas de caras rojas y claras. Era un domingo protestante en que, por lo silenciosa y deshabitada, la ciudad colonial parecía muerta. La falta de rumbo, el desaparar de los infelices obreros en medio de aquel pueblo africano, el temor de verse perseguidos por la justicia o acosados por el hambre, los llevaban abatidos, tristes, silenciosos.

De pronto, Forteza, que marchaba a la cabeza del grupo, por una calle empinada, al llegar a la cumbre prorrumpió en una exclamación de júbilo y alborozado llamó a sus compañeros. Estos, alentados por una última esperanza, echaron a correr y al llegar a la pequeña cima vieron allá bajo ondeando, sobre el modesto edificio del consulado, un pabellón cuyas bandas celestes se confundían con el tranquilo azul del ambiente.

ARTURO CANCELA.

Cartas de Europa

EL VERANO DE 1914

I

Señor Director de LA NOTA:

Amanecía... Una claridad tamizada iba filtrándose poco a poco por los grandes cristales del vagón, empañados por el vapor de agua. El tren rodaba con un traqueteo monótono hacia Levante, en busca del cielo azul que cobija al mar Latino. Las pinceladas zarcas de las sierras del Pirineo, diluidas antes en la reverberación monocroma del amanecer, iban poco a poco tomando forma y se dibujaban con más precisión las notas oscuras de los bosques de abetos, los cultivos de sus laderas bajas, los caseríos escampados que ahumaban y las líneas plateadas de los ríos en el fondo, sesguando a pleno aire, o embarrándose en hondos haces. Las frondas de los parques señoriales, el canal del Mediodía, los inmensos trigales de regadío, las viñas lustrosas, los huertos herrenales, los inmensos cuadros con los troncos de vides simétricos, retorcidos en un espasmo de gestación y formando todo la inmensa planicie del Hérault florido y exuberante, discurrían aceleradamente por el marco del vagón, conforme avanzaba el rápido hacia la platina destrozada de nuestro mar Mediterráneo.

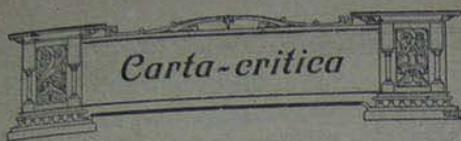
* * *

Mi compañero de viaje—un amable diplomático francés—ha abierto el *Daily Telegraph*, y arrinconado en el ángulo del *sleeping* que ha ocupado toda la noche, se enfrasca en su lectura. Un rayo indiscreto de sol se filtra por los cristales y da de lleno en el rostro de mi compañero de viaje. Cuando abandona la lectura, reanuda la conversación que conmigo tenía por la noche después de salir de París.

—... La guerra balcánica está de hecho terminada, pero no pagada. Habéis de saber, que, a consecuencia de ella y de las posibles conflagraciones que se temían, la deuda flotante europea ha pasado de 4 a 7 mil millones. Y aun tenemos sobre el tapete la cuestión de Albania, cuestión que provocará probablemente una enérgica intervención.

—...

—Sí. Las potencias habían prometido el *statu quo*, la seguridad de un absoluto respeto a la integridad del Imperio otomano. Pero he aquí que Alemania se instala en Constantinopla con el pretexto de la reorganización del ejército turco, y lleva allí numerosa representación de su Estado mayor y toma la dirección del *control* del ferrocarril de Constantinopla hacia Bagdad.



Sr. D. Ricardo Güiraldes:

Querido amigo:

Se me ocurre que para escribir un libro como el suyo sobren muchas cosas que habitualmente hacen falta para escribir otros, verbigracia: una metódica preparación, verdadera estiba del material cortado y curtido para su mejor acondicionamiento; ítem más, un período premonitor, período de gestación sigilosa con su correspondiente embargo espiritual; todo ello involucrado en una cultura, o cosa por el estilo, que se asimila pausadamente, hasta llegar el momento del "trabajo" penoso que decide el alumbramiento. Yo no sé nada de todas estas cosas dentro de usted, y hasta quiero dudar de su cultura, como puedo dudar de la fortuna de un buen vividor que pasea en automóvil y come y fuma señorialmente, sin mis cuidados ni los de nadie. Por eso me imagino que el "Cencerro de cristal" tiene como distintiva petulancia el haber nacido sin previos requisitos legales; lo habrá engendrado V. a la buena de Dios, como esos bohemios de Montparnasse, que engendran deliciosos "croûtes" y se subrayan "éthers de la nature", para que los que son discípulos de todas las academias los repudien y los befén.

Ignoro si usted quiere pasar por un literato conspicuo y atildado, hijo de hondas sabidurías y pertinaces afanes. Si tal quiere, acuda usted a sus jueces correspondientes, que ya los tiene disponibles y se mofan de sus filosofantes palabras que no registra el diccionario de la lengua, y dicen por las aceras que sus versos hacen reír, sin que su intención—la de los versos—sea jocosa, y sostienen que lo de la luna motejada de pulcro botón de calzoncillo es un dislate y que lo de astro en camisa es peor. Y esos jueces le harán mucho mal a su epidermis, si V. no la tiene anestesiada, para lo cual se han aprendido de memoria la docena de frases explotables que hay en su volumen y los esparcen por los cafés y las tertulias de familia.

Esto se explica. Su libro está mirado desde un punto atornilladamente suyo, y la restricción que eso impone no está al alcance de todos los lectores. Esta observación, que será para Vd. muy ingenua, no lo es para los otros. De la vastedad del panorama interno depende el mayor o menor número de lectores afines. El fenómeno es casi fisiológico. Si escribe V. bajo un prisma tiránicamente personal, le arañarán su egoísmo; si se desliza V. hasta abarcar

un radio más extenso, será V. tolerado, pero el día que cometa V. la simpleza de escribir como un idiota para solaz de todo el mundo, será V. proclamado astro fulgurante.

Por de pronto, no dude V. que lo del botón pulcro y la luna ha sido ya consultado con un astrónomo profesional, y el protocolo le ha sido adverso. Si, en cambio, hubiera V. acudido a la "pálida viajera de la noche" o a cualquier otro símil aseQUIBLE, no hubiera intervenido el astrónomo, ni su reputación peligrado.

Vd. debe de conocer el efecto producido por su libro, y suponiendo que lo conozca, no imagino lo que podría pensar al respecto. Lo distingo a V. creyendo que no piensa nada, y quiero sospechar que está V. encantado de lo que se ha dicho, haciéndome eco de algunas opiniones, no para rebatirlas, sino para entretenerme.

Cuando aparece un libro la gente de acá se interesa poco por el volumen; lo más que la preocupa es la modalidad del autor, pero no la modalidad literaria, sino la personal, la privada, casi diría la social. Algunas personas adquieren el tomo en las librerías; algunas más lo reciben gratuitamente, y la inmensa mayoría no lo leen. Si el libro resulta bueno, unos cuantos sujetos maduros se congratulan y celebran de viva voz el talento del autor; si es parecido a los otros libros—Onhet, Coloma, González o Tinayre—grande es el número de los que sonríen complacientes ante la promesa—siempre es promesa—que implica la aparición del novicio; y si es malo, todo el mundo habla de él, todo, todo. El máximo de popularidad intelectual se alcanza publicando un libro ultrapésimo.

Cuando el libro no es, *prima facie*, ni bueno, ni parecido, ni malo, sino que es raro, el buen "Señor todo el mundo", por razones de conservación personal, se queda perplejo para sus dominios, aunque para afuera se incline marcadamente en su contra. Viste mejor la implacabilidad crítica que la benevolencia.

Si el tiempo decide encauzar la opinión en otro sentido, el mismo factor se complace en borrar lo pasado de todas las memorias.

No quiero apelar a las citas de rigor, como es de práctica, para dar al caso el carácter de fenómeno comprobado; pero le ruego la gracia de apoyarme con sus recuerdos, que no son escasos, seguramente.

"El Cencerro de Cristal" puede ser un libro raro; eso depende, más que del color, de la magnitud del juez: el Champagne es un brebaje para el gauchito de Santa Rosa de Toay; puede ser un libro malo para entendimientos que tienen decimalmente medida la capacidad continente: Laforgue sería un atolondrado para un académico vertical, si éste llegase a sospechar su existencia; puede ser un libro infame, si lo lee un catedrático de prosodia versado

en diptongos y sinéresis: un libro insubstantial para un lector ávido de literatura jugosa o truculenta; o un perverso mamotreto para un monseñor de provincia, impregnado de catecismo.

Pero su libro no es nada de eso, o es todo eso, como V. quiera; para mí, tanto da que su cencerro despierte tal o cual rebelión o tal o cual anatema. Lo he leído como lo hubiera leído V. si no lo hubiese escrito y tuviera ganas de haberlo escrito. Estoy con el que dijo que el mejor libro es aquel que hubiésemos escrito, si supiésemos escribirlo, frase sobre la cual dejó más que insinuada mi impresión sobre su obra.

Tiene su "cencerro" títulos perfectamente honorables a la consideración de mucha gente, como son: una originalidad con ribetes de audacia frecuentemente feliz. Y lo difícil, cuando se quiere ser audaz, es mantener la dignidad. No creo que la mantenga V. crónicamente, tal como yo la entiendo, o como yo la siento; pero su libro, tomado en bloque, así como un efecto buscado, sostiéndose digno por largo tiempo. Esto de la dignidad literaria es, para mí, fundamental; con ella puede salvarse un espíritu apocado, y sin ella naufragar cualquier genio, por más despejo que tenga.

Hay además emoción y color.

Ahora, si me pregunta V. qué pienso en síntesis de su libro, le responderé, no sin cierta humildad, que lo considero apto para senda de su vida futura, frase un poco pomposa pero inocente en su esencia. Quiero decir que eso que V. ha escrito bajo el influjo de un concreto propósito, podrá servirle para una orientación definida, por más que lo que pereato entre sus páginas no responda, como pudiera inducirme, a la *trouvaile* de un espíritu de pristino quilate. Tiene V. tíos ancestrales y primos contemporáneos afectados de la misma idiosincrasia, como que los propósitos en materia de letras son tan reducidos como los colores del iris; apenas si las combinaciones y los cristales los tornan diversos.

Pero ya hay título, ¡vaya si lo hal!, con pararse a la puerta de la tienda y decir cosas lindas doradas de ingenuidad a los pasantes distraídos de la ampulosa urbe. Y si por decirlos de acuerdo con su íntimo soñar, o de su antojadizo querer, consigue V. que se sulfuren o se retuerzan, prescinda V. de ellos y siga haciendo sonar el cencerro. Para mejor resguardarse, dé V. más consistencia a la materia prima, para que el cristal no se raje, y siga creyendo que, si con su derecho vetusto se fabrican auroras con nácar, labios con fresas y senos con pétalos de rosas, V. con el suyo hace cencerros de vidrio.

Suyo afmo.

ENRIQUE PRINS



Estimado emir:

Déjeme terciar a mí también en el asunto, ¿quiere? Deseo mantener correspondencia con usted, pero no de la índole de esa que la pobre turtita de "Les desencantées" le escribía a André Lhery. ¡No! Ya le oigo al emir decir: Se me llamó Amalia, pero ahora me salen dos al encuentro. ¡Cómo se las irá a arreglar!

Mire que esa Bebé parece muy pícaro y revoltosa y la creo muy capaz de hacer una revolución... en su espíritu. Me gusta mucho esa chica; se ve que es tan espontánea, todo lo dice a medida que lo va pensando, sin cálculo, ni reflexión, y sus observaciones me parecen muy acertadas. Y a usted ¿qué le parece? Yo creo que debe de haberle interesado muchísimo; qué quiere, tengo ese palpito...

Pero ¿sabe una cosa? Yo le comprendo a usted su lógica para razonar de ese modo; ¿qué somos esclavas de la moda dice? Sí, pero yo creo que se puede hablar de esclavitud cuando hay sacrificio en hacer algo; pero no ve usted, emir, que nosotras, (me refiero a las de buen gusto) no nos sujetamos a la moda, no; no es cierto, no nos sujetamos! Nos aprovechamos de ella, para embellecernos, tomamos de la moda lo que más nos conviene, lo que va a contribuir a realzarnos, cuando somos bonitas.

Es cierto que hay mujeres que carecen absolutamente de criterio para vestir; que se ven mujeres ridículas, como aquellas gordas que, cuando se usaban las faldas estrechas, las llevaban lo más exageradamente angostas, en vez de disimular entre un pliegue u otro las formas que pasaban los límites de la armonía...

Pero, por Dios, distinguido emir, ¿por eso nos va a dedicar usted todo un artículo, en el que quiere demostrar que las mujeres carecemos de lógica?

Si porque seguimos la moda se nos va a tratar de ilógicas, yo también, ahora mismo, podría escribir un artículo sobre la falta de lógica de los hombres, porque ustedes también se ponen a la moda: yo lo he visto a usted que estaba a la moda ¿dónde? ¿cuándo? ¡Ah! eso es lo que no le voy a decir; confórmese con saber que lo he visto.

El otro día vi un hombre gordo, de una cara muy grande, pero que tenía la mandíbula inferior a medio concluir, unos bigotes duros, cortados a ras del labio superior, y del labio inferior salían unos cuantos pelos cortados que parecían flechas, de modo que, visto de perfil, se asemeja a... un cerdo, ni

La Nota

DIRECCION Y REVISTA
ADMINISTRACION
25 DE MAYO 294
UT. 804 AVENIDA

DIRECTOR
EMIR
EMIN
ARSLAN.



Subscripción:

En toda la República un peso m/n. al mes pagadero por semestres o por año adelantados.
Para el exterior las subscripciones se cobrarán a oro. Número suelto 30 centavos

LA FUTURA PRESIDENCIA

Hasta donde es posible comprender a esos respetables señores que escriben libros y más libros omitiendo siempre la especificación precisa del objeto que se proponen, me parece que he comprendido bien a todos los filósofos, inclusive Kant, autor de mis cínas, y Fichte, padre de mi dispepsia. Prueba de ello (de que he comprendido) es que confieso no haber sacado nada en limpio de tanta lectura, a no ser, entre otras nimiedades, la certidumbre de que solamente los que nada entienden afirman de sí propios lo contrario.

A fuerza de pensar, sin embargo, he ido adquiriendo cierta práctica en esto de apreciar las cosas de la vida sin andarle buscando cinco pies al gato. Toda la histeria que debía corresponderme por razones de justicia distributiva, estoy seguro de haberla desalojado de mi urdimbre psicológica. Carezco de fobias y de prejuicios, y el *nihil mirari* de los estoicos sería acaso la única enseña de mi estandarte, si alguno tuviera.

A decir verdad, no creo que el estudio de la filosofía sirva para otra cosa que para apreciar a fondo la ignorancia de los hombres. No obstante, doy por bien empleado el tiempo en que envejecí leyendo a Kant y me volví dispéptico estudiando a Fichte; porque el espectáculo de la ignorancia triunfante, lectores míos, es sin duda uno de los más interesantes de la creación.

No todos saben que en la ignorancia es en donde reside la fuerza verdaderamente positiva del hombre de acción, del hombre "enérgico", del hombre "de carácter". El peor enemigo del "carácter" es la sabiduría. El sabio es cauto, indeciso, apocado, pusilánime, silencioso, conservador. Si carece de genio, es elemento casi inútil como factor de "progreso". En cambio, el ignorante impulsivo y monomaniático lle-

va en sí la chispa de todas las revoluciones. Un gran disparate sugestiona a todo un pueblo. Una gran verdad no la cree nadie. El ignorante, con gran facilidad de palabra casi siempre, suelta afirmaciones rotundas, categóricas, enérgicas, inapelables. Habla serio y mirando fijamente al interlocutor. El sabio, por el contrario, afirma con prudencia, titubeos y encogimientos de ánimo. Habla sonriendo y suele ser vagamente tartamudo. Si se me pidiera una definición del sabio, diría que es el hombre que sabe... dudar.

Ahora bien: la Historia, aunque estudiada y escrita a veces por sabios, ha sido hecha por ignorantes. El ilustre Ramos Mejía, estudiando la influencia de la locura en la Historia, lo confirma plenamente, ya que "loco" e "ignorante" son sinónimos para el caso. De lo cual se infiere que el mundo ha sido casi siempre gobernado por ignorantes. Digo "casi" tan sólo para que no pueda tachárseme de exagerado, porque, en lo íntimo de mi tuétano pensante, seguro estoy de que ningún sabio de verdad ha deseado nunca mandar ni gobernar a nadie.

Así, pues, de mis pacientes y prolongados estudios filosóficos he sacado en limpio, entre otras convicciones igualmente pesimistas, la certidumbre absoluta de que un gobierno sabio es material y metafísicamente imposible. Note el lector que no he dicho "gobierno bueno", sino "gobierno sabio". La razón de esta preferencia estriba en que la palabra "bueno" carece de sentido en filosofía. Para nosotros los filósofos, las palabras "bueno" y "malo" podrían llegar a ser hasta sinónimas en caso de urgente y gran necesidad. En prueba de lo cual, tratándose de gobiernos, no sería difícil demostrar que los buenos son precisamente los malos. Bastaría para ello convenir en que lo bueno es lo normal, y lo malo lo anormal; cosa que, por otra parte, no dista mucho de ser un apotegma ético digno de estudio.

Adviértase, por lo demás, que el espectáculo de la ignorancia triunfante no tiene par en la historia

natural del globo terráqueo. Si el ombú reina en la pampa grandiosa, no es por mandato de leyes arbitrarias ni de códigos excéntricos, sino porque sólo él, entre todos los árboles, resiste impasible las furias del pampero y contempla meditabundo la marcha de los siglos. Si el león impera en la selva misteriosa, no es por razones de abolengo, alcornia o derecho heredado, sino por la fuerza de sus garras y el temple de sus colmillos. Si al perro le cupo el honor insigne de ser ungido compañero del hombre, no lo debe, ni lo debió jamás, a intrigas políticas de ningún comprovinciano influyente, sino al propio mérito de ser el más altruista, inteligente y leal de todos los animales. Del hombre, en cambio, no se sabe nunca por qué reina, impera o manda, como no sea por motivos ajenos a toda interpretación lógica de los fenómenos naturales.

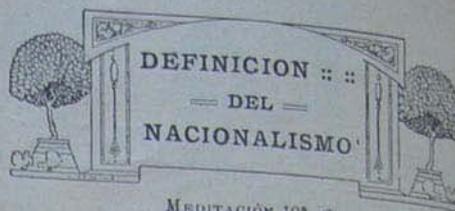
Además de interesante en el terreno de la especulación filosófica, el imperio de la ignorancia se me antoja inagotable fuente de emociones cómicas. ¡Cuántas veces me he levantado a las ocho de la mañana—yo, que soy trasnochador empedernido,— nada más que para saborear algún discurso necrológico pronunciado por un ministro analfabeto en la tumba de su más querido condiscípulo! ¡Qué maravilla!

Dicho sea sin asomo de perogrullada, hechos así no se observan sino en la especie humana. Porque, en efecto, ya que no discursos necrológicos ni otras cosas propias del hombre, podría haberse observado alguna vez entre los irracionales, si fueran menos razonables, algún espectáculo parecido a los muchos que ofrece la humanidad en este orden de incongruencias. Pero, no; nunca se ha visto nada semejante. Jamás el gato tomó al ratón. Jamás el tigre se sometió al conejo. Jamás el burro adoptó el majestuoso continente del león. El único animal que todo lo simula es el mono. Doblemos la hoja...

¿Cabe más, después de lo dicho, que entregarse a la admiración incondicional y extática de nuestro pueblo soberano? ¡Ahí lo tenéis, a pocos meses de la elección presidencial, tranquilo, sereno, apacible, sin que ningún síntoma denote en él asomos atávicos de ese lirismo idiota que en los ensangrentados campos de la Historia congregó tantas veces a la pobre humanidad luchando por sus reyes!

No es desidia, no. Es filosofía. El pueblo argentino sabe muy bien que será inútil cuanto haga por procurarse un gobierno sabio. Y como, por otra parte, está casi seguro de que ya pasó el tiempo de los gobiernos pésimos, resuelve sensatamente dejar que sea lo que Dios quiera, sin dársele tres cominos por lo que pueda suceder en el retablo de maese Pedro...

BENIGNO BRAVO



MEDITACION 10ª (*)

La generación que llegó después de 1880 — El espectáculo de escepticismo y venalidad en que fue envuelta — Eclipse del espiritualismo castizo entre 1880 y 1910 — De Abnena del Plata a Cosmopolis.

Después de federalizada Buenos Aires, pareció que todas las cuestiones heroicas quedaban resueltas. La nueva generación argentina, que llegó a la virilidad en los dos lustros inmediatos, pensó que nada restaba ya por realizarse que fuese cosa digna de la historia. Nunca una generación argentina creció en ambiente más propicio al escepticismo si fué este joven un hombre de estudio, o más propicio a la concupiscencia, si fué este joven un hombre de acción.

Ellos habían visto, cuando eran niños, volver a Buenos Aires las cenizas repatriadas de Rivadavia y San Martín, muertos en la indigencia y el destierro, como único premio de su amor patriótico. Ellos vieron también, poco más tarde, morir, fuera del país, en la pobreza o en el olvido, a Sarmiento y Alberdi; y vieron en los años sucesivos envejecer a Mitre, último sobreviviente de la falange de Caseros, mezclado, con cívica abnegación, a la política roquista, que ahora se comprende, pero de la cual entonces popularmente protestábase. Frente a aquel espectáculo tangible de nuestras altas glorias personales así desconocidas, ellos sentían venir de abajo, como una horda rubia—suerte de montonera pedestre y venal—la marca del cosmopolitismo triunfante, que iría enrareciendo cada vez más el ambiente de la tradición y del ensueño...

Aquietadas por aquel entonces nuestras rencillas internas por la conciliación creciente de los partidos, y nuestras querellas externas por el *status quo* de fronteras que preparaba los futuros arbitrajes, reinaba la paz en el hogar y en los horizontes, como excelente estímulo para el capital y sus pingües empresas. La bolsa europea se abría para nosotros; se fundaban puertos, fábricas, ferrocarriles, colonias, bancos; dividendos y dádivas crecían; cobraban impulso las ambiciones materiales, e iban así, paulatinamente, creándose nuevos "valores" y rehaciéndose las jerarquías sociales sobre el pedestal ignominioso del oro. El inmigrante audaz e industrial, traído hasta aquí por el afán del dinero, suplantaba al nativo rural, a quien nada le ha-

(*) Véanse en la LA NOTA las «Meditaciones» anteriores

La Nota

DIRECCION Y ADMINISTRACION
25 DE MAYO 294
U.T. 804 AVENIDA

Revista Semanal

DIRECTOR
EMIR EMIN
ARSLAN.



Subscripción: En toda la República: por 6 meses \$ 5.— por 1 año \$ 10.— m/n. — Para el exterior las subscripciones se cobrarán a oro. **Número suelto 20 centavos.**

La condición de los intelectuales en la Argentina



En estos últimos días han surgido varias publicaciones de diversa índole bajo la dirección de personalidades más o menos conocidas. Oyendo los pronósticos que se hacen sobre la vida y prosperidad probables de estas publicaciones, me ha sorprendido la unanimidad con que en todos los medios y en todas las clases se prescindía de encarar para el caso toda cuestión que no fuese la pecuniaria; la inteligencia y preparación del director y de sus colaboradores no entran en la cuenta para nada.

Viene eso a esclarecer tristemente, una vez más, la situación precaria, en todo sentido, de los intelectuales argentinos. La vida de los escritores y poetas es aquí dura y difícil, mucho más que en cualquier otro país del mundo, y sobre todo si se la compara con la situación de sus colegas de Europa.

No creo que se me pueda citar un escritor, un novelista, un poeta, que haya hecho fortuna con el producto de sus libros o de sus escritos.

Y si al menos tuvieran los honores morales correspondientes a la rara nobleza de sus afanes! Sería eso a lo menos una consolación. Pero ¡ay! no tienen ni lo uno ni lo otro. Peor todavía. Parecen inspirar compasión y piedad. Nunca olvidaré la impresión que recibí un día, al visitar a un amigo, un gran abogado porteño, un talento jurídico y un verdadero gentleman. Tiene por costumbre reunir en su casa a algunos amigos todos los domingos por la tarde. En una ocasión, llegando yo el primero, le hallé sumergido en un sillón y leyendo un libro. Estaba de tal modo absorto por la lectura, que ni siquiera me

advertió, hasta que estuve junto a él. Entonces, sorprendido, escondió el libro con disimulo.

No pude menos de reír.

—¿Qué cosa tan grave lee usted para ocultarla en esa forma?

Calló por algunos segundos, y luego, sonriendo, me contestó:

—Pues bien, desde el momento en que he sido sorprendido en flagrante delito, voy a hacerle una plena confesión: es un libro de versos; aquí está.

Leí el título. Era Verlaine.

—La poesía me gusta inmensamente—prosiguió mi amigo,—y yo mismo soy algo poeta, y hago versos a ratos perdidos; pero no me anima a decirlo.

—¿Pero por qué?

—Me perjudicaría en la profesión. Aquí no se admite que un abogado sea poeta.

—Pero en Francia, por ejemplo—exclamé sorprendido—muchos grandes abogados son poetas o artistas. Poincaré ha hecho muy lindos versos y Waldeck Rousseau pintaba acuarelas preciosas. Eso no les ha perjudicado en nada ni suscitado críticas contra ellos.

—Sí—me respondió con aire triste,—pero eso sucede en Francia...

Nos dimos a conversar acerca de los escritores y literatos del país.

—En Europa—le dije—y más o menos en todas partes, un escritor que logra hacer publicar un libro, no importa de qué género, historia, novela o poesía, puede estar seguro de su porvenir, y de que hará fortuna. Como caso típico, sin recurrir al ejemplo de los grandes escritores, ni a los académicos, puede citarse a de Courcelles. Cierta día escribió una pieza teatral, que en suma no era más que un drama patético bastante bien armado. "Les deux gosses". Por ese tiempo, precisamente, estaba yo en París. Pues bien, esa pieza se representó en el teatro de l'Ambigu mil veces consecutivas. Cuando se llegó a la 500ª representación los actores se halla-

ban de tal manera aburridos de repetir todas las noches, desde hacia más de un año, las mismas palabras, que hubo necesidad de reemplazarlos. De Courcelles recibió, como derecho de autor, dos millones de francos, creo, con los cuales compró títulos de renta y un castillejo en los alrededores de París.

Rostand hizo con Cyrano su fortuna, su gloria y su entrada en la Academia.

Claudio Farrère era un oficial de marina desconocido, compañero de Pierre Loti. Pero la Academia Francesa, al discernir su premio para la mejor novela del año, lo concedió a su libro "Los civilizados". Era la primera vez que se oía el nombre de Farrère, y sin embargo, su libro se vendió en seguida por millares de ejemplares.

Otro caso, de impresión personal. Mientras vivía yo en París, tenía por costumbre ir a la Biblioteca Nacional. Siempre tenía como vecino a un joven bohemio, flaco y de cabellos ensortijados, quien, entretanto aguardaba que le trajesen los libros pedidos, invariablemente se ponía a dibujar el sombrero tricorno de Napoleón I. Me intrigaba mucho este detalle. Me relacioné con él y me presentó a Alfonse Allais y a otros escritores que no eran desconocidos como él. Un día supe por los diarios la aparición de un libro extraordinariamente elogiado. Se titulaba "Notre maître Napoleón" y su autor era mi bohemio ensortijado, Ernesto Lajeunesse. Los diarios inmediatamente se disputaron sus crónicas, y finalmente se hizo el gran crítico de "Le Journal".

Como en París, acontece lo mismo en todas las partes. Con una sola novela, "Quo Vadis?" Sienkiewicz ganó millones de francos en Polonia. Südermann en Alemania ha hecho caudales con sus bellísimos libros.

En Europa un escritor funda un diario o una revista con la seguridad del éxito, sin más capital que cierta reputación literaria, y asimismo puede disponer de los capitales que quiera.

—En cambio—dijo mi amigo,—no hay aquí un intelectual que haya ensayado hacer una revista sin fracasar lamentablemente.

—Pero en Europa a veces basta, a falta de notoriedad literaria, ser algo ingenioso o "picaro" para tener éxito en estos asuntos de pluma. ¿Sabe usted cómo y por quién fué fundado "Le Petit Journal", cuyo tiraje llegó en un tiempo a 1.000.000 de ejemplares? Lo fundó un tal Millaud. Vivía en Nantes, donde había fundado una hoja hebdomadaria donde se publicaba la lista de todos los fallecimientos de la semana, y juntamente el nombre de los médicos que los habían asistido. Como, naturalmente, eso aprovechaba poco a la conveniencia de los médicos, se colaron con una buena suma y le rogaron que abandonase la ciudad. Fué a París, fundó "Le Petit Journal", a cinco céntimos, y todo el pueblo lo leyó.

¿Por qué los intelectuales de aquí, los escritores y los poetas, no tienen la misma suerte? Y no me saque usted, le ruego, el eterno *ritornello* de que "es un país nuevo que se forma", porque ese es argumento que se hace servir para todas las cosas.

—Sin embargo—dijo mi amigo,—algo tiene aquí de verdadero para todas las cosas el argumento ese.

Nuestro país no puede compararse a Francia desde el punto de vista intelectual; no se lee suficientemente, aquí...

—¿Cómo! Si se consideran los diarios de aquí, *La Nación*, *La Prensa*, *La Razón*, y se les compara con cualquier diario de París, se halla que ocho números de *Le Temps* o de *Le Figaro* no harían un número de *La Nación*. Y tome usted, por otra parte, el tiraje de *Le Temps*: no pasa de 60.000 ejemplares, mientras *La Nación* edita doble número y algo más. De aquí puede deducirse que *La Nación* tiene doble cantidad de lectores. Además en la República hay diarios casi por millares. No puede, pues decirse, que aquí no se lee.

—También hay que pensar—consideró mi amigo—en que los escritores no encuentran, ni en el gobierno ni en la sociedad, un estímulo lógico. No tenemos ni Academia ni leyes para premiar las mejores obras del año y excitar el celo de los escritores.

Por otra parte, los diarios publican la mayor parte de los artículos anónimamente, de modo que el valor y la personalidad de los escritores se pierden, y al público interesan sobre todo las informaciones. Y así, nada de literatura ni de intelectualidad.

—Pero si al menos recayera sobre ellos algún beneficio moral! En Europa, para un escritor, o poeta o dramaturgo, todas las puertas se abren. Se les invita en las recepciones reales, son disputados por los salones de la vieja y hermética aristocracia y como huéspedes en los castillos durante las temporadas veraniegas.

En cambio de esta incomprensible desconsideración que se tiene aquí para los escritores, se la tiene desmesurada para los ricos y para la riqueza.

Es verdad que el culto a la riqueza es una lastra moral difundida en todas las sociedades modernas, pero en ninguna parte del mundo se manifiesta con tanta virulencia como en este país.

Hace dos años un intelectual europeo se hallaba de paso por Buenos Aires. En una comida íntima que se le dió, un comensal le preguntó si había conocido en París a Fulano de Tal. Era éste un ciudadano argentino a quien rodeaba aquí una gran consideración por su inmensa fortuna y que pasaba los años de su vejez viviendo magníficamente en París. El obsequiado manifestó desconocerlo completamente.

Y como sorprendiera mucho que una persona de gran mundo no hubiese tenido ocasión de hallarse alguna vez con el señor en cuestión, se expresó así el viajero:

—Pero, ¡por Dios! el señor Fulano de Tal es, según veo, simplemente un hombre muy rico. Mas en París hay centenares de millonarios como él y nadie se preocupa de su existencia. ¿Qué importancia puede tener el hecho de que un millonario más o menos vaya a gastar su dinero a París?

Y en efecto, ¿qué mérito hay en poseer riquezas o en adquirirlas? La inteligencia parece asociarse muy poco al azar en eso de enriquecerse. Bismark, que con una palabra hacía subir o bajar las cotizaciones de la bolsa, especuló un día y perdió. Y a menudo las vastas inteligencias fracasaron lamentablemente en la vida, mientras los mediocres triunfan.

En suma, un hombre rico no es necesariamente un hombre inteligente, un hombre que realmente merezca honores y consideraciones. Y es absurdo clasificar a los hombres según la cifra de sus millones, en vez de hacerlo según la altura y la inteligencia del espíritu, y mucho más absurdo si se trata de millonarios que nada han hecho para el bien de la humanidad. Sin duda, comprendiendo esto los millonarios norteamericanos, se apresuran a destinar parte de sus riquezas a obras útiles...

EMIR EMIN ARSLAN

DESENCANTO

PSICOLOGICO



EN LA muchas y muy buenas razones para pensar que Quatrini y Pigliapoco, fundadores del pueblo de "Nueva Bachicha" que queda a dos pasos y medio de Buenos Aires, con boleto de recreo, segunda, distancia que en metros equivale exactamente a dos y medio trillones de ellos, midiendo con una sogá de un dedo de grueso y a muchísimos más, con hilo de remontar barriletes; decía entonces que tenía todas esas razones para creer que ambos hijos de Italia, a pesar de ser de la misma aldea y de haber hecho juntos su viaje de inmigrantes a esta América, o quizá por eso mismo, se odiaban a muerte.

Semejante idea, perfectamente calumniosa, me apresuro a confesarlo, no era, sin embargo, del todo gratuita, puesto que yo no ignoraba que los dos súbditos de Víctor Manuel tenían sus respectivos boliches de almacén con borrachería anexa, el uno enfrente del otro, y no me era desconocido aquel refrán que dice, muy mal por cierto, "que no hay peor enemigo que el de tu oficio"; y digo muy mal, por que, así como es más amigo mío mi mejor que mi peor amigo, así también es más enemigo mío mi mejor que mi peor enemigo; de donde resulta que mi peor enemigo es nada menos que mi mejor amigo, y el refrán una famosa estupidez, porque no es cierto que mi mejor amigo sea siempre el de mi oficio.

Además, no se me ocultaba que mientras la suerte le había sonreído a carcajadas a Quatrini, poco o nada se había cuidado de Pigliapoco, hasta el punto de que este desgraciado, sintiéndose irremisiblemente comprendido en la definición del socialista, que trae

el diccionario de términos industriales, que tengo en prensa, o sea: eterno aspirante a capitalista sin éxito, sin dinero y con menos sentido común, juró votar por la lista íntegra de changadores formulada por el partido para electores de la primera autoridad del país; no solamente por lo de la definición, sino un poquito también para llevarle la contra al burgués de de Quatrini.

Como ustedes podrán comprender, no fué con poca satisfacción—siempre es agradable librarse de los malos pensamientos, por algo se lo pedimos a Dios—cómo supe, tras profundas meditaciones, que en el fondo de las relaciones de Quatrini con Pigliapoco no existía tal odio, sino simplemente el cuadro completo de todos sus síntomas, por lo visto, muy mal interpretados por mí.

Por de pronto aquella íntima fruición con que Quatrini contemplaba la supina miseria de su paisano, no tenía necesariamente su origen en un sentimiento anticristiano, sino que era, más bien, la consecuencia natural de un confortante y subconsciente silogismo. Es claro: Quatrini sabía perfectamente que todo el dinero que andaba suelto por el mundo con el permiso del gobierno, no podía alojarse en otros bolsillos que en los ajenos o en los suyos propios, y que, tras de ser evidentemente ajenos los bolsillos de su amigo Pigliapoco, estaban del todo vacíos y... naturalmente, el *ergo* no podía menos de llenarle de una justa satisfacción.

Que Quatrini gozase sabiéndolo triste a su paisano y se entristeciera hasta las lágrimas en el caso contrario, era también otro fenómeno que se explicaba fácilmente y sin menoscabo de su merecida



Biblioteca Argentina — DIRECTOR: RICARDO ROJAS.

Los primeros volúmenes aparecidos de la Biblioteca Argentina fundada y dirigida por don Ricardo Rojas, sugieren la impresión inmediata de que ella viene a constituir una verdadera obra de cultura literaria en nuestro país, poniendo en más íntimo contacto con el público los libros nacionales de más valor y más expresiva de nuestro espíritu y de nuestra tradición.

Ilustra con exactitud sobre la importancia de los primeros volúmenes, esta noticia de los editores:

Volumen 1.º.—*Doctrina Democrática*, de Mariano Moreno. —Compilación diversa de la de Pickburn, conocida por de Manuel Moreno, (Londres, 1836), y diversa de la del Ateneo (Buenos Aires 1806). El director ha eliminado, de una y otra, las piezas atacadas de apócrifas o las muy impersonales e insignificantes, como la adócenada tesis doctoral sobre la Ley 14 de Toro, o un pobre escrito forense sobre lanzamiento de un inquilino en Buenos Aires. Con materiales de ese género no se favorecía la memoria de un prócer como Moreno. Para mantenerle su jerarquía, era necesario reunir los escritos en que su pensamiento más genuino se identifica con la revolución argentina. Dentro de ese criterio, era necesario completar las compilaciones anteriores, en las cuales faltaban documentos tan importantes como el *Manifiesto de la Junta sobre la ejecución de Liniers*. Este y otros documentos análogos han sido extraídos directamente de *La Gaceta*, y una nota del Director indica la procedencia en cada caso particular. Además de esta integración y depuración del *corpus*, se ha dado a las materias una nueva ordenación, de acuerdo con su propia doctrina. Así el volumen aparece dividido en tres libros. I, *Representación de los hacendados* (1809), donde Moreno hace la crítica del régimen colonial; II, *Propaganda de la Gaceta* (1810), donde Moreno comenta la demolición de ese régimen; III, *Las Miras del Congreso* (1810), donde Moreno expone sus ideas sobre la reorganización americana. He ahí porque el volumen se titula *Doctrina Democrática*, de Mariano Moreno. La obra lleva además un retrato del autor, una breve biografía, un pequeño apéndice de piezas complementarias y una "Noticia preliminar", donde Ricardo Rojas expone los portadores históricos y bibliográficos más indispensables al lector para el manejo de la obra y de las cuestiones críticas que promueve.

Volumen 2.º.—*Dogma Socialista*, por Esteban Echeverría.—Es también un volumen diverso de todos los que hasta ahora se han publicado con este título. Cuando se alude al *Dogma Socialista*, unos entienden referirse al cuerpo de doctrina que en 1837 se formuló en el seno de la Asociación de Mayo, y de lo cual tenemos a la vista un folleto de 58 páginas impreso en Buenos Aires (1907). Otros se refieren a la edición que Echeverría hizo en Montevideo, el año

1846, incluyendo la exposición del *Dogma*, que casi exclusivamente redactó, y una *Ojeada retrospectiva* sobre las ideas anteriores al "Dogma", (Imprenta de *El Nacional*, páginas C, 111-84). Esta se considera la edición príncipe de dicha obra. Faltaba, sin embargo, hacer una reedición inteligente de la edición príncipe, completándola con otras piezas que Echeverría escribió sobre el mismo tema después de 1846, y que yacían olvidadas en hojas efímeras de entonces o en las *Obras Completas* del autor. Forman esta nueva ampliación, las *Cartas* que dirigió desde Montevideo a don Pedro de Angelis, cuando, al aparecer la edición de Montevideo en 1846, la obra del proscrito fué duramente criticada por el cortesano europeo de Rosas. Como esas cartas, publicadas por la prensa, fueran una defensa y definición de sus ideas, Echeverría escribió en ellas el complemento natural del libro primitivo. Es seguro que, a no sobrevenir su muerte temprana, Echeverría hubiese reeditado su obra, bajo el mismo título, en la forma que ahora lo hacemos por primera vez, según el criterio con que él amplió en la "Ojeada" de 1846, la primitiva edición de 1838 (publicación de *El Iniciador*, en Montevideo). Nuestro volumen se divide así, lógicamente, en tres libros: I, *Antecedentes del Dogma*, o sea, la "Ojeada retrospectiva" que abre la edición de 1846; II, *Exposición del Dogma*, o sea la doctrina de la Asociación de Mayo, sancionada en 1837, y editada primero en 1838 y después, en 1846, por Echeverría a continuación de la "Ojeada"; III, *Defensa del Dogma*, o sea, los trabajos que Echeverría publicó a raíz de 1846, para defender su obra atacada por De Angelis, caracterizando así del todo, en el choque de la polémica, los términos precisos de su doctrina.

Como el volumen anterior, éste lleva un retrato de Echeverría, (copia del de Charton, que está en la Facultad de Derecho), una biografía del autor, y una "noticia preliminar" de Ricardo Rojas, donde justifica ampliamente su criterio, al dar por primera vez una edición completa, depurada y ordenada de las ideas de Echeverría sobre las doctrinas políticas de su generación. Si bien se observa, nuestro volumen contiene las ediciones príncipe de 1838 y 1846, que hemos copiado literalmente en los libros I y II, y su complemento cronológico y filosófico, (Libro III), tomado de la edición de Juan María Gutiérrez.

Volumen 3.º.—*Bases*, de Juan Bautista Alberdi.—No son menos grandes que en los anteriores la novedad y el expurgo que hallará el lector en este volumen, formal y esencialmente diverso de todos los que con el nombre de las *Bases*, se han reeditado desde 1852 hasta la fecha.

Este libro de Alberdi, con ser el más importante de tal autor, parece haber sido conocido a medias por todos sus editores, más o menos "alberdistas". En efecto, las *Bases*, sufrieron tres variantes de importancia en sus tres primeras ediciones. La primera es de Mayo del año 1852 (Valparaíso); la segunda, de Julio del mismo año (Valparaíso también); la tercera, de 1858, y se la conoce con el nom-

La Nota

DIRECCION Y ADMINISTRACION
25 DE MAYO 294
UT. 804 AVENIDA

Revista Semanal

DIRECTOR
EMIR
EMIN
ARSLAN.



Subscripción: En toda la República: por 6 meses \$ 5.— por 1 año \$ 10.— m/n.— Para el exterior las subscripciones se cobrarán a oro. Número suelto 20 centavos.

LOS INTELLECTUALES EN LA ARGENTINA



El artículo que publiqué en el número 19 de esta revista ha suscitado discusiones en todos los círculos sociales y literarios. Muchas cartas recibí también acerca del asunto, y heme aquí obligado a volver a la carga y a tratar el tema desde nuevos puntos de vista.

En las cartas recibidas he tenido dos motivos de sorpresa: desde luego, aun cuando muy elogiosas para mí, son anónimas; parece que realmente esta manía del anónimo está muy difundida aquí, y no llego a explicarme la causa; todos los días recibo artículos anónimos. El otro motivo de mi sorpresa es aún más original y más típico: figuraos que las cartas eran todas contrarias a los intelectuales. Y hasta éstos se manifiestan también enemigos de ellos, enemigos de sí mismos. Uno de los escritores argentinos más eximios me ha escrito para felicitar me por ese primer artículo, pero añadiendo textualmente: "... Confieso a usted, al oído, que nuestros intelectuales merecen esa desconsideración"... Desgraciadamente no me ha explicado las razones en que funda su juicio.

Como las cartas que he recibido parecen, por su número y por la diversidad de criterio, el resultado de una encuesta, voy a resumir rápidamente el contenido de ellas, para que los lectores adviertan todos los aspectos que el asunto ha tomado para mí. Desde luego tales cartas, lejos de iluminarme, aumentan mi asombro y mi perplejidad, comenzando por la carta del escritor eximio, que a pesar de poseer un vasto talento, ya maravillosamente revelado en su primera juventud, ha cruzado las primeras etapas

de su vida literaria sobre un camino de hostilidad y de miseria, y sólo ha podido abrirse paso a fuerza de puños. Hoy mismo este escritor, famoso en todos los países del habla castellana, habiendo trabajado intensa y enconadamente durante veinte años, sólo posee la gloria... En Francia y en cualquier país del mundo, literatos con mucho menos talento que él, inmediatamente de hacerse conocer han hallado el camino fácil para la fortuna práctica y para los honores de todo género que la sociedad, lógicamente, por justicia elemental, se apresura a dispensarles. Y con este ejemplo quiero, no sólo decir que no alcanzo a comprender la lacónica confesión del gran escritor, sino también afirmarme en las apreciaciones que hice en mi artículo anterior.

Si por ello se me acusare de escasa diplomacia, espero al menos hallar en mis lectores una justa disculpa; siempre he sido un diplomático deplorable, y tanto que al cabo de quince años de ejercer mi carrera, he debido renunciarla porque no podía callar mi verdadero pensamiento. Y si alguien me objeta que se pueden decir las cosas sin chocar con nadie, he de confesar también que ese talento de escribir sin expresar nada a punto fijo, cosas que el lector lee como en una penumbra de ideas vagas, tampoco he podido alcanzarlo nunca. Hasta sufro si la frase no me sale bien clara, nitida y precisa.

Así, pues, si los intelectuales no se hallan aquí, ni moral ni materialmente, en las condiciones europeas, es, según algunos de quienes me escriben, a causa de que son perezosos, que no quieren trabajar. "Cíteme usted, me dice uno, un escritor que sea como Max Nórdau, Jules Clareties, Lavisse, Ferrero y otros de quienes todas las semanas, si no más a menudo, puede usted leer un artículo magistral en los diarios y en las revistas. Cuando aquí un escritor se da el trabajo de escribir un artículo por mes o por semestre, nos deja otro semestre para saborearlo y admirarlo. Y hasta parece haber quedado exhausto.

Considere usted que acaso esa falta de fecundidad es ausencia de talento, y ellos lo atribuyen a falta de tiempo".

Otros juzgan que evidentemente no se sabe aquí apreciar ni distinguir ni respetar el talento, y que el trabajo realizado penosamente, en la prosecución superior de un ideal estético o filosófico, no encuentra una razón de ser en el apoyo público, en la simpatía pública, en la justa compensación social. "Abundan aquí, dice una carta, los vanidosos y los imbéciles que miran de reojo a un intelectual; y aquellos que le aconsejan dejar la literatura y dedicarse a una profesión más práctica; y aquellos, los más imbéciles de todos, que se dan el aire de protegerle"... Aunque, como he dicho, soy un mal diplomático, no quiero transcribir todo lo que esta carta anónima añade.

Una parecida recibí de alguien que se firma: "Un poeta". Este me refiere que, habiendo publicado un libro de versos muy alabado por la crítica en todos los diarios, es decir, en un modo que hubiera suscitado en Europa el agotamiento de la edición, no pudo vender nada, y que un día estuvo a punto de amontonar todos los ejemplares en un paseo céntrico de la ciudad para detener a cada transeunte y ofrecerle su libro gratis: "Tome usted este libro, disculpe usted, son unos versos. ¿quiere hacer el favor de leerlos?"

Alguien me hace notar que todos los oficios y profesiones tienen sociedades o sindicatos para la defensa de sus intereses, salvo los hombres de letras, que no han logrado todavía asociarse siquiera, como ya lo han hecho los vendedores de diarios...

Un intelectual conocido me señala, como un motivo del mal, el hecho de que se mezcla mucho la literatura con la política y ésta mata a los literatos.

Otro me dice que la culpa la tienen los diarios, que no dan importancia alguna a los trabajos intelectuales, y que celebran concursos literarios como para colegiales, con aires de protección que no corresponden, toda vez que la literatura y el arte, las más altas y admirables expresiones de la superioridad humana, están por encima de todo, y deben ensalzarse. En Francia pertenecer a la Academia es mucho más honroso que alcanzar la presidencia de la república. En París, instituir un premio a la literatura nacional de mil o dos mil francos sería una ofensa a la dignidad intelectual de los escritores. Considera asimismo que los libros que aparecen son tratados por complacencia, por amistad, por enemistad o por recomendaciones, y que rara vez un escritor de talento se da el trabajo de analizar un libro como se hace en Europa.

Alguien escribe, por último, que el talento que todos poseen y desean poseer es el de enriquecerse; y como la literatura no podría aquí enriquecer nunca a nadie, los intelectuales se dedican a ella a me-

dias o la abandonan completamente, a pesar de que abundan aquellos que consagrados a ella serían escritores artistas y profundos.

He ahí resumidas las opiniones recibidas.

Pero hay un punto de mi primer artículo sobre el cual no he recibido opinión satisfactoria ni justa, y que sin embargo interesa íntimamente al asunto. Señalaba yo la circunstancia de que a la desconsideración por la noble literatura se asociaba una desmedida consideración hacia la riqueza y hacia los ricos.

Sé que alguien ha sostenido que en todas partes la riqueza impone más que la literatura y que se la considera en alto grado.

Puedo afirmar y demostrar lo contrario. En ningún país del mundo la riqueza goza el prestigio de que goza aquí, donde puede decirse que es casi el único título de nobleza. Muehísima gente calcula el valor de la persona por la suma de su dinero. Un hecho típico: Aquí los bancos no protestan los pagarés de los ricos.

Esta consideración, este extraño respeto por la riqueza en sí, se añaden a una circunstancia que la hace todavía más inexplicable. No hay país donde los ricos hagan menos bien que aquí, ni para la caridad y los pobres ni para la ciencia y las artes.

En los Estados Unidos, nación industrial, se considera mucho a los ricos, es verdad, pero cuando realizan, como la mayoría de ellos, todo género de buenas obras. Son incontables los hospitales que fundan y costean, las bibliotecas que establecen, las escuelas, los asilos, las universidades que levantan con el dinero ganado en el trabajo industrial. Muchos millones de dólares han destinado así los Carnegie y los Rockefeller, y como por ejemplo Rothschild en Francia.

Este, anualmente da de 500.000 a 1.000.000 de francos nada más que en concepto de carbón y limbre para los pobres de París. Y sin embargo, cite-se un sólo caso en que los diarios se ocupen de él en un modo especial, como se ocupan inmediatamente de un libro interesante. Toda la prensa y el comentario intelectual y social se llenan con el ruido que hace el acontecimiento literario de un buen libro.

Para dar una prueba evidente de lo que afirmo, quiero recordar dos hechos de los cuales he sido testigo ocasional.

En una capital de Europa donde estuve por largo tiempo acreditado, vivía el jefe de una gran empresa, varias veces millonario, dueño de un castillo histórico, con almenas, y foso, y jaurías de caza; poseía yachts, automóviles, caballos de carrera, y en fin, todo lo que puede proporcionar el dinero para lujo y placer. Sin embargo, este rico era desdichado, porque no era admitido en las fiestas de la corte, mientras un escritor bohemio que acaso no poseía el dinero suficiente para adquirir un traje de etiqueta cortesana, recibía siempre del gran mariscal

la invitación protocolar: "Por orden de su majestad real está usted invitado, etc." Nuestro Crespo se movió de rabia y hubiera dado cualquier cosa por recibir una tarjeta igual. Se le ocurrió una idea: hacerse nombrar cónsul honorario de alguna potencia extranjera, y puesto en campaña pido, después de una larga labor que le costó mucho trabajo y dinero, hacerse con un consulado, y recibió al fin la suspirada invitación.

El otro hecho es también muy típico. Cuando vivía yo en Bélgica, era amigo íntimo de un gran jurista de aquel país, Ernesto Nys, cuyas obras sobre derecho internacional son, sin disputa, las mejores escritas en todas las lenguas. Es un sabio muy modesto, muy despreocupado y sin pizca de mundano. El rey Leopoldo, cuando aquellas conocidas dificultades con Inglaterra a propósito del Congo belga, recurrió frecuentemente a M. Nys, y éste iba siempre al palacio de Laken para trabajar con el rey. Es preciso advertir que Leopoldo no era absolutamente un soberano cómodo: muy majestuoso, de una inteligencia superior y muchas veces sarcástico y muy montado sobre el protocolo. Y bien: este rey invitó muchas veces a Nys para almorzar o comer con él... y nunca tuvo el honor de tenerlo en su mesa. En cambio todos los días él, otros dos amigos y yo, nos sentábamos a una misma mesa de la "Taverne Royale", donde comíamos divertidos por su espíritu chispeante y sus cuentos "rabelasianos". Un día, mi jefe Carateodury Effendi, que durante 25 años permaneció en Bruselas como ministro de Turquía y llegó a ser amigo íntimo del rey, me preguntó:—¿Almuerza usted siempre con Nys?—Sí, Excelencia, le respondí.

—Conozco a alguien que tendría muchos deseos de almorzar con él y no ha logrado tenerlo a su mesa.—¿Quién es? pregunté.—El rey. Y figúrese usted, me refirió, que vez pasada Nys, para excusarse, no acertando ya con un pretexto, dijo al rey:—Perdón, perdón, Sire, me esperan...—Pero cómo, respondió el rey, ¿quién puede esperarlo? No han de ser su mujer ni sus hijos, usted es soltero...—Es que... me espera José, (José era el mozo que nos servía).

El rey se rió de la salida y le dejó ir.

—Y bien, dije al ministro. Diga a su majestad que si tantos deseos tiene de almorzar con Nys, podría venir a la "Taverne Royale", nos achicaremos algo para hacerle lugar en la mesa.

Así, pues, no es verdad que los ricos y la riqueza sean en Europa considerados como aquí. Durante mis quince años de permanencia en los países del occidente europeo he tenido ocasión de conocer casi toda la Europa y penetrar todas las clases sociales, y puedo asegurar, en síntesis, que en ningún país ni en ningún medio social que yo haya frecuentado, se guarda para con los ricos tanta consideración y

tan escasa para los intelectuales como aquí. ¡Y por Dios! No se me ofrezca esa eterna torta a la crema "se trata de un país nuevo."

EMIR EMIN ARSLAN



ESPUES de una carrera prodigiosa de noventa y dos años, mientras agonizaba en su retiro de Sérignan el hombre extraordinario que recibió el aplauso de Darwin y que mereció la admiración de

Victor Hugo, se imprimían en París las obras completas del sabio. Bajo el cielo azul de Provenza, en la paz luminosa de ese terruño de leyenda, nido de trovadores, de héroes, Fabre cerraba los párpados sin sentir sobre sí las inquietudes de la muerte, la garra fría del desastre, el resplandor sangriento de una Francia que el mundo creyó frívola y degenerada, Francia de milagro, Francia de sacrificio, que se levantaba sobre las ruinas de su devoción cristiana para conmovier con un apostolado de idealidad. Maeterlinck había proclamado su maestro al autor de "Les souvenirs entomologiques". Rostand había dicho de Fabre que era el más grande poeta de nuestro tiempo. Este solitario había sido llamado el Virgilio de los insectos. Pero también era el Homero de esas existencias frágiles que mueren a millares, azotadas por la tormenta o aplastadas bajo nuestros pies. Sabía ser a la vez la epopeya y la égloga. En ese mundo de fantasía, pequeño y triste, que se esconde debajo de las piedras o entre la fronda de los árboles, Fabre había visto la imagen de nuestras flaquezas cómicas, de nuestras sensualidades absurdas, de nuestras miserias trágicas, de nuestros desdenes sublimes. Nada más emocionante que la carrera de este hombre modesto, que rechaza las comodidades de una vida suntuosa para consagrarse por entero al estudio, al cultivo de su vocación con un encarnizamiento supremo, olvidándose de comer, rechazando las sollicitaciones del sueño, abandonándose sobre las arenas del Ródano, persiguiendo el vuelo de las abejas sobre las mesetas ardientes del mediodía, encaramándose sobre los robles seculares, cantando luego, como Mistral, en la lengua armoniosa de los provenzales, a la llanura árida flanqueada por jardines, poblada de sombras ligeras y de perfumes enervantes. De esta manera tan patriarcal, tan dulce, tan primitiva, Fabre esperó la gloria. Durante el segundo imperio, Victor Duruy, ministro de Napoleón III, lo visita repetidas veces, invitándole ama-



Hugo de Achával

y

Evaristo Carriego

Estos dos niños se fueron pronto como correspondía... Buscaron el arcano, antes que la vida empañara sus sensaciones de la belleza. Achával la encontró en el Partenón, en el Hermes, en las divinas primaveras de Helena... A ella amoldó su mente y sus formas, como Fidiás la arcilla en la creación de sus arquetipos... Vivió con ese pueblo de estatuas, en el augusto misterio de las armonías, en la perenne fiesta de sus ritos sagrados, olorosos por el laurel de los poetas. Era alegre como los Dioses. Tal vez amó la existencia sobre la tierra, donde crecen las rosas, donde el amor sonríe, porque él todo lo sabía: la Olimpiada y Píndaro, la Acrópolis y Esquilo y las músicas de las teogonías en los bosques de cipreses y de geranios. El alma de Hugo de Achával, noble y serena, se fué al Cosmos sin una queja. Acaso encontró justo que los rosales se secaran pronto y llegase su sonrisa pronto también a animar labios inmortales... lejos, en el enigma donde vivieron siempre sus idolatrías... No comprendió muchas cosas. No oía los estrépitos cotidianos, ocupadas sus horas interrogando a la psique muerta de los mármoles, al habla con las ruinas, cuajadas de belleza y de siglos, embelesado en la contemplación casta de ese pasado de epopeyas y de genio.

Carriego encontró la belleza en la pena. La vió en el tugurio, en la calle obscura, en el alma de los anónimos: un órgano que toca en la esquina alguna elegía de Sorrento o de Posilippo, una silla vacía al lado de la mesa, mientras la familia come sopa y lágrimas, un clavel que se marchita en el aféizar, un retrato besado a hurtadillas—el retrato de la que se fué al mal, para no volver. Sus versos tienen olor de retamas y suenan como la guitarra en el rancho lejano. Son sencillos como el dolor, intensos como la verdad. Pocos lectores ha tenido. Su belleza pasó ig-

norada, como que fueron esencia solamente y casi no tuvieron expresión. Parecen descuidados, como si fueran los versos de un peregrino que al azar los recogiera en la vida de los humildes y los fijara ingenuamente en su ingenuidad primitiva. Tal vez fué como los jilgueros en los viejos cercos de moras, en las tapias de romeros y de alhucemas. A ellos nadie les enseñó a cantar... O como un símbolo de la poesía de su pueblo—esa que dice la callada tristeza de la tapera, revela la angustiada odisea de la familia en el arrabal pobre, y la música profunda y melancólica de las almas sencillas. Y Carriego dice todo eso casi sin palabras, dejando en el espíritu una melodía amarga, una fascinadora sugestión, aun después de haber concluido su lectura. Buscad la verdad en esos versos y os la darán intensa, como que son poemas llenos de pasión y de misterio.

Por eso estos dos muchachos se estrechan ahora la mano bajo la losa. Cada cual dijo su canto: aquél en la lira de las rapsodas vagabundos, Orfeo y Anacreonte; éste en la vieja guitarra de Santos Vega, y en el acordeón del suburbio, que habla de amores y de sacrificios! Los dos dijeron la virtud! Dejades marchar bajo los arcos de las guirnaldas votivas! En el fondo están las vestales, prendido el fuego sagrado en los pebeteros con sándalos y cínamos, esperando esas glorias juveniles, idas temprano, virginales y augustas; están, decimos, las vestales para coronarlos de mirtos y de laureles, porque se ofrecieron en holocausto como los mártires. Temprano han muerto! Llegue al fin la justicia! Que si eso no aconteciere, más valdría que el arte se escondiera lejos, en el olvido eterno, para que no fuese siquiera zaherido en esta tierra, donde el sol sale para todo, menos para los hermosos poemas. ¡Adiós, muchachos! Gloriosos, puesto que habéis podido estar en la vida, sin vivirla, enamorados solamente de sus nobles quimeras.

En el silencio de vuestros sarcófagos de piedra, tal vez oigáis las voces de las vírgenes invisibles, que vuelan a todas horas cerca de las tumbas puras, para bendecirlas. Os llaman; os acarician; tienen para vosotros las manos llenas de lirios!...

FRANCISCO A. SICARDI

Enero de 1916.

VARIEDADES

CANTANDO LA MARSELLESA

Un teniente del ejército francés da a conocer en el "Petit Journal" la heroica muerte de un soldado, acaecida en pleno combate, durante una carga a la bayoneta.

"Corrimos hacia adelante. Al lado mío un soldado de alta estatura avanzaba cantando la Marsellesa. De pronto se interrumpió, lanzó un grito ronco y cayó llevándose las manos al pecho. Había sido alcanzado por un proyectil enemigo. Involuntariamente me detuve, pero él, con una voz que trataba en vano de hacer firme me dijo:

—¡Siga adelante, mi teniente! No se preocupe de mí!"

Fui donde me llamaba el deber, lanzando una mirada a este valiente que irguiéndose un poco sobre los codos, con un sublime esfuerzo de su voluntad, entonó de nuevo el himno nacional. Pronto me reuní a mis hombres, tomamos la trinchera y desde entonces la hemos conservado.

Nunca — terminó el teniente — me olvidaré de la sublime figura que hacía aquel soldado moribundo, pálido y cubierto de sangre, cantando la Marsellesa con los últimos alientos de la vida."

UN ORDENANZA PRUDENTE

Un joven teniente británico, perteneciente a un regimiento hindú, al tomar parte en su primera batalla, quiso lanzarse adelante apenas oyó los primeros disparos del enemigo. Su asistente, un negro forzado, lo detribó y... se sentó encima de él, diciendo:

—Todavía no ha llegado el momento, Sahib.

Y quedó en esta postura, con admirable sangre fría, sin hacer caso de los sobresaltos del teniente que quería levantarse, ni de las balas que pasaban silbando por todos lados, como si tuviesen la firme intención de no dejar titero con cabeza.

Cuando por fin dió el coronel orden de cargar a la bayoneta, el asistente permitió respetuosamente a su joven oficial a que recuperase el equilibrio, que tan en contra de su voluntad había perdido, y juntos se abalanzaron hacia la posesión enemiga.

LA CATASTROFE DEL "MAINE"

El gobierno de Cuba ha resuelto erigir en la Habana un monumento conmemorativo de la explosión que hundió al acorazado americano "Maine" y que, como se sabe, fué el origen inmediato de la guerra entre España y Estados Unidos y el origen también de la libertad de Cuba.

Con tal motivo la prensa española ha puesto el grito en el cielo.

Las consideraciones, sin duda alguna razonables, de que aquella demostración inesperada va a revivir odios

que el tiempo iba extinguiendo, se estrellan ante el criterio cubano de que el sentimiento nacional no puede ni debe echar en olvido la circunstancia de que cuando se produjo el hundimiento del "Maine" los marineros de Norte América eran la avanzada de una intervención militar que importaba una alianza salvadora para Cuba.

En la prensa española sobresale un artículo de Zozaya, rebotante de indignación y de asombro patrióticos, puesto que al cabo de una serie de investigaciones técnicas realizadas por comisionados del gobierno de los Estados Unidos, se arribó a la conclusión de que la catástrofe del "Maine", había sido obra de la fatalidad.

LA SITUACION INTERNA EN ALEMANIA. — UN EXCURSION POR LA MASA DEL PUEBLO

Un escritor sueco que acaba de visitar los imperios centrales para conocer "de visu" la situación creada en ellos por la guerra, especialmente en la gran masa del pueblo, ha publicado sus observaciones e impresiones en "The Times", en una serie de artículos que contienen, entre un sinnúmero de informaciones, los siguientes datos de interés general

"... Los alemanes todos, no sólo los prusianos, poseen la facultad de engañarse a sí mismos desarrollada en un grado desconocida en los demás pueblos. Esto es lo que los hace tan fáciles de gobernar. Un largo sistema de educación en prusianismo, que empieza en las escuelas infantiles y continúa en las iglesias y universidades, un sistema que inyecta en el ejército y la armada y que se infiltra al pueblo a la mañana, a la tarde y a la noche por medio de los diarios, ha hecho a una raza obtusa por naturaleza, más obtusa aún para comprender las características de otros pueblos.

"En Inglaterra he podido ver que las opiniones se dividen en individualidades y clases. He conocido la individualidad del pueblo inglés, y su gran moderación en las discusiones, y sé cuánta es su tolerancia, por terco que sea. En Alemania es raro que alguien tenga el coraje de manifestar sus opiniones delante de gente que no piense como él; el alemán, cuando se encuentra en presencia de una contradicción terminante de sus creencias, se enoja.

"En Inglaterra he visto también, y siempre lamentaré el hecho, que el pueblo inglés tiene un concepto completamente equivocado del prusiano. No se da cuenta de la mezcla de engrimeamiento, servilismo para la autoridad, marrullería, brutalidad e intensa laboriosidad que concurren a formar ese paquídermo humano. Ese concepto internacional equivocado, tendrá gran influencia sobre la prolongación de la guerra. A los alemanes se les induce a creer que los ingleses, a quienes consideran el principal enemigo, acabarán por desistir de la guerra "de miedo". Los ingleses, por su

La Nota

DIRECCION Y ADMINISTRACION
25 DE MAYO 294
U.T. 804 AVENIDA

REVISTA SEMANAL

DIRECTOR
EMIR EMIN
ADSLAN.

Caricaturista
COLUMBA



Jefe de Redacción
Dr. CARLOS ALBERTO LEUMANN

Subscripción: En toda la República: por 6 meses \$ 5. por 1 año \$ 10.—m/n. — Para el exterior las subscripciones se cobrarán a oro: Número suelto 20 centavos.

AMÉRICA Y ESPAÑA

O

Pueblos que hablan la misma lengua sin entenderse



ON motivo de la muerte de Rubén Darío y de los varios homenajes que la intelectualidad de España rinde al poeta altísimo, se ha puesto de manifiesto una cosa existente entre españoles y americanos: la incomprensión, la mutua y radical incomprensión, hasta en materias literarias. Se diría que la lengua castellana que todos escribimos y hablamos no es la misma en los de allá que en los de aquí. Pero no, no es la lengua lo que difiere. Lo que tenemos diferente es el alma. Madre, ¿qué hay de común entre tú y yo? dijo una vez, con rudeza, el Cristo a la Virgen.

Un hombre equánime y justo como el crítico español don Eduardo Gómez de Baquero escribe en el hebdomadario "Nuevo Mundo", de Madrid, el 18 de Febrero, una página de comentarios volanderos a la obra de nuestro enorme Darío.

Allí se lee: "La historia del teatro y de la novela castellanos modernos se puede escribir prescindiendo de América. La de la poesía lírica, no. Ello es obra de Rubén Darío."

Tal es, en resumen, el concepto general respecto a la literatura de América en España. Me complazco en copiarlo, no de un escritorzuelo de tres al cuarto, ni de un ignorantón pedantesco, sino de un serio, de un escritor sensato, de un crítico enterado de letras americanas.

Así expuesta la cosa, mal podríamos negar que,

si no exacta, es, hasta la fecha, de relativa evidencia. Carecemos de un Teatro, como el teatro clásico de España; carecemos de una obra como el Quijote y de una masa novelesca que corresponda en arte, a aquella formidable masa de verdura que se extiende desde la cuenca del Amazonas hasta los bosques del Orinoco, del Magdalena y del Atrato. No tenemos hombres que correspondan a un Benavente o un Galdós. Pero, ¿no poseemos cien novelistas, desde Larreta en Argentina hasta Díaz Rodríguez en Venezuela y desde Viana en Uruguay hasta Jesús Castellanos en Cuba que podamos oponer a la obra de los novelistas españoles? Yo creo que sí: lo único que falta es que presentemos en bloque esa obra dispersa. En cuanto al Teatro, género inferior y acomodaticio, existe en cada país de América o en casi todos, un teatro nacional naciente que puede ya competir, aunque no compite, con los autores de la presente mesocracia teatral de España.

No porque se les ignore en Europa debe negárseles. En España se ignora también la riquísima literatura sociológica, jurídica e histórica de América. Dejarán por eso de existir un Hostos y un Alberdi; un Alejandro Álvarez y un Matienzo; un Bulnes y un Baralt? Tampoco se hace hincapié en los estudios lingüísticos de los americanos, — por ignorancia decía Menéndez Pelayo — confundiendo la obra de Andrés Bello y de Rufino Cuervo con la de intonso filólogos de la Academia española.

Esos filólogos no se adornan sin embargo, a menudo, sino con desplumamientos de cuervo.

Pero en suma lo que significa Gómez de Baquero — y lo que se repite — es que América no ha producido hasta ahora sino poetas líricos; y que de éstos poetas solo Rubén Darío merece tomarse en cuenta.

El Sr. E. Díez-Canedo conocido como traductor de poetas franceses, escribe en "España" (17 de Febrero) sobre "La poesía castellana y Rubén Darío" ¿Qué dice? Pues niega simple y rotundamente, la literatura americana. La literatura americana no existe ni pudiera existir, ¿Por qué? Por que "el idioma es la que da independencia a una literatura". Así, no cuentan literariamente los americanos, ni contarán, "mientras no posean un medio de expresión sustancialmente distinto".

Para el señor Díez Canedo no existe el medio físico, que moldea las razas, transformándolas; ni herencias colaterales de sangres adventicias que modifican la psicología de los pueblos, y más de pueblos jóvenes y de aluvión como los nuestros. Para el Sr. Díez Canedo no existe sino el mero instrumento: la lengua. Lo que valdría decir que el agua del mar posee la misma densidad que el agua del manantial montañoso porque se viertan en envases del mismo cristal. El recipiente puede ser uno, el el agua no. Lo distinto no es la lengua sino el alma que se vierte en ella. Inútil insistir.

La intención del Sr. Canedo es mas aviesa que la del Sr. Gómez de Baquero y la del Sr. Pedro de Répide mas aviesa que la del Sr. Canedo. Cada uno de ellos, al hablar o escribir, es eco de muchos españoles.

De Répide, que echa a luz su parto en "El Liberal" del 20 de Febrero, lo mejor es transcribir. Dice don Perucho:

"Un poeta americano era, y aún sigue siendo, bien que ya felizmente en considerable excepción, algo para alarman al público y a los literatos españoles. América, aunque sea doloroso reconocerlo, ha caminado con un gran retraso en la literatura. Por eso vemos que sus manifestaciones literarias no han pasado todavía de la lírica".

El teatro, "no se manifiesta hasta ahora sino con ténues balbuceos en América. Y en cuanto a la novela, que es ya un arte superior y más perfecto, apenas si hay alguna que merezca los honores de obra considerable entre la producción literaria de las jóvenes Repúblicas hispano-americanas.

Por regla general, los prosadores de esos países están todavía en la escuela oratoria de los nuestros de hace medio siglo, y los poetas permanecen entre Quintana y Nuñez de Arce. Cierito que a la idiosincracia de los naturales y moradores de tales tierras acompaña ese gusto por la ampulosidad y la retórica.

Andrés Bello, que fué el Alberto Lista venezolano, estaba muy bien y era un hombre de su tiempo. Olegario Andrade, el argentino, que es posterior, representa la manera de hacer del autor del "Pelayo", lo cual ya no está tan bien. En esa modalidad parecieron cristalizar la mayor parte de los vates de la América española, y ha sido menester llegar a fines del XIX para encontrar figuras con propio vigor y personalidad.

Méjico nos ofrece el estro fuerte y tremendo, con ímpetu de terremoto o de fuego, del Popocatepetli, que es la poesía de Salvador Díaz Mirón, y al lado la exquisitez y la intensidad de Gutiérrez Nájera y de Amado Nervo. No citaremos de Centro América a Enrique Gómez Carrillo porque es completamente nuestro. Venezuela nos da la prosa exaltada y la poesía admirable de Blanco-Fombona. El Perú que ha dejado un prosista como Montalvo (1), el autor de los "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes", tienen, y largos años le dure, un poeta como Santos Chocano; y en la parte meridional de la meridional América ha quedado la gloria de José Asunción Silva (2), el del "Nocturno" glorioso, y la suave melancolía de Herrera Reissig, el de "Los peregrinos de piedra".

Así nos juzgan literariamente nuestros antiguos señores. Pero, ¿no quedábamos, con el señor Canedo, en que la literatura americana era literatura española? En que todos éramos uno y lo mismo! Ya sé que no siempre lo creéis. Por eso cuanta majadería se escribe en la Península la acojen los editoriales: es buena para América; América la encontrará de perlas. Por eso cuando las circunstancias han permitido presentar aquí a los pensadores de América, — como está haciendo la *Biblioteca de Ciencias políticas y sociales*, o a los literatos de América, — como está haciendo la *Biblioteca Andrés Bello*, apenas un corto número de espíritus d'élite toma en cuenta a los pensadores y literatos presentados: que van a producir esos gárrulos ampulosos que alarman y corrompen el buen gusto "del público y de los literatos españoles"!

R. BLANCO FOMBONA.

Madrid, Marzo 1916.

- (1) Era del Ecuador.
(2) Colombiano.



antocrítica. Tal declaración equivale a su retiro absoluto de la escena, cosa que nadie, comenzando por el propio doctor Roldán, puede desear sinceramente. Si cree en verdad haber realizado con "El Rosal de las Ruinas" su obra definitiva, tiene la sagrada obligación de concluir con ella su carrera teatral. La labor estética es una aspiración constante a la perfección absoluta; una vez que se ha llegado a ésta, debe el artista renunciar a toda nueva empresa. No le queda sino morir para completar su obra. Cervantes fué consecuente en ese sentido: apenas afirmó que "Persiles y Sigismunda" era la mejor y más completa de sus obras, emprendió viaje a la

eternidad. Esperemos que su confianza en la perfección del poema dramático estrenado esta noche, no ha de llevar al doctor Roldán a extremos semejantes...

A. C.

Nota Bene. — El cronista no ha concluido de poner en limpio sus apuntes sobre "El Rosal de las Ruinas". En nuestro número próximo se ocupará extensamente de la aplaudida obra del doctor Roldán, así como de las piezas nuevas que se ofrezcan durante la presente semana en los escenarios nacionales.

Recuerdos literarios

Los gestos de Florencio Sánchez

L inolvidable y genial autor de "Los Muertos", drama que se equivale por su trascendencia social a "Los Espectros" de Ibsen, era, como todos saben, un ser esencialmente afectivo. Solía tener la sensibilidad de una rosa y su alma se inquietaba cuando veía alguna injusticia o algún desaguisado. Si le era posible, explotaba lanzando una andanada de gestos, de ademanes y de frases en las que predominaba un entusiasmo heroico. Era un místico en el alto significado de la palabra y de haberle tocado otro siglo de vida acaso hubiera sido quemado vivo como Savonarola o Giordano Bruno. Mas tocóle nacer en nuestro tiempo y fué quemado por la inquisición erigida por el materialismo actual. El hecho es que fué quemado a pesar de su obra extensa y valiosa y, como de costumbre, después de muerto se pensó que se le habría podido ayudar y que era digno de mejor suerte. Ese pensamiento para el gran comediógrafo era edificante, pero era también póstumo y apenas si sirvió para producir algunos discursos.

En cierta ocasión yo le ví en un grupo que formaban Roberto J. Payró, José Ingenieros, Emilio Ortiz Grognet y algunos otros. Este último describía las cantidades de dinero que se jugaban en los clubs de Buenos Aires y Mar del Plata y el asunto montaba verdaderas fortunas.

Florencio Sánchez había estado escuchando con asombro el relato del estimado escritor y su rostro iba expresando algunas sensaciones, primero de cu-

riosidad y luego de pena. Ortiz Grognet, hombre enterado cumplidamente de los secretos de la alta sociedad, abundaba en detalles acerca del entretenimiento de la ruleta, del treinta y cuarenta y demás calamidades en uso.

—Hay que hacer una ley que prohíba el juego en seguida, tronó Florencio Sánchez con un aliento de ancho lirismo.

—Imposible, amigo, imposible...

—No se conseguirá...

—Darán más libertades todavía. Los diputados son los más indiferentes y muchos de ellos amanecen sumamente entretenidos ante la carpetta...

—Es posible conseguir la ley por las buenas o por las malas, contestaba. Esa plata hace falta para remediar la miseria. Vean, al lado de mi casa hay un conventillo donde existen familias que se mueren de hambre y de frío... Es una inmoralidad... Hay que hacer la ley...

Florencio Sánchez, apasionado y vehemente, habló diez minutos en los cuales planeó el proyecto de ley y solucionó la miseria, todo en un sueño generoso y claro como su alma.

Era, naturalmente, en aquellos instantes un convencido de la victoria para iniciar una cruzada contra el vicio sostenido principalmente por la clase adinerada. Hay que advertir que Florencio Sánchez era un ser sentimental e intuitivo, con un talento de realización extraordinario y con una teoría de bondad que era ingénita en él. De ahí que cuando tratara de ideas y de arte fuese derecho a fondo

de los asuntos, sin rodeos, derribando todo lo que chocara con su corazón, demoliendo, sin guardarse de los ladrillos, como un iluminado.

Todos le combatieron. Salieron a relucir los orígenes del juego. Pasó la historia ante la mesa del café... Imposible suprimirlo!

—Imposible? — clamó Sánchez lleno de indignación. — Ya verán con el tiempo! Yo mismo voy a ver a los diputados y a los senadores; los convenceré de que es un crimen social tirar la plata en las timbas... Ya verán...

Y salió agitado, levantando los brazos, calándose el sombrero, con ánimo de entrevistarse con algunos diputados amigos suyos para que se hiciera la ley.

Iba seguro del éxito de la cruzada!

Nosotros nos quedamos reconfortados ante aquel gesto olímpico, ante aquel vibrar de un espíritu hermanado con la bondad y con el ensueño.

*
*
*

Era en 1900, cuando los vigilantes usaban todavía el clásico *kepi* francés de copa cuadrada y borla verde presuntuosa, ascendente digna de generales haitianos. La tarde era calurosa y pesada. En la calle Florida y Rivadavia dos agentes de la sección primera, uno patizambo y ventruado con pera recortada y el otro congénere de Falucho, conducían con trabajo y haciendo un zizagueo por la vereda a un pobre canillita, sucio, de ojos vivos y fieros, el rostro un poco irritado por el *estrilo* y otro poco por los treinta y ocho grados sobre cero de aquella tarde de Enero.

—No aprete le digo, chafe de perita colorada... Largue que no m'e de escapar... Qué s'a creído!...

—Marchá atorrante... — replicó el de la pera, amagando una caricia con el puño cerrado.

—Pegá no más, pegá... aprovechate botón otario... Si yo no la voltié a la canastra; fué el otro que estaba al lado... No aprete que duele, le digo...

El canillita enfurecíase con una ira terrible. Junto con la seguridad que daba de que no se iba a escapar si lo largaban, forcejeaba cada cinco pasos por desasirse de las manos agresivas que le oprimían las muñecas cual si fueran dos garfios.

A cada instante bajaba su cuerpo, bregaba bravamente por desasirse y quedaba frustrada una gambeta hábil y audaz.

El vigilante de la pera no amainaba y tenía un

profundo sentido de su función social. Era autoridad... El otro sujetaba la muñeca con bastante desdado... Tenía pereza, andaba como si hubiera corrido una legua, y, además, tenía un hijo que también vendía diarios. Abría la boca cada minuto en un bostezo africano, largo y ruidoso.

—Marchá no más, ti han de largar aurita...

Una pequeña caravana de colegas y amigos del canillita seguía detrás con el armonioso y un poquito épico coro de:

—Lárguenlo, lárguenlo...

Este cortejo producía en los oídos del vigilante de la pera el efecto de un pinchazo continuo.

Al llegar a la esquina de Cangallo por la vereda donde caía el sol pesado como una losa de fuego, enfrentó con el canillita preso y los vigilantes, Florencio Sánchez.

—Párense ahí no más! — gritó su voz de falsete al tiempo que hacía un gesto de Júpiter y un ademán libertador con sus brazos largos...

Estupefacción general. Parada instantánea de ambos vigilantes y gran expectativa en el coro de canillitas.

Florencio Sánchez iba vestido con un traje gris que la fortuna había puesto a su alcance en aquellos días, mejor dicho se lo había puesto a su alcance un drama que escribiera, pues la fortuna, hay que hablar con propiedad, se puso al alcance del empresario que le compró la obra. Era un traje que le sentaba bien y hasta lo hacía elegante, pero tenía el defecto de ser de invierno. Al comprarlo se había equivocado de estación.

Frunció soberanamente el ceño, escondió sus dos ojos eternamente melancólicos y ordenó:

—Díganme qué es lo que ha hecho este muchacho?

Una acusación formal dicha por el vigilante de la pera, varios bostezos del negro y muchos "mentira, niño, no fui yo que voltié la canastra..." del canillita.

—Bueno, lárguenlo y retirense a su parada, pronto! Y vos, ché, piantá!

Los vigilantes hicieron la venia con grave disciplina, al negro se le cayó el *kepi* y el canillita salió corriendo como loco bajo el sol, gritando:

—El Tiempo, Tribuna, Diario...

Florencio Sánchez dobló por la calle Cangallo y lleno de miedo por lo que acababa de hacer se ocultó en un bar.

ALBERTO TENA

Abril 14 de 1916.



La Nota

DIRECCION Y ADMINISTRACION
25 DE MAYO 294
UT. 804 AVENIDA

Revista Semanal

DIRECTOR
EMIR
EMIN
ARSLAN.

Caricaturista
COLUMBA

Jefe de Redacción
Dr. CARLOS ALBERTO LEUMANN



Subscripción: En toda la República: por 6 meses \$ 5. por 1 año \$ 10.—m/n. — Para el exterior las subscripciones se cobrarán a oro: Número suelto 20 centavos.

AL DERREDOR DE LA INTELLECTUALIDAD

Corpora non agunt nisi soluta, los cuerpos no obran sino disueltos, dice un antiguo adagio químico. Y quién ignora que los alimentos que ingerimos en nuestro estómago no nos los asimilamos luego si no son antes disueltos por los jugos gástricos e intestinales? Como que muchas de las más graves enfermedades provienen de que esos alimentos pasan a la sangre, que es el ambiente interior del organismo, mal digeridos, mal disueltos. Qué es el artrismo sino una consecuencia de una imperfecta asimilación?

Pues si los cuerpos no obran en química sino disueltos, ni los alimentos nos asimilamos sino después de haberlos disuelto por la digestión, con las ideas le pasa lo mismo al espíritu. Nadie se asimila de veras una idea, una doctrina, un pensamiento, sino lo ha disuelto antes mediante un análisis lógico, cuanto más desmenuzante y disolvente mejor. No es posible asimilarse un dogma en cuanto tal. Porque un dogma es una especie de bloque o de grumo ideal, una doctrina indisoluble. En cuanto se separa los elementos ideales que asociados forman un dogma deja de ser dogma.

De aquí que sólo los escépticos — en el verdadero sentido de la palabra, que no es los que niegan, sino los que dudan e investigan — sólo los escépticos, digo, se asimilan de veras las ideas. Los dogmáticos no hacen más que tragarse ideas hechas, no disueltas, y de ordinario como las nueces con que se empapiza a los pavos. Y es claro, los dogmáticos acaban siempre por padecer artrismo y hasta podagra espiritual. Por lo que no pueden ni moverse ni andar libremente.

Lo más de la gente, que no quiere molestarse en

masticar y ensalivar y digerir y disolver ideas, prefiere que se la den, como a los pavos, enteras y en una pieza, y con cáscara y todo. Y por eso odian al escritor disolvente, — escéptico, o paradojista, o rebelde — que pretende obligarles a que digieran las ideas con el sentido propio en vez de engullírselas con el sentido común. Con ese horrible sentido común que es el patrimonio de todos los mentecatos y todos los ramplones y todos los rutinarios, de todos los que no quieren pensar por su cuenta, sino tomar pensado.

Y el vulgo — en el cual incluyo a muchos hombres que pasan por instruídos y hasta cultos y del cual excluyo a no pocos analfabetos — el vulgo ha dado en motejar de intelectuales a los escritores disolventes y analíticos, a los que se dedican a disolver lugares comunes y a triturar supuestas evidencias tradicionales.

Y hay que ver el odio con que ese vulgo esclavo del sentido común y de la rutina habla de los intelectuales! Le tienen el mismo temor que los tontos le tienen al loco.

En estas mismas columnas de LA NOTA hablaba Emir Emin Arslan — en el número 24 — de los intelectuales en la Argentina, y son sus palabras de entonces las que me han sugerido estas de ahora.

Decía Emir Emin Arslan haber recibido muchas cartas, las más anónimas, en que se le hablaba contra los intelectuales. Y ello es muy natural. Un anónimo tiene que hablar contra los intelectuales. Y ese anónimo que escribe contra los intelectuales seguirían siendo anónimo aunque diese su nombre. El anónimo es enemigo jurado de la intelectualidad y hasta de la inteligencia. Todo anónimo voluntario

La Nota

es necesariamente inintelectual e ininteligente. El hombre forzosamente anónimo, y en cualquier círculo, por pequeño que sea, es el bipedo implume, el mamífero vertical, el llamado *homo sapiens* — aunque sea *insapiens* — por Linneo, el hombre por definición y no por comprensión, el *Durchschmittmensch* de los alemanes — que conocen perfectamente a ese hombre de hormiguero — y ese hombre nada odia más que lo que llama intelectualidad. Y que es más que inteligencia la personalidad de la inteligencia, es decir: la genialidad en uno u otro grado y dirección.

Hay hombres inteligentes, y hasta en cierto sentido muy inteligentes pero nada intelectuales. La inteligencia de esos hombres es una inteligencia entomológica, como la de las hormigas o las abejas. Pueden resolver cuentas muy complicadas pero las resuelve mejor una máquina de calcular. Un día me decía el doctor Simarro recomendándome un cierto diccionario de términos filosóficos: "Adquiéralo usted; es una obra utilísima y está hecha a toda conciencia y paciencia; en cada término hallará usted las referencias desde la escuela de Elea hasta hoy, en griego, en latín, en francés, en inglés, en alemán; es un trabajo muy concienzudo y muy completo." y luego me añadió: "el autor es tonto de remate". Y me di cuenta tanto de la excelencia objetiva de la obra como de la tontería de su autor. El cual es un hombre inteligente, que hubiera hecho zapatos o llevado un libro de caja con la misma inteligencia con que hizo su diccionario, pero no es un intelectual.

Y cabe también que un intelectual, y muy intelectual no sea en rigor, un hombre muy inteligente. Y aquí que clamen paradojas los imbéciles, cuyo número, según las Sagradas Letras, es infinito.

Qué es, pues, un intelectual? Un intelectual es un hombre que se apasiona por las cosas de inteligencia, que se emociona de las ideas y por amor se esfuerza en asimilárselas disolviéndolas antes, un intelectual es un espíritu inquieto que lo pone todo en tela de juicio, un intelectual es un alma desasosegada que vive en batalla interior, un intelectual es un descontento y un utopista.

Quién de mis lectores argentinos no recuerda aquel pasaje de "Mi Defensa" de Sarmiento, en que éste, el loco Sarmiento, nos cuenta el terror que ya en su tiempo inspiraba la intelectualidad a las beatas? Pero aunque lo recuerden voy a refrescarles la memoria de él. Dice: "Contaré una cosa de que he conservado siempre un vivo recuerdo. Una señora beata, pasaba por mi tienda todos los días a misa y siempre me encontraba leyendo, con cuyo motivo decía a un amigo: "este mocito ha de ser libertino... — Y por qué, señora? — Porque hace ya un año que todos los días y a cualquiera hora

que pase, está siempre leyendo, y no han de ser libros buenos los que lo tienen tan entretenido." Con lo que daba a entender la beata que los libros que ella tenía por buenos no podían entretener a un mocito como Sarmiento, ni acaso a nadie. Como que a ella no le entretendría, ni poco ni mucho, el libro que llevaba a misa y sobre cuyas páginas pasaba la vista mientras pensaba en cualquier otra cosa o acaso en nada. Porque hay quien lee para no pensar. Y el que lee para no pensar, para distraerse, odia al escritor intelectual que le obliga a pensar, a disolver ideas y en vez de distraerle el ánimo se lo contrae y aprieta.

La señora beata de San Juan de Cuyo no podía juzgar de la inteligencia del mocito Sarmiento, pero juzgaba de su intelectualidad; no podía decir si sabía pero observaba que quería saber. Y eso de querer saber más que los demás es un pecado muy grande. Como que dicen que nuestros primeros padres fueron arrojados del Paraíso por haber querido probar de la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal. No por haber querido tragar o engullir de aquella fruta, comulgando con ella como con rueda de molino, sino por haber querido morderla y probarla, esto es mascarla y disolverla y asimilársela. En vez de tragar la revelación quisieron digerir la ciencia y la revelación con ella. Fueron unos intelectuales! Como que la intelectualidad no es otra cosa que el pecado original y por eso la odian los que aspiran al Limbo.

De ese Sarmiento que con tanto afán mordía, siendo mocito, en la fruta del árbol prohibido, nos dice Ricardo Rojas al principio de su edición de la "Educación Popular", en una breve biografía, esto: "con motivo de su centenario (1911), los argentinos le proclamáramos por un genio." Sí? Pero después que sus compatriotas coetáneos le habían proclamado por loco. Y recuerdo una frase terrible de Oscar Wilde: "El público inglés es admirablemente tolerante; lo perdona todo, menos el genio." No le pasa esto a todo público? Pero Sarmiento es ya hoy un genio muerto y a los muertos se les puede permitir la genialidad. A los que no se les puede tolerar esto es a los vivos. Qué derecho tiene ese que respira el mismo aire que yo a que se le ocurra lo que a mí no se me ocurre?

Se dice que como el hombre es un animal fundamentalmente envidioso la enemiga contra los intelectuales arranca de la envidia. Pero yo creo que arranca de otro pecado capital, de la madre de todos los vicios, que es la pereza. Se odia al intelectual porque no nos deja en paz, porque nos inquieta y nos desasosiega, porque nos disuelve las ideas.

Los anónimos corresponsales de Emir Emin Arslan le decían que no hay intelectuales argentinos que trabajen como otros extranjeros que ahí

mandan sus trabajos, citando a Max Nordau, Jules Claretie, Lavisse y Ferrero. Pero es que un anti-intelectual argentino puede tolerar que a un extranjero se le ocurra lo que no se le ocurre a él, pero cómo va a pretender pensar por su cuenta un compatriota suyo, criado y educado donde él se crió y educó y respirando el mismo ambiente, cuando él no logra pensar por cuenta propia? Un extranjero es, al fin, un extranjero; piensa en otra lengua. Conocí un buen señor, muy inteligente y nada intelectual, que dió en pensar que las cosas ingeniosas o nuevas que decíamos algunos — entre los cuales me contaba yo, por supuesto — provenían de que no conocíamos lenguas extranjeras teniendo acceso a fuentes para él selladas y envió a un hijo, al que dedicaba a intelectual, a Inglaterra para que aprendiendo inglés descubriese una de esas fuentes. Y cuando me lo dijeron y la intención del padre, dije yo: "pues con eso no conseguiría sino que su hijo aprenda a decir tonterías en inglés, ya que antes no las decía más que en castellano."

Pero en lo que le escribían a Emir Emin Arslan hay algo más triste y es juzgar del valor de la intelectualidad por la plata que produce. Hay muchos imbéciles, y los peores de los imbéciles, los incurables, que cuando se les habla de algún escritor preguntan: "cuánto gana con la pluma? qué le dan por artículo?". "Alguien escribe — nos dice Arslan — que el talento que todos poseen y desean poseer es el de enriquecerse; y como la literatura no podrá aquí enriquecer nunca a nadie, los intelectuales se dedican a ella a medias o la abandonan completamente a pesar de que abundan aquellos que consagrados a ella serían escritores artistas y profundos". Vale detenerse un poco en esto.

En primer lugar el que diga que todos desean poseer el talento de enriquecerse es un solemnísimo majadero y un beocio de marca mayor. Para honor de la naturaleza humana eso no es verdad, no lo es! Hay muchos, afortunadamente, que no desean poseer el talento de enriquecerse si ha de ser, como es a menudo, a expensas de otros talentos. Hay muchos que no se han hecho ricos porque no les ha dado la gana, porque no vale la pena de enriquecerse para todos. Y hasta hay un talento de empobrecerse. Y uno que escribe para enriquecerse podrá ser muy inteligente pero difícilmente será un intelectual. Y si hay alguien que no se dedica a la literatura más que a medias o acaba por abandonarla porque no enriquece ese alguien no llegaría nunca a ser un escritor profundo, por mucho que a las letras se consagrara. La aptitud para la genialidad se prueba por la dedicación, por el entusiasmo. El que deja de escribir un poema, una novela, un drama, un tratado filosófico o científico, porque no le produciría para comer con su venta, ni haría nunca ni un poema, ni una novela, ni un drama, ni

un tratado filosófico o científico geniales y profundos. El hacer una obra genial, una obra maestra, es más consumir que producir. Y cuando consumimos no nos preocupamos de que lo consumido nos produzca o no. El goce de producir un poema vale todo lo que dejamos de ganar por ponernos a producir un poema en vez de hacer otra cosa que nos enriquezca. El enamorado no pregunta la dote de su amada y si para conseguirla ha de renunciar a la fortuna renuncia a ella.

Lo que en todas partes la riqueza se impone más que la intelectualidad o que la literatura no es verdad, y hacia bien Arslan en denegarlo. Afirmando más aún y es que los ricos temen más a los intelectuales — cuando lo son de verdad — que éstos a aquéllos. Saben bien que la riqueza es más transferible que la intelectualidad.

La conclusión del artículo de Arslan es desconsoladora. Cuando dice que en ningún país ni en ningún medio social que él haya frecuentado se guarda para con los ricos tanta consideración y tan escasa para con los intelectuales como en ese país. Si esto es así como Arslan dice lo siento por ese país, pues ello quiere decir que lo más de su cultura no es todavía sino cáscara y apariencia. El respeto excesivo y casi exclusivo a la riqueza y al rango y a la posición oficial es uno de los síntomas de una cultura nada más que apariencial, a la anti-gua chinesca. Es puro mandarínismo.

En Alemania hay, sin duda, mucha inteligencia colectiva y muchas inteligencias individuales pero el supersticioso y chinesco valor que se da a las distinciones oficiales y a los títulos y al rango académico denuncia una grande pobreza de intelectualidad. El *Herr Professor* lo chafa todo. El sabio académico, consagrado, ahoga al verdadero intelectual. Y así se comprende los sarcasmos de un Heine, de un Schopenhauer, de un Nietzsche. Porque el sabio oficial es una calamidad tan grande como el rico beocio o filisteo. Para empezar a tener respeto, verdadero respeto a la intelectualidad, hay que acabar con eso de Doctor Fulano o Doctor Zutano. Aquí, en España, tendremos otros defectos, pero tenemos el buen gusto de ocultar los doctorados. Hasta se estima ridículo el que le llamen a uno doctor. El Doctor Pérez es algo grotesco. Se hizo célebre en un tiempo el Doctor Garrido. Como parecería otra grotesca ridiculez hablar del Ingeniero Sánchez. Y no vale la pena de haber acabado con ducados, marquesados y condenados para quedarse con doctorados e ingenierías de esas. Tan antidemocrático es el Doctor Pérez a todo pasto como el Marqués de Villapocha.

Yo puedo decir que al día siguiente de haberme echado del rectorado de la Universidad de Salamanca un ministro travieso y desaprensivo me sentí, no diré que más inteligente, pero sí más

intelectual que antes. Lo que no sé es lo que pensarían aquellos de mis paisanos, de los que me vieron nacer y criarme, que empezaron a creer que yo podía tener algún talento al día siguiente de que me nombraron rector.

“Cuánto le pagan a usted los artículos en Buenos Aires?” me preguntó una vez un majadero. Y le contesté: “Recibo con alguna frecuencia cartas anónimas en que se me insulta por lo que digo en ellos, y esas cartas son de personas que me preguntarían lo que usted me pregunta”. “Pues no le entiendo a usted...” me contestó. “También ellos, esos anónimos — le repliqué — me dicen que no me entienden pero cuando me insultan es que me entienden perfectamente bien. Y consigo uno de mis principales propósitos que es irritar a los anónimos.” El hombre se quedó como quien oye una lengua extranjera que no conoce. Y yo me quedé muy satisfecho de que él se quedase así.

En los países que llaman nuevos y donde la caza del peso es una rémora para el desarrollo de la cultura, donde la obsesión del negocio entenebrece y entristece por dentro la vida — pues por mucho que se cultive el placer de compra y venta de la vida es triste donde el ahinco general es enriquecerse — en esos países la obra más cultural es la de inquietar y desasosegar por dentro los espíritus, es la de disolver ideas, es la de desacreditar al sentido común tratando de despertar en todos el sentido propio. Donde la preocupación del negocio y del placer hace que se viva de prisa no hay tiempo para pensar. Ni para sentir. Y hay siempre el terrible peligro de caer en la frivolidad. Incluso en la frivolidad científica y en la sociológica. En países así no viene mal, sino muy bien, un aguacero de

paradojas inquietantes. Y el desencadenarlo es la función de los verdaderos intelectuales.

Aquí, en nuestra España, el horror a la inquietud íntima, el desasosiego espiritual produce la modorra siesta de nuestros tradicionalistas. A los cuales la guerra les ha sacado de quicio. Vientean que el triunfo de la justicia latina democrática prestigiará a todos los movimientos espirituales que les quitan el sueño. Pera ellos la Kultur tedesca es, — sin que se den clara cuenta consciente de ello — la garantía de todas las ortopedias y de todos los dogmatismos. Saben que está jugando el porvenir de la personalidad y ellos, que no la sienten en sí mismos y la aborrecen en los demás, quieren hacer de todos a modo de reclutas que se muevan a la consigna. Nos prometen la felicidad y el bienestar a cambio de la personalidad. Pero aun quedamos los que preferimos ser ángeles desgraciados a ser cerdos satisfechos. Aun quedamos los que decimos con el personaje de la novela “El Idiota” del máximo Dostoyeusqui: “Es mejor ser desgraciado y conocer lo peor que ser feliz en un paraíso de imbeciles!” Y estos somos los intelectuales. Figúraos, pues, si nos odiarán los que creen que debe sacrificarse todo al bienestar y a la prosperidad materiales porque ellos ni tienen nada que sacrificarles.

Es decir, sí, lo tienen, pero muy enterrado en el alma. (Enterrado es la palabra porque esa alma se ha hecho de puro terrestre, tierra). Y hay que hurgarles en ella y remejarles el poso asentado de las eternas inquietudes. Hay que sacarles a flor de conciencia su propia intelectualidad. Porque la tienen.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, 31 de Marzo de 1916.

Como escriben la historia literaria



hace mucho tiempo que nos preocupamos en Francia de los esfuerzos de la penetración alemana en España y América latina, pero ha bastado abrir los ojos para hacer los más asombrosos descubrimientos. Felizmente el éxito no ha respondido a la tenacidad de una campaña que no retrocedía ante ningún medio. Todos aquellos que bajo las estrellas nuevas o al otro lado de los Pirineos siguen pensando que la libertad y dignidad,

humanas no pueden existir la una sin la otra, e indiscutiblemente son mayoría los que así piensan, tienen para Francia una simpatía a la que se une un nuevo matiz de afectuosa admiración.

Pero ¿cómo explicar la sincera violencia de los votos que hacen los ultramontanos de ambos mundos por el triunfo de nuestros enemigos? Admito, desde luego, que unos y otros parecen defender el mismo principio de autoridad. Pero nada más cierto que la Iglesia no ha encontrado en parte

olvidar a fuerza de trabajo. No se puede juzgar la obra del doctor Quesada, porque no se la puede leer. Se recordará aquella historia del mundo que un rey de Persia encargó a los sabios del país: era muy completa, era en cinco mil volúmenes. Son esos los libros que agradan al doctor Quesada. Los ha hecho parecidos. Pronunció, cierta vez, un brindis en honor de Ferri, y lo publicó: era un tomo. Empezó la tarea de escribir un estudio sobre la propiedad inmobiliaria en Túnez, y lo publicó: era algo así como esa historia persa. Era algo pavoroso. Vaya usted a ver ese libro, querido lector, y me contará sus impresiones. Tal es el doctor Quesada, gusta de lo "Kolossal". Es conocido, según se dice, en Alemania; es miembro de la "Internationale Vereinigung für vergleichende Retswissenschaft und Volkswirtschaftslehre": retened ese nombre".

LOS PAISES QUE PELIGRAN AISLARSE

Hace algunos días nuestros diarios insertaban en sus secciones telegráficas fragmentos de un artículo de "El Mercurio" de Santiago de Chile titulado "Nuestra situación internacional en relación con la preparación para la guerra", en cuyo artículo se hacen presentes supuestos peligros del porvenir, que se pretenden evitar con extremadas medidas de prevención las que, según nosotros, llevarían a dicho país al más absoluto aislamiento.

No es la primera vez que los hombres de estado y los técnicos de las milicias chilenas se preocupan gravemente y en público de predicar con tremendas frases la preparación científica de la defensa nacional en términos negativos para el desarrollo de ese país en sus facetas material, moral e intelectual, como si no les bastara por un lado la gigantesca muralla de los Andes y por el otro la inmensa soledad del Pacífico para colocar a los chilenos en una situación geográfica apartadiza, que los verdaderos patriotas están en el deber de aminorar en lo posible y en cuanto sea menester para vivir en el concierto de las demás naciones.

Bien es cierto que "El Mercurio", dándose cuenta de que las simples transcripciones de dichos fragmentos en nuestra prensa indicaban que nos percatábamos de lo exagerado de esa prédica, y de que además daban lugar al comentario público, se apresuró a comunicarnos que aquel artículo, ubicado en la columna del editorial, lo había sido por "error de compaginación".

Aunque se tratara de una "plancha" mayúscula, desde el aparentemente inofensivo asunto de compaginación, siempre quedarían expresadas en público y por medio del más acreditado órgano de la prensa chilena, las extravagantes teorías de un consejero militar del cuarto poder ultracordillerano.

M. ERNEST MARTINENCHE, NUEVO COLABORADOR DE "LA NOTA"

El ilustre escritor y crítico francés, M. Ernest Martinenche, que nos visitara hace algunos años, y cuya serie de conferencias acerca de la influencia de España en la literatura de su país se escuchara con tan profundo interés, nos envía el artículo que incluimos en el presente número.

El señor Martinenche lo escribió para la "Sección Alemana", según nos indica, acaso por no atribuirle la importancia que nosotros hemos de darle, tratándose de observaciones tan penetrantes y sutiles como son todas las que salen de su pluma.

La indicación del señor Martinenche es un signo sugerente de la calidad del aprecio con que "La Nota"

va cundiendo en el extranjero. Como él, otros escritores hispanófilos de Francia se interesan por ella. Nada digamos de su paulatina difusión en todas las repúblicas latinas de América, porque será una inmodestia apenas excusada por el real idealismo de nuestros propósitos.

El señor Martinenche nos ha prometido otras colaboraciones, pues que desea mantener su relación intelectual con nuestro país, donde sus lecciones de belleza no podrían olvidarse.

BOBRICK PACHÁ

Así, nos asegura un diplomático, firma el señor Bobrick, cónsul general de Alemania, encargado del consulado general de Turquía.

Ahora bien: el 28 de Abril último, era el día del aniversario del sultán Mahomed V. Con tal motivo se esperaba ver al señor Bobrick Pachá de fez o turbante; pero no fué así. Para mayor desencanto de los súbditos del Sultán, el señor Bobrik, ha preferido el título al fez.

EL "CREDO" DE PAUL DEROULEDE

La guerra actual ha dado nueva popularidad, aún entre nosotros, al nombre de Paul Déroulède, el autor de los "Cantos del soldado". Sin embargo Déroulède, en su calidad de poeta, es uno de los autores menos conocidos por el lector castellano. De otros muchos ingenios franceses se ha hecho gran número de traducciones. Nó así de este patriota y religioso exaltado, que predicó hasta sus últimos días "La revanche", y de cuya índole poética y temple moral podrá dar una idea su célebre "Credo", traducido para LA NOTA por uno de nuestros colaboradores.

El "Credo" fué escrito después del 70. He lo aquí:

Creo en Dios. Es la hora mala del siglo absurdo; un soplo de blasfemia extravía las almas; honor contra dinero juegan un juego burdo; el mal no es castigado y el hombre aún luce palmas.

Creo en Dios. Insultar sacerdotes es dado; torpe de aquel que el signo de la cruz suele hacer; es cristiano cualquiera a falsía inclinado; queremos los derechos y huímos el deber.

Creo en Dios. Mi plegaria no logrará el bacante tropel de criminales con sus befas turbar! un antro de inmundicias no es infierno del Dante, y por tal no he perdido mi esperanza al entrar.

Creo en Dios. Abatida la Francia se entristece; con el alma oprimida va de la angustia en pos. La gran Nación en sombra de sopor desfallece. Mas la hora del impetu vendrá. Yo creo en Dios.

PAUL DEROULEDE.

LUCIEN GUITRY

Se espera próximamente la llegada de este artista muy conocido entre nosotros.

Según los diarios de París, parecería que los franceses se hallan bastante descontentos de él, por la sencilla razón de que desde el comienzo de la guerra se ha negado a tomar parte en las representaciones de beneficencia.

Ahora, precisamente, cuando todos los artistas rivalizan en bondad y generosidad y se prestan, de buen grado, hasta en los hospitales y en las trincheras, él permanece con las manos en los bolsillos, esperando la victoria... y sus tres mil francos por representación.

rigida se opone la improvisación flexible; al don guerrero, la intuición psicológica. Ganan unos estados por simpatía lo que obtienen otros con el magisterio de la fuerza. Vence alguna vez a cíclopes armazones una arquitectura de levedad elegante. Ninguna nación es útil en la casa de Júpiter: tenacidad y facilidad, orden sólido y libre audacia, inteligencia sutil y voluntad inflexible, son virtudes equivalentes. Un patriotismo intenso se traduce en formas diversas en armonía con el genio de cada

raza. En la suprema hora trágica rechazan la invasión fuertes legiones unidas sin desfallecimiento. La guerra real es larga e incierta, porque a la razón militar que prepara triunfos inmediatos se agregan fuerzas morales que multiplican la resistencia y levantan, sobre la tierra ansiosa y lamentable, nuevos dioses olvidados que prometen la victoria.

FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN

París, Abril de 1916.

Carta abierta al Dr. Justo

Doctor:

Anónimamente me llega un número de "La Vanguardia", aparecido hace algunos días, y marcado en él, con lápiz azul, un sueltito lleno de terribles y violentísimos insultos contra mí: traidor, aventurero, torpe, inepto, intrigante, difamador de argentinos, etc., etc., ¡ah!... y nacionalista furioso. Me quedé perplejo, no por la elocuencia de tales razones acumuladas en algunas líneas, sino por el recuerdo de los elogios y de los aplausos que me habían saludado en las mismas columnas de "La Vanguardia" cuando yo rehusé entregar el consulado de mi patria a un alemán y declaré que la alianza de Enver bajá con el Kaiser era la esclavitud de Turquía.

¡Ahora usted, doctor, me acusa de traidor! ¿Por qué no me acusó entonces en vez de aplaudirme? Usted mismo lo confiesa. Porque en LA NOTA aparecen, según usted, todos los días, falsedades e insultos indignos contra los diputados socialistas. Supongo que se refiere, con esto, a la silueta política del doctor Justo escrita por Z, quince días antes de aparecer su sueltito tremendo.

En esa silueta, Z calificaba a usted de gran orador parlamentario y al mismo tiempo opinaba que usted era la antítesis del espíritu socialista, por su temperamento tiránico; y recordaba una huelga que le hicieron a usted sus trabajadores de Córdoba, pidiendo que les aumentase el salario, hecho que se me informa exacto. Así, pues, usted mismo, doctor, manifiesta el gracioso motivo de su cólera, afirmando dos cosas absolutamente falsas: atribuirme a mí, personalmente las opiniones de Z, y tribuir a LA NOTA un lenguaje que sólo emplea usted, en "La Vanguardia" y en la Cámara de Diputados. En síntesis, y en realidad, usted me insulta porque no soy en LA NOTA el censor severo

que su diario y el partido socialista padecen. Usted exigía, evidentemente, que yo rechazara en esta revista toda opinión contraria a la de usted. ¡Pero, doctor! ¡Si en LA NOTA aparecen también opiniones absolutamente contrarias a las mías! Yo le pido disculpa, doctor, si no me es posible tiranizar a mis colaboradores, pero desde luego, en el primer número de LA NOTA, ésta se declaraba tribuna libre, y yo no puedo ser inconsecuente con tal declaración. Comprendo que en "La Vanguardia" no ocurra lo mismo, sino algo semejante a lo que pasa en la Turquía alemana: reinan la disciplina, el orden y el respeto a la autoridad absoluta del doctor Justo. Tan absoluta que usted rechazó recientemente, cuando se formó el partido socialista argentino, el texto del documento que envió a "La Vanguardia", para su publicación, la distinguida escritora señorita Sara Justo, renunciando al partido socialista internacional que usted gobierna. Sin embargo, dicha renuncia era una leal exposición de ideas socialistas. Pero la noción del derecho de expresar las propias ideas no parece haber penetrado, doctor, en su criterio.

Concédame, sin embargo, la libertad de razonar así, en esta forma serena; permita que sea con usted amable y que no le devuelva sus insultos furiosos; porque si yo también echo mano de tales argumentos, la gente creará que somos dos carreros disputando, cuando uno de ellos es, nada menos, que candidato a la presidencia de la república.

Y veamos: me llama usted traidor. El epíteto me hace mucha gracia viniendo de usted, y no por la contradicción que implica con las flores que me arrojó "La Vanguardia" cuando manifesté mi ya mencionada actitud: bien acostumbrados estamos a que usted se contradiga, y se desmienta en la Cámara de lo que ha gritado en asambleas populares.

Me hace gracia porque usted es internacionalista y se ha burlado, en esas asambleas populares, de la bandera argentina. Por Alá, ¿qué insulto se habría procurado usted, para arrojármelo, si yo me hubiese burlado de la bandera otomana? Para acusarme de traidor ha debido simular una pueril ignorancia de la política europea y de mi situación cuando estalló la guerra, cuando Enver bajá se alió con el Kaiser contra la voluntad, contra el interés, contra el porvenir y la vida de su pueblo. Por patriotismo, por este sentimiento que usted sólo acepta cuando sus colegas en la Cámara le obligan a ello, escribí en "La Nación" y lo grité a mi país, que Turquía sólo podía aguardar, de la poco probable victoria teutona, su servidumbre a Alemania. Esto sería peor que su desaparición del mapa. En cambio la neutralidad era su único puerto de salvación. Por defender esta neutralidad, por amor a mi patria, arrostré las iras de Enver bajá, rompí mi carrera, sin saber a ciencia cierta lo que sería de mí, sin recursos en un país extranjero. Por esta imprudencia, sin duda, me llama usted aventurero, y por haber arriesgado mi vida, en la revolución de los jóvenes turcos, para la libertad de mi patria.

Verdad es que por la prudencia y por el cálculo usted me aventaja, y permitame, doctor, que lo confiese sin avergonzarme. Usted, por su patria, por el "pedazo de trapo", tal vez no arriesgaría la vida, tal vez ni siquiera su fortuna, tal vez ni siquiera una pequeña parte de su fortuna amasada con sangre de obreros, como diría un socialista. (A usted, doctor, no lo creo socialista). Por su patria usted no arriesgaría nada, porque ni siquiera se arriesga por la dignidad del partido que tiene bajo su dominio, bajo su tan suave y tan amable dominio. Si algo, si una partícula hubiera en su corazón de ese espíritu de sacrificio que santifica todas las causas, no daría el espectáculo de amontonar oro a costa del trabajo de otros. Cuando sus peones de Córdoba se declararon en huelga, ¿por qué lo hicieron? ¡Y qué hermosa ocasión perdió entonces de entregarles el campo, de establecer una pequeña comunidad social, donde todos aquellos trabajadores que habían contribuido a enriquecerlo hubiesen podido vivir, en pequeño, la vida del hombre propietario de la tierra que cultiva y de los instrumentos de su labor!

Pero la inconsecuencia con los propios ideales es para usted una virtud; por eso me echa en cara mi consecuencia con los ideales míos, mi consecuencia con el ideal de una Turquía libre, el mismo ideal que alimentaba el príncipe heredero legítimo que asesinó Enver bajá, el ideal de la mayoría de mis compatriotas de Buenos Aires.

¡Ah! pero usted es prudente y no concibe, sin duda, la sinceridad de un hombre que lo pierde todo por ser consecuente. Usted no es un aventurero: tiene una posición seria, es propietario médico, can-

didato a la primera magistratura del país, jefe respetable de un partido, y autor de una "Teoría económica de la historia", tan respetable, también, que nadie se atreve a saludarla.

Usted es un hombre prudente. Cuando insulta en la Cámara a un colega, calcula el precio de la popularidad que le conquistarán sus denuestos, y en seguida, cuando el colega le exige arrostrar las consecuencias de su injuria, no tiene inconveniente en retirarla. Hace como en los circos el payaso Tootito, que propone a Chocolate batirse con él:—Cuando yo te diga que puedes empezar a pegar, pega, pero cuando yo diga: "¡basta!" quédate quieto. En seguida golpea con todas sus fuerzas a Chocolate, pero cuando éste se dispone a responder, ya Tootito, como el doctor Justo, grita: "¡basta! ¡basta!"

Usted es un hombre prudente, doctor. Cuando Z le escribió su silueta, no chistó, porque no sabía quién es; pero quince días después, como apareciera también la silueta de un hombre público poderoso, más poderoso que usted, creyó oportuno un ataque, no al autor de las siluetas, sino a mí, suponiéndome sin armas.

Usted es un hombre prudente, doctor. Había en el partido que administra alguien que abrió al socialismo las puertas del parlamento y había conquistado para los trabajadores una situación mejor; alguien por quien usted es diputado ahora, y candidato a la presidencia de la república. Pero este hombre tenía la falla de estimar su propia libertad y de no someterse a las violencias y a las arbitrariedades del doctor Justo. Entonces usted, por prudencia, decidió eliminarlo. Se batía en duelo y este fue un pretexto excelente. Sin embargo, en Europa son los diputados socialistas los que más a menudo se baten. M. Jaurés se ha batido diez veces por lo menos, y si en París un doctor Justo hubiese propuesto su expulsión del partido, por tal causa, habría sido objeto de risa y de desdén.

Pero de usted, aquí, nadie ha de reírse. Usted es un hombre prudente y respetable. Cuando LA NOTA publicó aquellos artículos sobre socialismo que firmaba C. A. L., yo le escribí poniendo a su disposición las páginas de esta revista para que pudiera oponerle sus ideas, libremente, para que pudiera atacar las instituciones antiguas y defender la doctrina económica materialista que C. A. L. satirizaba como superficial y mentida. Tenía usted una admirable ocasión de propaganda en una revista difundida por todas las clases sociales; pero usted permaneció mudo, no tuvo siquiera la gentileza de responder a mi carta. Demostró así que su inteligencia no sabe replicar a las razones serenas, porque carece de ellas, y en cuanto a mí, que su carácter sólo tiene una manera de manifestarse: la ira.

Saluda a Vd. atentamente.

EMIR EMIN ARSLAN

humano. Las economías que se hiciesen con los armamentos se destinarían a amortizar las inmensas deudas de guerra, y la desaparición de la pesadilla de una guerra europea daría a los espíritus ese reposo necesario para un fecundo cultivo de las ciencias y de las artes y esa confianza nacional que es indispensable para afrontar heroicamente los más arduos problemas sociales.

Como se ve, el camino de la democratización de Alemania es largo y penoso. Pero Europa tendrá que recorrerlo si ha de evitar su derrota, que será el comienzo de su irremediable decadencia. En ri-

gor de concepto no puede decirse que los aliados luchan por la civilización: es Europa la que combate rudamente por impedir que el centro de gravedad de la civilización salga de su territorio para trasladarse a América. Pero sobre esto, sobre las consecuencias que traerá la posible derrota de Europa, su incapacidad para imponer a Alemania un régimen democrático, hablaré en otro artículo.

LUIS ARAQUISTAIN

Madrid, Mayo de 1916.

REFLEXIONES DE UN CONDENADO A MUERTE



El jueves por la mañana me anunciaron que, según lo testimoniaba un diario de Constantinopla, yo había sido condenado a muerte, en las circunstancias que he referido a "La Nación" en la noche de ese mismo día.

Aunque mi primer reacción fué reírme a carcajadas, por eso de condenar a muerte a un hombre que tan lejos está de sus jueces y de sus verdugos, inmediatamente la imagen del patíbulo surgió en mi espíritu. En Turquía una ejecución es un espectáculo al mismo tiempo lúgubre y cómico: se arman en triángulo tres vigas de madera, se ata una o varias cuerdas con un nudo corredizo, y al alba viene el verdugo (izabaki), quien viste al condenado con una especie de traje de pierrot, todo blanco. El desdichado sube a un banquillo, se le pasa la cuerda, y luego el "izabaki" pega un puntapie al banquillo. Pues bien: en la visión que imaginé yo me veía vestido de pierrot, colgado y girando en lo alto con el nudo corredizo al cuello.

Es que, después de la contrarrevolución del 13 de abril, cada vez que en Stamboul había ejecuciones, yo iba para ver si el asesino o los asesinos de mi primo Mohamed no estaba entre los condenados. Y una de estas visitas había quedado fija en mi memoria. Era un día en que se habían ahorcado a cinco reos en la plaza de Sar Arkara. Había viento, y los grandes pierrots giraban, pesadamente, entrechocando los pies y mirando a los transeuntes con ojos vidriosos y horribles. Pocos curiosos se detenían. La gente pasaba, echando a los pierrots una mirada de soslayo, indiferente. A poca distan-

cia había un café y algunos hombres sentados a la puerta, fumaban tranquilamente sus "narguiles", frente a ese espectáculo.

Y mientras este en mi memoria se evocaba, lúgubremente, un amargo desprecio nació de mi corazón hacia los autores de la indigna comedia de mi condenación.

Este sentimiento lo experimenté luego más profundo, más penetrante, cuando lei los diarios de Turquía que informaban sobre mi proceso. "Emir Emin Arslan, ferrari"... rezaba la intimación judicial. "Ferrari" se denomina aquel que ha huido la cara de la justicia. En el mismo diario se leían innumerables noticias de condenas mortales: el crimen de publicar un artículo contra el gobierno, abundaba en estas noticias, y me representé otras épocas de terror en Turquía, y otros países, cuando sobre una simple denuncia se marcha al patíbulo. Una gran tristeza se apoderó de mí, no por temor a la muerte, sino por la vergüenza de mi pobre país, sujeto a la innoble política alemana y a mis compatriotas vencidos por ella, y por esa bufonada repugnante, por esa hipocresía con que me habían dado un plazo de diez días para presentarme a la corte marcial llamándome "Ferrari", cuando yo no había huido de parte alguna. ¿Acaso comprenderían que en diez días no tendría yo tiempo de conocer el edicto marcial y de llegar de Buenos Aires a Constantinopla, vía Berlín? ¿Por qué esa lúgubre comedia? Si los alemanes exigían mi ejecución a mis amigos los jóvenes turcos, y éstos no tenían el coraje de rehusarla; si estaban dispuestos a condenarme, presente o ausente, ¿por qué ese apuro

de terminar en diez días con mi asunto, después de haber aguardado diez meses para iniciarme el proceso? ¿Era algún delicado testimonio de afecto a los crueles oficiales del Kaiser?

Me acusaban de alta traición. ¿Por qué no eran más hábiles en el pretexto? Quien traiciona obra por venalidad. Y yo he sacrificado mi carrera, mi tranquilidad, por la indignación que me produjo la pérdida de Turquía decretada por su sometimiento a los planes del Kaiser, cobardemente consentido por mis antiguos compañeros. Pero si sólo hubiese yo callado, si no hubiese confesado mi sentimiento, habría conservado los "honores" de mi cargo y mis emolumentos, pagados por los alemanes. Yo no dije que Turquía debía ponerse de parte de los aliados, donde habría estado acaso su salvación segura y su porvenir; dije solamente, y lo repetiré hasta el cansancio, y lo repetiría bajo la horca preparada para mí en Stamboul, que Turquía hubiese debido conservar su neutralidad a toda costa.

Pero abandoné estas reflexiones acerca de mis antiguos amigos y de la miseria de sus almas. Y la idea de mi muerte, decidida por ellos, me trajo el recuerdo de otra vez en la cual viví de cierto modo la pesadilla de suponerme desaparecido del mundo de los vivos: cuando leí mi propia necrología en los diarios; me habían confundido con mi primo Mahomed, asesinado en el vestibulo del parlamento de Constantinopla. Es una extraña sensación considerarse muerto, asistir a su propio entierro, oír en la tumba hablar de este muerto, a las gentes que están arriba, vivientes... Y luego, como se respira largamente, cuando uno se siente también vivo, en la cama, y constata que todo es todavía imaginación!

Hacia una semana que me asaltaba una especie de presentimiento fúnebre. No podía arrancarme de la mente la idea de que debía hacer mi testamento. Y el miércoles último, un día antes de conocer mi condenación, fui a la oficina de mi escribano, que está a una cuadra de LA NOTA. Tuve con él una larga conversación; le expliqué mi voluntad, cambié con él algunas ideas relativas a la legislación de Turquía y de la Argentina y dejamos para el día siguiente la redacción definitiva del documento. Pero después de un sueño agitadísimo, desperté a la mañana siguiente con una gran angustia sin explicarme la causa de ella. Sin tampoco saber por qué, todos los recuerdos de mi vida volvieron a mi memoria, apiñados, tumultuosos: mi infancia, las peripecias de mi juventud, las aventuras de la persecución que sufrí durante quince años, escapando

del sultán Abd-Hul-Hamid; mi primera llegada a París, las impresiones extrañas que recibí en esa vasta capital, que era otro mundo, algo absolutamente diverso de mis regiones natales, donde mi familia gobernaba una apacible población oriental, y donde yo ensayé después inculcar algunas costumbres y algunas ideas de la Europa moderna; después, me vi sobre el barco que me llevó para siempre lejos de esas regiones, huyendo una orden de arresto, huyendo la muerte suspendida sobre mi cabeza por la acusación de participar de las ideas libertadoras. Mi pobre padre me decía:—"Hijo, tú lo arriesgas todo, tú arriesgas la vida y dejas a tus padres sin tener probabilidad alguna de ganar nada; te vas a un país extranjero para luchar contra un sultán y contra un régimen que dura desde hace 500 años". Luego, cuando el vapor parte, la visión de mi madre llorando en una ventana de la vieja casa paterna que surgía como una ciudadela sobre una colina. ¡Pobre madre mía! Ella me decía siempre que yo moriría en un país extranjero porque no podía reír sin que mis lágrimas corriera como si llorase. Y ella comprendía que ya no me vería más.

Y todos estos y otros muchos recuerdos volvieron, más impresionantes, más vivientes, algunas horas más tarde, entre las ideas que me sugirió mi proceso leído en los diarios de Constantinopla.

Algo me impresionó singularmente también. Mientras pensaba en las circunstancias de mi condena, alguien me llama por teléfono. Acudo, y era una voz infantil, una criatura preciosa, a quien todos los domingos llevo conmigo a paseo, y que me adora. Era la primera vez que me llamaba por teléfono, y era para preguntarme si me hallaba enfermo.

—¿Por qué me preguntas eso y quién te ha dicho que estoy enfermo?

—Nadie, pero pensé que usted estaba enfermo, emir.

Y este presentimiento, expresado en su lenguaje infantil, iluminó, por la emoción que me produjo, como un rayo de sol el tumulto de mis impresiones lúgubres, mi sombrío desdén por mis villanos camaradas, y esa visión de los blancos pierrots balanceándose al viento, en la mañana de Stamboul.

EMIR EMIN ARSLAN



con la heroica y solemne cadencia de un hexámetro del Ciego melesigeno!

Que las almas nobles se unan en la misma oración porque ATENAS triunfe; pues que ella es sagrada herencia nuestra!

Sean los anhelos unánimes, como la invisible espada flammígera del ángel que custodiaba el paraíso, pues que en esta vez el paraíso es de todos!

América joven, lejana y lozana América mía, en donde se forjan nuevas razas, vástagos floridos de la Estirpe que supo fatigar al Renombre:

Yo bien sé que tus veinte Repúblicas tumultuosas y audaces, a coro con ambos musicales océanos y unidas al vasto corazón de España:

(De la España inmortal, que se renueva en la frondosidad de sus vástagos)

Claman en estos instantes quizá definitivos, mientras sobre la blancura de la nieve se derrama trágicamente una sangre nunca regateada a las redenciones:

Dios proteja a Francia!

AMADO NERVO

UNA CONDEÑA FESTEJADA CON UN BANQUETE

La idea de ofrecer una comida al director de esta revista, festejando su condena a muerte, surgió entre un grupo de colaboradores, por impulso de simpatía íntima. Se procuró así que la demostración no saliera del círculo literario más allegado a La Nota desde su fundación. Así lo quiso también el emir Arslán, quien considera que la grotesca comedia urdida en este asento por los alemanes de Constantinopla no debía tener consecuencias mayores...

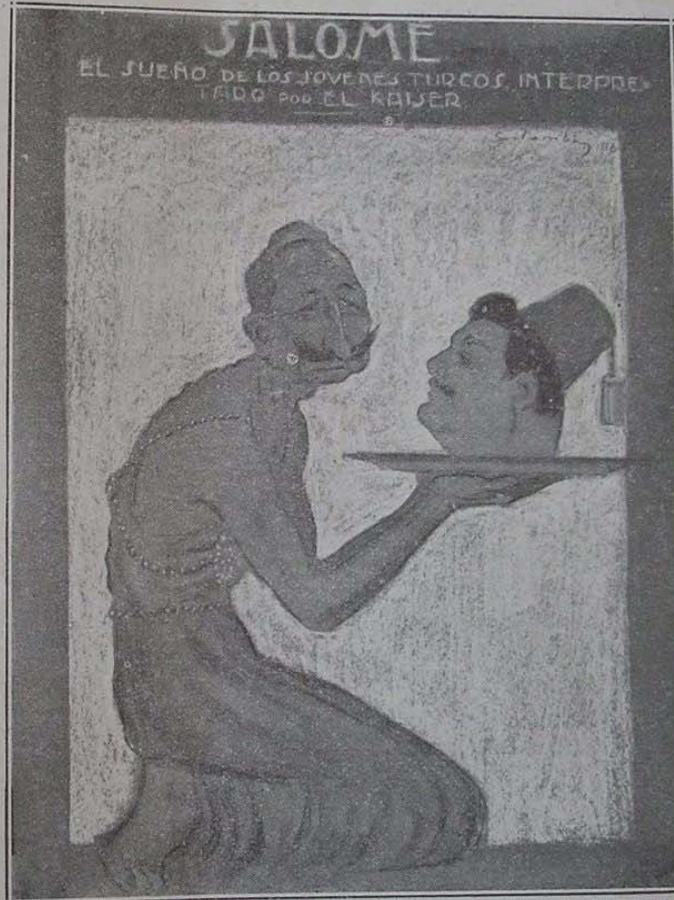
La comida se hizo en lo de Ivo Ferrari, extraña coincidencia, porque en el proceso marcial del emir se le denominó "ferrari" que quiere decir "huyente".

Hubo en la íntima demostración, cosas de acuerdo con su motivo original. Así un gran dibujo caricaturesco de Columba apareció en la sala: el Kaiser personificando a Salomé y recibiendo de los jóvenes turcos, en una bandeja, la cabeza del emir. Se titulaba, en grandes letras: "Un sueño de Guillermo II". Es extraordinaria la expresión grotesca y al mismo tiempo fidelísima que en la caricatura tiene el rostro del Kaiser.

Durante toda la comida no decayó el espíritu de animación, de broma, de ironía. A los postres el doctor Ricardo del Campo ofreció la demostración en versos llenos de intención, que todos festejaron ruidosamente. El doctor Matías M. Calandrelli se dirigió también en verso al condenado, y cada estrofa, era celebrada por su graciosa originalidad.

Fueron leídos también versos enviados para el caso por el barón de Beyens, aplaudidos largamente.

El emir Arslán contestó con un discurso en que se mezcló el humorismo y la condenación de su condena propia. Y la concurrencia, a través de sus palabras, tuvo la sensación de que en cierto modo los autores de su proceso no habían hecho sino añadir un nuevo motivo para una irreparable condena moral.



La caricatura de Columba.

He aquí las composiciones humorísticas de los doctores del Campo y Calandrelli:

Debout les morts!

"Il est des morts qu'il faut qu'on tue".

¡Hélas, mon pauvre Emir! Puisque des mains ingrates s'apprentent, semble-t-il, a vous serrer le cou, vos amis qui n'ont point des façons scélérates, vous offrent ce repas décidé tout a coup.

Tandis qu'innocemment des ennemis pirates comptent vous attraper comme un maïs coucou, nous vous tendons nos bras libres et démocrates car, vous le voyez bien, nous vous aimons beaucoup.

época, grandemente interesante, de la organización nacional.

Otros libros

Tenemos sobre la mesa de trabajo otros libros: "No se puede ser liberal y ser germanófilo", reunión de los treinta interesantes artículos publicados por su autor, Fernando Lozano, en "El País", de Madrid; "Mis apuntes", folleto sobre problemas de gobierno, por H. N. Buezzedin, montevidiano; "Nácerias", sentida y preciosa novelita del salvadoreño Alberto Masferrer, editada por la meritoria "Colección Ariel"; el dictamen jurídico del Dr. Ricardo A. Paz sobre el proceso sensacional a que dió lugar el homicidio del periodista Pedro Stein, de Esperanza, Santa Fe; e importantes publicaciones de las que nos irnos ocupando en la sección *Revista de revistas*.

Los poemas de Kabir

Muzzio Sáenz Peña, a quien todos conocemos por sus traducciones y aun por su producción, como un enamorado de la literatura oriental y de las cosas de Oriente, ha traducido los poemas de Kabir, ese humilde tejedor de Benares cuyo nombre ha salvado los siglos.

Su traducción tiene forzosamente que hallarse alejada de la expresión virginal de esos poemas, si se tiene en cuenta que aun aquella versión de la cual ha sido tomada, que es la inglesa del poeta indú Rabindranath Tagore, ha sido a su vez hecha del único texto bilingüe escrito en bengalí e hindi, debida al "señor Kshiti Mohan Sen, quien recopiló las canciones de Kabir de viejos códices indios y de labios de vagabundos ascetas y juglares", según confiesa honestamente Muzzio Sáenz Peña en el interesante prólogo informativo de la vida y época en que vivió Kabir.

De cualquier modo, encanta en la versión castellana de nuestro compatriota la unción hierática de que está impregnado el poema, sus giros serenos y suaves como de canto de liturgia religiosa, y los conceptos elevados, ideales, expresados con símbolos sencillos y puros: la noche, la luna, el loto, la luz...

La reunión de los poemas de Kabir forma así como el canto de júbilo espiritual de un "iniciado" que encontró el camino. Su expresión es siempre la de aquel que está a los pies del Señor.

Un agradecimiento sereno, amplio, radiante, comunicativo fluye de todo él, y enternece y mueve a anhelar la purificación tan bendecida por el elocuente discípulo.

En ese sentido es un estímulo reconfortador en los caminos áridos y arduos de la mística: es, dicho en una frase, una valiosísima joya mística de las que de tarde en tarde nos llegan del maravilloso Oriente, para aplacar en tanto nuestras horribidas dudas, nuestros míseros tormentos con el ansia de un más allá de venturanza del cual pueden venir eflúvios que bonifiquen y seren en esta nuestra pobre existencia ruidosa y superficial de occidentales.

A la hora de la marea

José María Oliver, conocido periodista, pluma ágil, otrora probada en estimables bocetos de novela, a quien además se deben trabajos anecdóticos sobre personalidades de nuestra vida pública, ha coleccionado y dado a la publicidad, con el título de "A la hora de la marea", sus amables crónicas de la última temporada de Mar del Plata.

Estas páginas no se concretan a "la última temporada", se entiende, sino que nos reflejan la transformación su-

frida en pocos años por la ciudad y el balneario, nos muestran la mundanidad, remedo de la de Buenos Aires, a que ellas dan lugar durante el verano, y nos muestran a más de un tipo interesante, desde que sus rasgos o detalles son adoptados solamente en aquel animado centro de intencionalidad social.



RUSIA

El mundo asiste a uno de los espectáculos épicos más extraordinarios en la crónica de los siglos. La misteriosa Rusia, que el año pasado, después de conquistar una parte del imperio austro-húngaro se vió precisada, —falta su ejército de municiones,— a retroceder en su propio territorio, vuelve ahora al avance y a la victoria con una pujanza digna de cantos homéricos.

Aquella retirada, en verdad, que los teutones llamaron irreparable y triste derrota, había sido, en realidad, comparable a una victoria de heroísmo. Hindenburg no había paralizado al gigante. Este, desarmado, había retrocedido sin volver las espaldas, había recibido en el rostro y en las entrañas el furgo y el hierro que vomitaban los cañones, había contenido con las manos hercúleas el carro de la victoria enemiga, y como uno de aquellos héroes de la leyenda antigua que los dioses venían a proteger en la batalla, pudo recogerse en su tienda y preparar la venganza.

Ciertamente, Alemania y Austria no pudieron comover a la Rusia desarmada; y esta surge como terrible reparación, estremeciendo de espanto a los ejércitos de Guillermo II y de Francisco José, hasta en los más distantes campos de batalla, hasta junto a Verdun inaccesible, y hasta en aquel lugar donde un puñado de soldados belgas defiende todavía un rincón de lo que fuera la patria industrial y feliz...

La retirada de los ejércitos austriacos, ante la grande Rusia, nada tiene de común con aquella otra retirada gloriosa del año pasado. Austria huye de sus trincheras preparadas lentamente para la defensa, protegidas por millares de cañones y por minas que cubren vastamente la llanura y estallan bajo los pies de los héroes enemigos. La avalancha de estos prosigue implacable.

Sin embargo, los comunicados de Viena no hablan de este "pequeño" episodio de la guerra. Solo dicen de ciertos parajes donde las tropas imperiales han debido retirarse porque se lucha intensamente y los rusos, a pesar de ser rusos, atacan con gran desprecio de la vida.

LA MISION DE UN CONDENADO A MUERTE EN TURQUIA

Como el gobierno joven-turco no repara gran cosa en condenar a muerte a quienes no comparten su amor por Alemania, tampoco repara ni poco ni mucho en encomendarles misiones de la mayor importancia, en caso de necesidad. Nos corrobora el hecho siguiente, no exento de originalidad:

El príncipe Sabah eddi ve effendi, era uno de los jóvenes turcos desterrado en París desde el tiempo del sultán Hamid. Como actualmente manifestó su oposición a la entrada de Turquía en la guerra, fué también condenado a muerte y vive en el desierto como en los tiempos del tirano destronado.

La Nota

DIRECCION Y ADMINISTRACION
25 DE MAYO 294
U.T. 804 AVENIDA

REVISTA SEMANAL

DIRECTOR
EMIR EMIN
ADLAN.

Caricaturista
COLUMBA

Jefe de Redacción
Dr. CARLOS ALBERTO LEUMANN



La responsabilidad de los artículos es exclusivamente de sus autores.

"LA NOTA" no prestará ninguna atención a las comunicaciones o artículos anónimos.

Los originales no se devuelven.

SUBSCRIPCION

EN TODA LA REPÚBLICA { Por 6 meses..... \$ m/ 5.-
Por un año » 10.-
Número suelto 20 centavos

Para el exterior las suscripciones se cobrarán a oro

LA FUTURA PRESIDENCIA



ACE YA varios meses, cuando aún no se sabía ni se maliciaba el nombre del futuro presidente, publiqué, en este mismo sitio de LA NOTA y bajo idéntico título que el presente, un modesto articulito de filosofía política. Y recuerdo que en ese articulejo, escrito bajo la impresión dolorosa del momento electoral que se venía preparando, derramé buena parte de la amargura patriótica acumulada en mis suspicaces adentros de filósofo contemplativo.

Porque, si he de ser franco, a mí la política — *J'aime mieux le dire tout de suite* — me ha inspirado siempre una aversión que, de intermitente y como impulsiva en sus orígenes, ha ido convirtiéndose, con el andar del tiempo, en una vaga pero inmanente sensación de repugnancia: algo así como una cenestesia del asco hecho carne.

Claro está que al decir "política" no me refiero a la antigua y noble ciencia que enseñaron Platón y Aristóteles, sino que entiendo aludir al negocio, al comercio, al vicio, al delito, al crimen que consiste en medrar con el abuso de la política: tarea tan innoble como fácil, ya que para consuarla no hacen falta sino condiciones subalternas, inferiores (astucia, adulación, mentira, servilismo), o bien virtudes animales de la más baja estofa, como ser el instinto de conservación, por ejemplo, tan exquisitamente desarrollado en los "vivos" de la política.

Volviendo al artículo de marras, recuerdo que en él aseguraba yo que "ningún sabio de verdad había nunca deseado mandar ni gobernar a nadie". Y claro está que usé el término "sabio", no en el sentido de *savant*, sino en el de *sage*, en la acepción socrática de la palabra, que significa "prudente, circunspecto, justo, cuerdo", más que "poseedor de vastos conocimientos". Pero vamos al grano.

La elección de don Hipólito Irigoyen para la futura presidencia de la república ha provocado, entre ciertas personas que se precian de listas, interminables comentarios. En conjunto, los tales comentarios reflejan una desconfianza mal contenida y peor disimulada en un sin fin de reticencias y reservas absolutamente reñidas con el buen discurso y hasta con el sentido común. No parece sino que ser maldiciente y pesimista, en cuanto se refiere al presidente electo, fuera una señal de distinción, de señorío, de superioridad intelectual. Se dice, por ejemplo, que el futuro gobernante habla demasiado poco; que debería hablar; y además mostrarse en público, hacerse ver, hacerse oír. Se agrega — no sin dejar caer la mandíbula, muy abiertos los ojos y muy levantadas las cejas — que el buen señor "no tiene programa de gobierno".

Yo profeso grande admiración por los que saben cómo deben ser las cosas de este mundo. Con tanto como he leído y observado, todavía no he conseguido

saber ni siquiera cómo son. Meterme yo ahora a averiguar si don Hipólito Irigoyen debiera hablar más de lo que habla, o si habla ya lo suficiente, cosa es que no haré en ninguna de las maneras. A lo sumo, obligado a expresar mi opinión franca y sincera, diría que me parece mejor hablar poco que hablar mucho. Porque quien mucho habla mucho yerra. Y también porque en boca cerrada no entran moscas. Ahora, en lo que atañe a la carencia de programa, eso ya es otra cosa. Para mí es una simple calumnia. Pero también podría ser una gansada.

Además se dice que el doctor Hipólito Irigoyen carece de preparación para desempeñar el cargo de presidente de la república. Esto lo he oído decir y sostener a personas más que medianamente cultas, circunstancia que me induce a discutir el punto con circunspección y benevolencia. Porque los hombres ilustrados no dicen disparates sino por una de estas dos razones: o por ser cortos de entendimiento, o por ser presa de alguna pasión que los conturba y engeguece. En ambos casos, la indulgencia para con ellos es un deber sagrado.

Considerando eso de la *preparación* con el criterio de la *Kultur* prusiana, sería muy razonable exigir a los candidatos el correspondiente diploma de competencia que los acreditase en el carácter de especialistas. La idoneidad para las tareas gubernativas podría así determinarse *a priori*, sin más que leer los certificados expedidos por las universidades, en los cuales constaría la asistencia a los laboratorios, la importancia de los trabajos prácticos realizados, la lista de notas obtenidas en los exámenes, etc., etc. En cambio, abordando el asunto con las filosóficas entendederas de otros pueblos menos *kultos*, aunque más inteligentes, el aspecto cómico del gobernante diplomado resulta de una evidencia deslumbradora.

No se *aprende* a ser presidente de república. Las condiciones requeridas para el desempeño de las altas investiduras, no radican en la sabiduría del *savant* sino en la sabiduría del *sage*. Y se nace *sage* (es decir prudente, cuerdo, ecuaníme) como se nace *barrigón* o loco de verano. Lo que necesita un buen gobernante son ciertas condiciones de carácter, no cualidades extraordinarias de inteligencia. Un espíritu inquieto y paradójico — y la propensión a la paradoja — suele ser prueba segura de riqueza intelectual, — colocado a la cabeza de un gobierno cualquiera, inclusive el de Venado Tuerto, resultaría ciertamente una grave calamidad. Ahí está, por ejemplo, don Miguel

de Unamuno, en quien todos admiramos al escritor insigne, al espíritu cultísimo, vibrante de inquietudes y vigores. Tratemos de imaginárnoslo al frente de un gobierno. Desastre seguro. ¿Por qué? Porque a don Miguel de Unamuno, maestro de maestros, le falta, por lo menos, una condición de gobernante: la prudencia, la medida. Y le sobran muchas otras.

¿A qué abundar en más detenidas consideraciones? La extraña psicología de las multitudes explica suficientemente, por lo demás, el porqué de las preferencias populares. No es aventurado afirmar, por ejemplo, que, de dos personas igualmente dotadas en cuanto a contextura moral e intelectual, será mejor, para gobernante, aquella que posea un *físico* más conforme con las ideas seculares de representación y de mando.

Y ¿qué decir de la buena intención, de la buena voluntad, del deseo inquebrantable de hacerlo todo bien, virtudes que los intelectualistas parecen no dignarse tener en cuenta? Son principalísimas, sin embargo, y nadie se atreverá a negárselas al futuro presidente.

Finalmente, para tranquilizar a los que ponen en duda la capacidad mental del gobernante electo, me permitiré anunciarles, porque lo sé de buena tinta, que el año 90, sojuzgado el movimiento revolucionario y retirados del Parque los jefes, fué la palabra del doctor Hipólito Irigoyen la que se impuso al acatamiento de todos en esos momentos de solemne expectativa. Y conviene agregar que, entre los presentes, estaba el doctor Alem.

No terminaré estas pocas líneas, indirectamente apologéticas, sin aventurar la afirmación de que el más elemental patriotismo impone a todos los argentinos el deber de acompañar y alentar al doctor Irigoyen en su futura gestión gubernativa. La última novedad de la sociología es el descubrimiento de una cosa muy vieja, llamada patriotismo, que la guerra europea ha venido a poner de manifiesto en términos que no admiten discusión. Y el patriotismo — quizá el único sentimiento capaz de hacer frente a la ironía y de castigar con la muerte a los que le traicionan — entiende que en los actuales momentos no está el país para bromitas ni para chistes, sino para que todos los ciudadanos conscientes alleguen su concurso a la obra redentora del primer presidente democrático argentino.

BENIGNO BRAVO.

Julio de 1916

LITERATURA FEMENINA

LAS ALMAS ENFERMAS.



CUANDO alguien mueve la cabeza desencantado, negando la felicidad de vivir, sepamos si tiene razón en quejarse del mundo, o si tiene el alma enferma, contagiada de mil males que no existen, de tormentos exquisitos que es un lujo padecer.

No es cierto que sea malo el mundo, no es cierto. Decid que la felicidad se esconde—; es tan íntima!...

Los pesimistas son unos envenenados—sin corazón—inconscientes del mal que hacen al mundo. El dolor tiene algo que atrae, porque es bello y misterioso. La felicidad en cambio es blanca y da una sensación material de bienestar, de bienestar inmenso, infinito—de vida y de salud, de hermosura y de gloria. ¡Bendita sensación! Vivieras siempre si nuestro afán mezquino de analizarlo todo no acabara siempre por hallar el dolor... con la verdad tal vez.

El dolor es la presión del alma. Así como se pliegan los músculos de la frente cuando se piensa, se siente contraído el corazón cuando se sufre. El dolor nos espiritualiza, la tristeza es romántica...

Y por eso las almas se enferman de tristeza, porque el romanticismo es el vicio refinado del espíritu, y la humanidad solloza bellamente, y la culpa la tienen los tristes, los pesimistas y los poetas. La culpa la tienen los tristes, los pesimistas y los poetas.

¿Por qué no cantar, poetas, el himno a la vida?

¿Por qué no templar las lirás en un momento de dicha? ¿Por qué no dejarnos ver el cielo y las dulzuras que allí gustásteis, para estímulo de los que tienen fe? ¿Y por qué nos hundís, en fin, en esa gran desesperanza, que tan bien sabéis cantar y que penetra en las almas prematuramente?

Diréis, sin duda: Porque esos momentos de cielo y de dicha son efímeros...

¡Ah! pero son intensos y duraderos. Si es ley natural: Un minuto de felicidad habrá de compensar una hora de dolor. Pero si os empeñáis en llorar antes, durante y después de ese minuto... ¡Oh! pesimistas envenenados, corruptores de la salud del alma! ¿por qué os quedáis tan calladitos cuando sentís la dicha?

Os casáis con la gloria y os vais a pasar con ella la luna de miel, solitos, y nada decís... ¿por qué?

Porque la felicidad está escondida; no está en los versos ni en las canciones, ni en las palabras descoloridas. Nos ha faltado conseguir un sonido especial para expresarla, la dice más el silencio, pero existe, sí, que existe encantadora e indescriptible...

LOLA PITA.



LECTURAS

LA CIVILIZACIÓN ALEMANA

Aislada y odiada. Tal sería la situación de la Alemania actual, si fuera cierto lo que pretende Bebel, el jefe de los socialistas. En ocasión de la reciente discusión del presupuesto de relaciones exteriores fué cuando Bebel pronunció ese diagnóstico pesimista. Buscando las causas, llegó a esta conclusión: los pueblos odian a la Alemania, y los gobiernos se apartan de ella, porque Alemania es la que ha estado aumentando constantemente sus armamentos de mar y tierra, y obligando, por lo tanto, a todos los demás países a entrar también en esa competencia ruinosa para llegar al más grande ejército y a la escuadra más formidable.

El canciller von Bulow contestó la afirmación del diputado socialista. En su opinión, Alemania no está aislada ni es odiada. No está aislada por cuanto la triple alianza existe todavía. Y no es odiada porque los gobiernos le dan pruebas de confianza, porque mantiene relaciones cordiales con todos ellos. Por otra parte, ¿por qué razón habrían de odiarla? ¿No ha probado ella, durante treinta y tres años, su amor constante por la paz? ¿No es ella desde hace un tercio de siglo la defensora más ardiente de la paz, en Europa y en todo el mundo? Pero si en realidad despertara ella en una que otra parte sentimientos poco benévolos, esto sólo podría tener por causa la envidia que provocan sus maravillosos progresos en todo, y su riqueza. Y contra la envidia sólo hay que hacer una cosa: mantener la espada bien afilada.

El canciller del imperio ha empleado el lenguaje que un jefe de gobierno se considera obligado a usar en el estado actual de la civilización. Ha simulado no admitir que Alemania tenga antipatías entre sus vecinos, para amenazar amablemente a estos vecinos con la espada alemana en caso de que esas antipatías existieran verdaderamente.

Ahora bien. Dejemos en paz al sable. Alemania no se verá tan pronto en la necesidad de desenvainarlo. Nadie atacará el imperio; en primer lugar porque es fuerte, y luego porque no hay motivo alguno para atacarlo, desde que él no exige nada a nadie. Pero esto no impide que, no obstante las negativas del canciller von Bulow, haya un fondo de verdad en las dolorosas comprobaciones de Bebel.

La Alemania actual está efectivamente aislada. ¿Que la triple alianza existe? ¡Bah!... Existe en el papel; pero no soportaría, en la realidad, el menor choque, el menor roce. En Italia, la alianza con Alemania no es popular. Esa nación, como lo hemos visto recientemente, se inclina amorosamente hacia la Francia. La Austria no ve más que su interés propio, o lo que considera como tal; y, al proceder así, tan poco en cuenta tiene su alianza con Alemania, que ha concluido un acuerdo especial con Rusia, es decir, con una de las potencias contra las cuales se hizo precisamente la triple alianza. En caso de una crisis, Alemania no po-

Medio mundo está con Francia contra el germanismo



El bloqueo de Alemania



La Nota, Año II, nº 52, 5 de agosto de 1916

La Nota

Revisita Semanal

DIRECCION Y ADMINISTRACION
FLORIDA 529
UT. 804 AVENIDA

DIRECTOR
EMIR
EMIN
ARSLAN.

Caricaturista
COLUMBA

Jefe de Redacción
Dr. CARLOS ALBERTO LEUMANN



La responsabilidad de los artículos es exclusivamente de sus autores.

"LA NOTA" no prestará ninguna atención a las comunicaciones o artículos anónimos.

Los originales no se devuelven.

SUBSCRIPCION

EN TODA LA REPÚBLICA } Por 6 meses..... \$ % 5.-
 } Por un año..... " " 10.-
 } Número suelto 20 centavos

Para el exterior las suscripciones se cobrarán a oro

NUESTRO ANIVERSARIO



CON este número LA NOTA acaba su primer ciclo de vida. Hemos conservado, a través de todas las dificultades que se oponen a una iniciación, el firme propósito de hacer en el país una publicación literaria desinteresada y abierta a todas las ideas bellamente expresadas. No será inmodestia constatar que nuestro ensayo ha sido coronado por el más pleno de los éxitos. En la intelectualidad argentina LA NOTA ha logrado un prestigio debido en gran parte a la lealtad y al desinterés de nuestra empresa. Nacida bajo el auspicio de una causa que el mundo neutral considera causa de civilización y de justicia, llevaba en esta circunstancia una verdadera garantía moral; y nadie extrañó que asociáramos a tal causa una obra de cultura literaria que ha sido saludada por el aplauso de literatos de América y de España. Miguel de Unamuno nos decía, en carta que acompañaba una de sus últimas notables colaboraciones, que LA NOTA le encantaba por su espíritu, en cuanto le permitiría absoluta libertad para expresar sus ideas, libertad que él estimaba especialmente. Esta libertad y la selección del material son el lujo de nuestra revista y explican el hecho de que su lectura se haya generalizado entre los intelectuales y entre las familias de la sociedad porteña. La perseverancia en nuestros propósitos y la

inflexible rectitud de la línea inicial, que será nuestra línea de siempre, ha sido otra garantía para el éxito. Acaso los pesimistas que nos precedían el fracaso en el principio de la obra, no tuvieron en cuenta todas estas circunstancias. La imparcialidad absoluta y el olvido de todo cálculo material o amistoso, tienen sus inconvenientes, pero no incontrarrestables. Hemos experimentado la satisfacción de que la mayoría de los escritores y poetas del país hayan querido socorrernos y honrarnos en esta obra con su colaboración, como han tenido a bien y a placer hacerlo muchos de los más grandes literatos del idioma castellano.

Signo del entusiasmo que en tantos espíritus ha suscitado nuestra publicación, son las numerosas listas de suscripción que han formado, para ayudarnos, amigos desconocidos. Un día un grupo de estudiantes universitarios llegó para traernos sus felicitaciones juveniles. Otro día, hace algunos meses, el Banco Supervielle nos comunicó que una persona anónima había depositado la suma de mil pesos en favor de LA NOTA. Todo esto, más que halagarnos nos inspira el sentimiento y la decisión de corresponder dignamente al crédito que la intelectualidad y la sociedad argentina nos atribuyen.

EMIR EMIN ARSLAN

LA NOTA ha trasladado sus oficinas a su nuevo local: FLORIDA 529.

JUICIOS DE LA NIÑA BOBA

El banquete de LA NOTA

Señor Director:

Acabo de tener una sorpresa en extremo agradable. Contemplaba todavía con ojos llenos de nostalgia la amable invitación para la comida con que se celebró el primer aniversario de LA NOTA, cuando me llega hace un instante la carta que transcribo:

"Gentil Niña Boba:

"Usted que no ha podido asistir a nuestro banquete, usted a quien todos recordamos haciéndola presidir astralmente nuestro ágape, habrá sin duda comentado interiormente las mil incidencias intelecto - afectivo - sociales que una reunión de tantos espíritus de élite debe forzosamente producir. "¿Quiere usted hacer de su comentario algunas exteriorizaciones? No dudo de su gentileza y le

" remito con el portador una serie de apuntes de comensales. Coméntelos usted en Niña Boba.

Intimamente agradecido la saluda respetuosamente su admirador.

RAMÓN COLUMBA.

La idea me ha encantado, imagínese, señor Director. Voy yo en chicuela a poder opinar sobre tantos principios del intelecto? Temo. Mi pluma puede fallar por el exceso de riqueza de las sugerencias que la mueven. Así como la aguja del instrumento de precisión falla cuando el movimiento sísmico es excesivo, pienso que mi pluma, aguja de dinamómetro - emotivo puede saltar, ultra saturada de corazón y de talento.

De todos modos, ahí van mis impresiones que le ruego haga entregar al señor Columba.

Perdón, gracias, y defiéndame.

LA NIÑA BOBA.



Juan Pablo Echagüe

JUAN PABLO ECHAGÜE. —Es un lejano, creo. Parece que las horas vividas intensamente le hubieran perfumado al pasar... Sí, perfume de París, nonchalance: la aventura pasada, reciente, futura... Es un mosquetero romántico.



Angel Estrada

ANGEL ESTRADA. —Rudo y fuerte en el acento y en el gesto. Frunce el ceño como si quisiera cerrar su frente. Pero ya sabemos; sabemos de su literatura armoniosa y serena como un canto griego. Su gesto no es de vulgar malhumor y hay en él cierto desganado olímpico.

GUSTAVO CARABALLO. —Un poco impalpable con una inconsutilidad de rima. Es poeta en todo, lírico y pastoril en el aspecto. Diría para expresar del todo la sensación que me produce, que a Caraballo podría ponerle música Carlos López Buchardo.



Gustavo Caraballo

F. A. BARROETAVERÑA. — ¡Caramba!... yo no se... además mi abuelita está en la estancia...



F. A. Barroetaveña

maron parte en el certamen sudamericano realizado en Buenos Aires con motivo del centenario de la Independencia argentina.

Columba ha captado, con acertada precisión y aguda comicidad, la hechura física, bella o poco favorecida, así como los movimientos característicos de las personas dibujadas, logrando presentar a los tipos con notables efectos de travesura gráfica que ponen una vez más de relieve las aptitudes inspiradas del artista

LAS GUERRAS CABALLERESCAS

Un historiador ginebrino que ha hecho un vasto estudio sobre los "Residentes deportados" halla en el "Ami des Lois" del 11 de fructidor del año VI, la breve nota siguiente, concerniente a dos prisioneros de guerra ingleses en Francia:

"El Directorio ejecutivo, correspondiendo a referencias del ministro de marina sobre el estado de salud del mayor general Cootes y del mayor England, ambos prisioneros de guerra y sobre la necesidad que tienen de respirar el aire natal, ha resuelto, el 5 de fructidor, año VI, (22 de agosto de 1798), que el mayor general Cootes y el mayor England, oficiales ingleses, prisioneros de guerra, estén facultados para volver bajo su palabra a Inglaterra y para permanecer en ella durante tres meses, con objeto de restablecer su salud; que, expirado ese tiempo, los dichos oficiales Cootes et England estarán obligados a volver a Francia y a constituirse de nuevo en prisioneros, y que la presente disposición no puede ni debe ser considerada como un canje, ni aun provisorio".

Esta cortesía proviene de la misma altura moral de aquella exclamación:

—Tirad primero, señores ingleses!

No todos los pueblos, por desgracia, se han creído en el deber de mantener la guerra en ese estado de progreso moral que, en medio de las pruebas rudas y sufrimientos inherentes le imprimía siquiera el sello de la dignidad humana.

Entre esos pueblos que ya no sólo han regresado a la barbarie sino, lo que parece imposible, a la crueldad de las bestias, en lo que atañe a su conducta para con los prisioneros, hállase actualmente Alemania. Se ha tenido ocasión de escuchar de labios de internados enfermos actualmente en Suiza, relatos verdaderamente atroces.

Tanto más triste es considerar este regreso a la terocidad inhumana, cuanto la caballería en la guerra tiene ejemplos hasta en la historia antigua, y lógico sería suponerla inseparable de ese estado en la vida de los pueblos que entendemos hoy por "civilización".

LOS SABADOS DE "LA NOTA"

En la comida que a los colaboradores asiduos de LA NOTA, con motivo del aniversario de la revista, ofreció su director, el emir Arslan, éste tuvo una iniciativa que ha comenzado a realizarse con el mejor de los éxitos. Se trataba de fijar un día de la semana,

el sábado, de 4 a 7 de la tarde, para reunir a los escritores en nuestro nuevo local de la calle Florida: reunión literaria, de charla instructiva que contribuyera a vincular a la familia intelectual, tan dispersa y desunida en nuestro ambiente. Con esta iniciativa LA NOTA sería consecuente en los propósitos de cultura argentina que sus páginas y su propaganda persiguen con el favor creciente del público ilustrado.

El sábado pasado, así, tuvimos la grata satisfacción de recibir en nuestras salas a muchos intelectuales que han respondido a la idea.

LA PREVISION NOTABLE DE GALLIENI

"En diciembre de 1911—leemos en los "Anales"— M. P. B. Gheusi pasaba una velada con el general Gallieni, quien, de manera verdaderamente profética, anunciaba las batallas de agosto, el gran restablecimiento del Marne, el papel del campo atrincherado de París."

En el mismo número de los "Anales", M. Gheusi publica extractos del artículo escrito después de esa conversación y aparecido el 1.º de febrero de 1912 en la "Nouvelle Revue". Helos aquí:

"Tenemos la guerra. Inglaterra está con nosotros. Rusia, que tal vez no pueda traernos una ayuda sino tardía, alumbra también nuestro porvenir, aconsejándonos no nos acobardemos si la suerte de los primeros combates nos es adversa. Una gigantesca línea de batalla hará frente al enemigo, desde Dunkerque hasta Belfort: "pues la neutralidad de Bélgica será seguramente violada por los alemanes".

Se dejará al enemigo empeñarse en la dirección del campo de Chalons sostenido por esa casamata formidable que será el campo atrincherado de París, y los alemanes, aventurados en ese atoladero, no escaparán, antes de una semana, a una derrota".

He ahí exactamente previsto y predicho el plan estratégico pensado por Joffre el día siguiente de Charleroi, y que, con la ayuda de Gallieni, de Foch y de Castelnau, realizó del 7 al 13 de septiembre de 1914

"LES CADEAUX DE NOEL" EN MONTEVIDEO

El doctor Gramajo está indignado contra la República Oriental del Uruguay. Este país ha desconsiderado una resolución de su intendencia y el traspic diplomático de permitir que en el teatro Solís se represente "Les cadeaux de Noel". Ha demostrado también una notoria ausencia de educación nacional recibiendo dignamente al autor de la música de tamaña fechoría. El público de Montevideo ha caído en los mismos excesos e inconveniencias. Ha aplaudido con delirio la partitura, lo cual implica una verdadera ofensa al doctor Gramajo, que la ha juzgado sin oír. Ha experimentado una gran emoción estética, emoción que había él prohibido al público porteño, por razones de neutralidad.

Lo que ha extrañado es que no haya gestionado ante el gobierno de la vecina república, una medida análoga a la suya, aunque se dice que ha solicitado inútilmente ante el doctor Murature que el ministerio de relaciones exteriores hiciera las gestiones pertinentes.

La Nota

DIRECCION Y
ADMINISTRACION
FLORIDA 529
UT. 804 AVENIDA

Revista
Semanal

DIRECTOR
EMIR
EMIN
ADSLA N.

Caricaturista
COLUMBA



Jefe de Redacción
Dr. CARLOS ALBERTO LEUMANN

La responsabilidad de los artículos es exclusivamente de sus autores.
"LA NOTA" no prestará ninguna atención a las comunicaciones o artículos anónimos.
Los originales no se devuelven.

SUBSCRIPCION
EN TODA LA REPUBLICA } Por 6 meses..... \$ % 5.-
 } Por un año..... " 10.-
 } Número suelto 20 centavos
Para el exterior las suscripciones se cobrarán a oro

CRÓNICA FANTÁSTICA



UNA atmósfera de misterio se ha difundido sutilmente sobre la vida del país.

Sería difícil hallar en la historia del mundo una equivalencia de la actualidad política argentina, colmada por la invisible y silenciosa personalidad del presidente electo de la República. Flota en el aire una inquietud semejante a la que infundían a los antiguos pueblos del Asia los signos raros sorprendidos por los astrólogos en la nocturna profundidad de los cielos. Es verdad que un astrólogo de Córdoba asegura que habrá una conjunción del sol y de la luna, para el 12 de octubre. Si se piensa en tan extraña coincidencia, si se reflexiona que don Hipólito Irigoyen, proclamado Júpiter, proclamado sol, ha surgido de su propio misterio, y que don Pelagio, la luna, sobreviene inusitado y desconocido,—sin que nadie acierte a comprender las razones de su elección,—motivo hay en demasía para preguntarse si los caldeos, hace 6.000 años, no procedían juiciosamente consultando los astros para barruntar su influencia sobre las cosas de los hombres. Y también de preguntarse si, para mal o para bien de nuestros destinos, los planetas habrán influido sobre nosotros para obligarnos, contra nuestra propia

voluntad interior, a elegir como gobernadores del país a esos dos hombres tan indescifrables el uno como el otro. Es lo cierto que el pueblo comienza a sufrir el efecto impalpable de las influencias celestes. En una procesión que hizo el 30 de julio pasado, atacó a la multitud una especie de frenesí: empezó a gritar, en coro, como estríbillo repetido por millares de voces durante muchas horas, a compás de un ritmo jadeante:

"Viva el sol
y la luna."

¿Qué ocurrirá el 12 de octubre y en los días siguientes? En la expectativa general hay una curiosidad semejante a la que despierta la proximidad de un eclipse; acaso porque corre el rumor de que el sol piensa renunciar y dejar a la pacífica luna reinar sola, bajo su influencia oculta.

A medida que se acerca el día trágico, la personalidad de don Hipólito adquiere una significación más etérea. Es preciso un poderoso esfuerzo mental para imaginarlo una realidad viviente. Su naturaleza invisible sugiere más bien una noción parecida a la del "noumenon" de Kant. Va entrando en los dominios de la razón pura y de las ideas "a priori".

La Nota

Ya no se lo puede pensar sino idealmente o con la intuición. Comienza a desvanecerse como fenómeno y se va agigantando como hombre símbolo, como realidad puramente subjetiva. Su aspecto físico es un recuerdo remoto, como cosa de otra vida. Alguien que lo viera de pronto, en una calle, en una plaza, se creería víctima de una alucinación; se echaría a correr despavorido. Alguien que oyera su voz, temblaría como si escuchara hablar a un aparecido. Hay quienes abrigan la vaga presunción de que ya no vive una existencia concreta y de que su casa de la calle Brasil se halla deshabitada.

No es extraño, así, que vuelen las más estrafalarias y antojadizas versiones sobre sus proyectos de gobierno. No importa que nadie le haya visto ni oído desde hace mucho tiempo; los propósitos que se le atribuyen se multiplican de una manera inusitada. Si todos los rumores que nacen al respecto reflejaran sus designios en realidad inescrutables, acaso para siempre inescrutables, el aspecto moral y material de la República estaría en visperas de las más originales transformaciones y vendría a ser un país fantástico y un objeto de estudio para todos los sociólogos del mundo. Y si la representación mental que provocan de nuestro país, aquellos proyectos, no llega a compararse a la imaginación que han hecho Poe, Julio Verne o Wells de la vida en la luna y en el planeta Marte, por lo menos sugiere la idea de un país que nace de nuevo y que sería, para los habitantes de otras naciones, algo tan raro como la China, el Japón o la república negra de Liberia.

Se dice, por ejemplo, que intervendrá en la vida elegante, social, artística y literaria de Buenos Aires. Cerrará las puertas del teatro Colón, considerando que sus representaciones fastuosas afrentan el principio republicano de gobierno. No todo el mundo puede abonarse a palcos y plateas ni comprender la música de Wagner. En cambio instituirá grandes espectáculos populares, y en los aniversarios de la revolución del 90 habrá representaciones oficiales del drama "Alem". Asimismo suprimirá las detestables reuniones del Hipódromo Nacional. Los caballos de Ignacio Correa, del stud Don Gonzalo, del stud Zubiaurre, y posiblemente todos los caballos

de carrera serán adquiridos para el ejército. Solo habrá, los domingos, corridas de sortijas, costumbre nacional injustamente ahuyentada por la civilización extranjera. En general procurará desterrar todas aquellas manifestaciones de sociabilidad refrendada con la sencillez democrática. No habrá más protocolo. Los embajadores que vendrán, de algunas repúblicas vecinas, para asistir a la trasmisión del mando, llevarán una impresión imborrable del acto. Don Hipólito recibirá la banda, en la plaza del Congreso, vestido con el traje de todos los días. No dirá una palabra. Tomará la banda y luego, sin dar las gracias, subirá a un coche de plaza y se dirigirá a la calle Brasil, solo. Y desde el 12 de octubre todos los funcionarios públicos, ministros, intendente, etc., viajarán del mismo modo, si no prefieren andar a caballo o a pie.

En la instrucción pública las reformas serán fundamentales. Don Hipólito piensa, se asegura, que en el país no se ha cometido crimen mayor que instituir la enseñanza laica. Se volverá a la enseñanza religiosa.

Crearé una academia literaria con la misión de enriquecer el idioma, darle más libertad de expresión, más sutileza. De esta manera todos llegaremos, con el tiempo, a comprender ciertas oraciones por ahora indescifrables de sus manifiestos cívicos.

El despacho presidencial, si no resuelve instalarlo en su casa, de todos modos se parecerá poco a los despachos presidenciales ordinarios. Se asegura que tendrá un solo secretario privado, de origen italiano y de profesión zapatero. Será intermediario entre el presidente y los ministros. Para entenderse con los embajadores extranjeros tendrá un lenguaraz.

Las oficinas públicas funcionarán con horario de ocho horas, y si es preciso se inventarán tareas especiales para ocupar el ocio de los empleados que hayan terminado sus tareas del día.

Estos son algunos de los innumerables propósitos que se le atribuyen.

Es posible que él los ignore y que aguardará, en la profundidad de su silencio, una inspiración sobre natural...

C. A. L.

nuestra rebelión permanente contra la injusticia, no es posible que, aun del otro lado de las trincheras, los socialistas no estén con nosotros para denunciar, para abatir esa cosa abominable: la obligación impuesta a todo un pueblo, a todo un proletariado de trabajar en su contra, para sus amos y para sus verdugos!"

Vandervelde termina con estas palabras:

"Se trata ahora de salvar al proletariado belga de la más horrible empresa de esclavitud que se haya jamás intentado contra él, y por eso hago llamamiento, tengo derecho a hacer un llamamiento a todos los miembros de la Internacional, a los neutrales, a los beligerantes, a los que combaten con nosotros y aun a los que combaten contra nosotros. Ante todo, a pesar de todo, son socialistas. ¿Pueden dejar de responder a lo que se les dijese un día?"

"Un hermano vertiendo sangre, cubierto de llagas, imploraba tu ayuda: tú no lo has salvado; ¡tú, pues, lo has muerto!"

¿Por qué el doctor Justo, por qué el partido socialista internacional en nuestro país no ha protestado, como lo hizo el partido socialista argentino?"



El Sainete

La crónica de teatros tiene pocos temas en verano, y a menos de lanzarse a generalidades ha de fijar su atención en las farándulas precarias que aprovechan del abandono de los escenarios.

Por razones de gusto nos cuidaremos bien de no ocuparnos nunca de una manifestación teatral que se sostiene con igual éxito durante las cuatro estaciones; nos referimos al llamado género chico español. Y si alguna vez hemos de detenernos en su estropeado producto, el sainete nacional, será en cuanto éste significa un obstáculo para el progreso de nuestro teatro.

Dentro de los moldes conocidos del sainete criollo no puede hacerse nada bueno. Si existe alguna que otra obrita de mérito, es indudable que el género le ha impedido alcanzar su máximo valor y que con los mismos elementos hubierase podido construir un buen drama o una comedia.

Decida cualquiera perder dos horas, abstráigase en la más impenetrable estolidez, y ante unas carillas en blanco propóngase una casa de vecindad cuyo dueño será un italiano, entre cuyos vecinos habrá

un judío y diversos tipos cosmopolitas, varios compadritos, un mocetón para hacer "pendant" al "pesao" del barrio y la muchacha que ha de ser el motivo por el cual se trencen ambos dos. No son menester nociones de lógica, naturalidad, ni tampoco gramaticales. A buen seguro le saldrá un sainete representable. Un amigo ocioso le hará los versitos para los cantables, y una vez aceptado el sainete un músico nacional saqueará a algún músico español, esperando obtener los cien años de perdón que promete el refrán.

Si el autor en ciernes es periodista o simplemente frecuentador de cafés vecinos a los teatros, podrá permitirse labor más aguda, y gracias al ingenio adquirido en los mentideros logrará independizarse del molde del conventillo. Hará lo que se llama una "astrakanada": alrededor de un asunto descabellado provocará una sarta de locos juegos de palabra, previo un "stock" de reserva de chistes recopilados en viejos almanaques.

Apartándose de estos dos moldes pueden hacerse, dentro del sainete, cosas más tontas aún, lo que se comprueba con asistir al desarrollo del concurso que se viene realizando en el teatro Nacional.

La empresa, formada por saineteros profesionales, organizó el negocio previendo escándalos del público que constituirían la principal atracción. La empresa misma trata de provocar los "meneos", pero no consigue siempre su objeto. El público le supera en estulticia.

Una parte de la prensa ha protestado por la poca seriedad con que tiene lugar el concurso; debió protestar porque se realizaba. Un certamen de sainetes es un atentado a la cultura.

Quizá lo haya entendido así la sociedad de autores cuando se hizo público que iba a lanzar una declaración negando todo apoyo a la empresa del Nacional. Los intereses creados por algunos socios pronto le hicieron volver sobre sus pasos. Más le valiera haberse estado quieta, pues con esa actitud equívoca se complica.

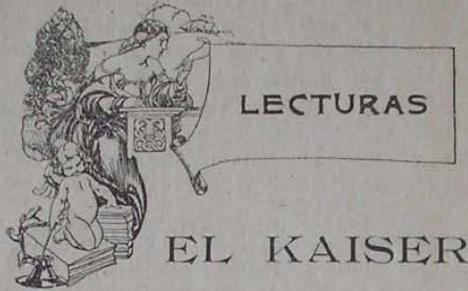
Es lamentable la iniciación de todo sainetero. Es una fuerza malograda; son brazos que pierden un oficio o la cosecha. El teatro marea y el sainetero puede creerse un intelectual. Sobre todo que nadie va a venir a hacer nada mejor que los que están.

A no ser que nuestra ceguera no nos permita prever la prosperidad de ciertas innovaciones. Así por ejemplo el señor César Viale acaba de estrenar por allí un sainete de tesis. Es un alegato más o menos en la forma de "Les avariés" de Brieux o "Espectros" de Ibsen. El señor Viale reclama con su sainetito la implantación de un reformatorio para la infancia abandonada. Sospechamos que el señor Viale no ha hecho un sainete acordándose de la niñez

desvalida, sino que ésta le ha servido para hacer un sainete. Y nos alarmamos por el contingente que amenaza agregarse al teatro local. Ningún campo más propicio para un grafomano.

En cuanto a la "tesis" sostenida, si tuviéramos la ingenuidad de discutirla, señalaríamos al autor que la eficacia de la medida propuesta es tan difícil como la de la caridad de las señoras que tan cándidamente satiriza.

E. G.



El Matoide

En la Europa actual, la palabra "kaiser" a veces se presta a la risa. Algunos meses antes de la guerra, la imaginación de los pueblos, descontando la nación alemana, le atribuía algo de misterioso, de potente y de temible a la vez. Hasta fué popular en Francia. Véase en él a un como Lohengrin moderno, encarnación de la lealtad y de una amplitud de miras, un verdadero "emperador" de la paz, así como el otro, el auténtico, el gran Bonaparte, encarnaba el genio de la guerra.

La incoherencia de sus palabras grandilocuentes y sus gestos de cómico de legua revestían un carácter inquietante. Sus discursos se sucedían y se contradecían, lo mismo que sus simpatías y sus gustos. Si sus bigotes retorcidos daban a su rostro un aire de decisión y de energía, sus ojos soñadores que, de pronto, se detenían con una fijeza turbadora sobre el interlocutor, su charla a menudo insípida y casi siempre nerviosa, la rapidez con que cambiaba de tema desconcertaban profundamente a quienes se acercaban a él. Cuando se tenía el valor de mirar al hombre detrás del soberano, parecía poco normal, sino desequilibrado. Un embajador, que no había sido engañado por sus pretensiones de demiurgo, me dijo un día que Guillermo le recordaba uno de aquellos arlequines que inauguraban solemnemente las diversiones de Venecia...

Aconteció, en cierto momento, que se publicara una colección de los discursos de Guillermo II. La contradicción y la incoherencia en ellos flagrantes impresionaron hondamente a los especialistas en las enfermedades mentales.

Hacia esa época me encontraba de paso por Turin. En una conversación con César Lombroso, éste me dió a conocer su opinión sobre el emperador alemán. Para el célebre fundador de la antropología criminal, Guillermo II no era más que un matoide (1) caracte-

(1) — La voz *Matoide* quiere decir semi-loco o semi-criminal. Proviene de un modo directo de la palabra italiana: *matto* é indirectamente de la palabra griega *Mate* que significa en Esquilo: cosa vana y en Sófole (*fragmento 788*): imbecilidad, locura.

rizado. Hasta quedamos convenidos para publicar, en colaboración, un estudio psiquiátrico del soberano, cuyos accesos de verbomanía y de megalomanía, sobreexcitados por una enfermedad hereditaria no dejaban de preocupar a los psicólogos. Después, de común acuerdo, renunciemos a escribir un artículo de ese género, por razones de oportunidad política.

Me ha sido difícil, sin embargo, librarme de esa pesadilla de un matoide coronado, cuyos caprichos dirigían el mundo. Yo temblaba por la paz internacional, ese tesoro el más sagrado de la humanidad, confiado a una conciencia tan frágil. Con la impresionalidad de un destornillado razonante y delirante, el emperador Guillermo era capaz de todo, y hasta, yo lo admitía de buen grado, de una acción buena y grande. Nada en él me sorprendía, ni siquiera su Dios extraño, a quien invocaba como a una especie de empleado inferior a quien incumbía legalizar los desbordes de sus palabras y de sus gestos irreflexivos. En su mentalidad turbada, parecía realmente convencido de que el verdadero Dios, el Dios de la misericordia y del amor al prójimo, le había confiado la tarea de reinar sobre Alemania, y que los Hohenzollern provenían de-rechito del divino muslo.

Es en su nombre que se complacía en hablar de la paz...

Pero es también como portavoz de Dios Padre que blandía su espada. El emperador de Alemania y Tata Dios de ese modo acoplados, Guillermo se creía invencible. Su audacia de estos últimos tiempos nada tiene de sorprendente. Ni Europa ni el mundo entero coaligados contra él lo habían preocupado mayormente. ¿No contaba de su lado con la protección divina? Equivocadamente se creía en un acceso súbito de locura donde sólo se trataba de una manifestación nueva de esa enfermedad lenta y continua que minaba al emperador. En realidad la historia de su reinado no es más que una sucesión de pensamientos y de actos delirantes. Por una fuerza de inercia que legó el reinado precedente, y sobre todo merced a las cualidades de labor y de perseverancia de la nación alemana, ésta no naufragó, malgrado y contra el emperador y su camarilla. Ha podido así soportar los excesos de los armamentos y todas sus locuras, incluso la de su prestigio.

Todo se podría en torno del emperador, enfermo también él. Las viejas virtudes alemanas, la integridad y la independencia de sus jueces, la moralidad y el recato de sus habitantes desaparecían a vista de ojos... Ciertos procesos escandalosos hacían estallar esa decadencia bajo la forma de puntitos inquietantes como los que se descubren sobre frutas selectas destinadas a ser invadidas por una enfermedad asoladora e implacable. A semejanza de su amo, Alemania se ha vuelto inestable e inconsecuente. Su comercio y su industria de las más modernas se han injertado sobre vestigios de un pasado viejo de una decena de siglos. La brutalidad y la supremacía de un militarismo desbordante aniquilan la dignidad y paralizaban la vida de las clases laboriosas que constituían la riqueza y el genio alemanes. Detrás de una fachada brillante, todo se desmoronaba.

El emperador movía la barra del timón con violencia ya a un lado ya a otro lado. Unas veces era del siglo veinte, del siglo diez otras veces. Su moral privada y pública era desconcertante. Ese caballero supremo de la virtud perpetraba actos dudosos y reprehensibles.

Un ejemplo típico entre mil enseña de lo que era

UN GESTO



CONOCES a Antonio Alice. Sabes que es uno de los pintores más enérgicos y más profundos que posee la República Argentina. Surgido, como yo, del mismo corazón de la plebe, él ha sabido remontarse sobre las medianías. El ha sabido imponer, con altivez, sus credos de belleza. Cada una de sus obras conquista en el extranjero premios y admiraciones. En Europa se ha impuesto. En el Salón de París obtuvo la medalla de plata. En la última Exposición de San Francisco de California, fué el único pintor argentino que venció el gran premio de honor, la gran medalla de oro... Su cuadro famoso "La muerte de Güenes", fué adquirido por el gobierno de Salta, merced a la admirativa intervención del grande y exquisito espíritu de Joaquín V. González...

Pues bien: Antonio Alice quiso pintar un cuadro digno de su patriotismo. Eligió para ello la figura tempestuosa y brillante del general San Martín. Otro artista menos psicólogo que Alice, hubiera pintado un San Martín de teatro. Hubiérale puesto sobre las cuatro patas de una mesa esquina. Hubiérale obligado a mantener el brazo en línea horizontal, señalando las cumbres envejecidas por la nieve...

Alice hizo algo más nuevo y más hermoso. Se fué a Boulogne-sur-Mer. Vivió allí tres años. Consagróse a estudiar el cielo, las nubes, los pájaros, las olas, la tristeza y la soledad donde el sublime mago de la independencia americana sollozó, en silencio, — como el gran Artigas en el Paraguay, — los últimos dolores de la ingratitud de sus contemporáneos...

De sus meditaciones con la naturaleza, Alice extrajo el asunto de su cuadro. Colocó a San Martín, erguido como un asta de bandera, sobre las rocas, a orillas del mar. Y lo alzó, envuelto en una capa que simula ser el ala de un cóndor. Y le plasmó escarbando el horizonte con los ojos. Al parecer, sus ojos sólo ven dos albatros que vuelan como un símbolo. Pero, observando a fondo el cuadro, advínase que San Martín está viendo con el espíritu, la trágica silueta de su patria lontana...

Tres años de labor empleó Alice en su tela. Y San Martín surgió por fin, tal como debiera surgir siempre en la imaginación de sus compatriotas. Alto. Sereno. Romántico. Civil. Solemne... Solemne como esas lecciones de civismo que el luminoso Mitre daba a las muchedumbres cuando se paseaba por las calles de su gloria, simplemente ves-

tido de paisano. Simplemente. Sin trajes carnavalescos de general de Offembach...

Bueno.

Alice ha traído su magnífico cuadro a Buenos Aires. Es de grandes dimensiones. Por su mérito y por su tamaño sólo tiene cabida en un Congreso o en algún museo. Para contemplarlo, nuestras pupilas necesitan siete metros de espacio. Tal cuadro ha exigido al artista no sólo el empleo de todas sus facultades, sino también el gasto de todos sus ahorros. Alice actualmente me hace el efecto de aquel hombre que con un billete de un millón de dollars, tuvo que morirse de hambre porque nadie quería convertirselo.

A pesar de eso, Alice no quiere vender su cuadro si el comprador no es argentino. Hoy, en el Hotel de los Pocitos, un norteamericano que ha estado en Buenos Aires, Mister John O'Neill, — hijo de irlandeses, — me dijo:

—“Yo he querido comprar el cuadro de San Martín, de Alice, para llevarlo a Chicago. Es muy hermoso”.

—“¿Y por qué no lo compró?”

—“Lea Vd...”

Me entregó una breve carta de Alice, que copié textualmente para refrescar con ella el corazón de muchos argentinos. Leí. Leed:

—“Siento mucho, señor, no poder aceptar su gentil ofrecimiento. Pero mi San Martín lo hice para mi patria y no quiero que él vaya a ningún otro país que no sea el mio. Si en la Argentina nadie me lo compra, no lo venderé. Y si me muero de hambre, la tela ha de servirme de mortaja. Esto no quiere decir que deje sin agradecimiento la noble acción de Vd.”

Tal es el gesto de que te hablé al principio. Sé que ofenderé la modestia de Alice contando este secreto que él habrá revelado solamente a los íntimos. Pero, he pedido autorización a Mr. O'Neill, para contártelo... ¿No cree el “Jockey Club” que ya la raza caballar tiene bastante protección? ¿No cree el Congreso que ya tenemos bastantes “viudas del Paraguay”? ¿No cree que los pintores...?

JUAN JOSÉ DE SOIZA REILLY.

Montevideo, enero 24 de 1917.





Nuestros literatos

Un lector nos remite la carta siguiente:

“Señor Director:

Como confirmación de su eco “Modos de honrar a los literatos”, aparecido en el último número de “La Nota”, creo deber mío informar a usted que he asistido desde la barra a la sesión del senado cuando fué votada la pensión de Almafuerde.

El senador Joaquín V. González acababa de pronunciar el magistral discurso conocido sobre el poeta y la poesía, reclamando se duplicara la pensión pedida de 200 pesos, cuando con general estupefacción se oyó que el senador Esteves, miembro informante de las peticiones, exclamaba:

—Doscientos pesos es suficiente para un “pródigo”.

Así califica un legislador al más grande poeta de nuestra patria, que fué también durante muchos años un educador.”

Un buen punto

Decididamente, con paciencia todo se alcanza...

El doctor Zeballos se vuelve modesto. En el último número de su revista, no habla de él más que una sola vez... He ahí por qué se merece un buen punto... con tal de que eso dure...

Los anuarios de “La Razón”

Nuestro colega de la tarde “La Razón”, ha ideado brindar a sus numerosos lectores un nuevo elemento informativo de gran importancia. Tal es un anuario que, como su nombre lo indica, recuenta el movimiento político, social, industrial y artístico del año transcurrido, y sea además libro de instrucciones para los diversos ramos de la actividad.

Esto ha hecho el estimado colega con su álbum correspondiente al año 1916, primer volumen de la serie de sus anuarios, a juzgar por el cual cabe afirmar que han de ser ellos de gran utilidad práctica y general, por lo que el estimado colega se granjeará nuevas y merecidas simpatías.

Tolstoy juzgando al kaiser

Mad. Kuzmensky, cuñada de Tolstoy, a la que éste pintara en su célebre novela “La Guerra y la paz” bajo los rasgos de Natacha, finaliza su interesante artículo sobre “Tolstoy y la guerra”, inserto en “La Revue”, con un diálogo sostenido entre el gran novelista y un periodista magiar.

VEANSE LAS CARICATURAS QUE APARECEN EN LAS PAGINAS DE AVISOS

“En agosto de 1905—refiere la cronista—en Isnala Pollana, llegó un Juño magiar, Cherany, corresponsal de no sé ya qué diario. Sin preámbulos, desca-radamente, expone a Tolstoy el objeto de su visita. Le hace preguntas preparadas y numeradas de antemano.

Tolstoy le dice:

—Nada me interesan esas cuestiones. Soy ya muy viejo y carezco de un espíritu suficientemente ligero para responder a ninguna pregunta, y, por lo demás, no tengo derecho alguno para hacerlo.

Cherany no se dió por derrotado e insistió para sacar algo de Tolstoy.

—Pero de Guillermo ¿qué me dice usted? ¿Genial, verdad?—preguntó aun.

—Es un gran zonzo y además un imprudente.—respondió sin vacilar Tolstoy.

Cherany permaneció de pronto estupefacto ante esa respuesta que estaba lejos de esperar; luego insinuó el elogio de Guillermo y habló del mal que podía hacer a Rusia.

—Ese loco no puede hacer nada contra el pueblo ruso. Lo que hace no tiene ninguna influencia en el pueblo ruso—le respondió tranquilamente Tolstoy.”

Progresos de la cinematografía nacional

El arte de hacer películas ha marcado en nuestro país una ostensible evolución, hasta el punto de que las más recientes pueden competir con muchas de las extranjeras, cuyas copias tenían abarrotada la plaza.

Los novecientos biógrafos instalados en la República, de funcionamiento regular, se disputan los films de fabricación argentina, ya sea porque ellos reflejan en un modo o en otro diversos aspectos de la vida nacional o porque en realidad, como hemos apuntado, no desmerecen en nada a los de confección europea y americana.

En la presente temporada, a estar a los anuncios publicados por la prensa diaria, se estrenarán interesantísimas películas hechas en el país, bajo la dirección de autores y técnicos conocidos. Una de ellas y que seguramente llamará la atención general, tanto por su interesante argumento dramático como por la reconstrucción histórica que realizará de una época intensamente trágica, es “¡Federación o muerte!”, episodio de la tiranía de Rozas, evocado artística y concienzudamente por nuestro distinguido colaborador el Dr. Gustavo Caraballo, cuya reputación en las letras nacionales es bien notoria. El Dr. Caraballo ha reconstruido, con una emocionante trama, los hechos más salientes que comprenden el período luctuoso de 1829 a 1850, haciendo desfilar en la pantalla la figura sombría del tirano, de sus secuaces y de los hombres que opusieron todas sus energías a sus delesnables propósitos para salvar al país de la degradación y de la ruina.

En tal sentido son dignas de todo encomio obras como ésta, y sobre todo el hecho de que nuestros escritores contribuyan en forma tan eficiente al desarrollo de una gran industria como lo es la del cinematógrafo, que día a día señala nuevos progresos en el campo de la actividad nacional.



Teatros

LA SEMANA TEATRAL

"El corazón de la selva". — "Tarjetas de pésame".
— "La rival de la Barrientos".

Dominado por una vocación irresistible, que se complace en proclamar, el señor Otto Miguel Cione se entrega al virtuosísimo del drama por el dra-

biente que el dramaturgo hubiera recogido para plasmar en su obra.

Sobran en esta llamada tragedia—que para serlo carece de armonía y equilibrio—elementos dramáticos, más artificiosos que reales, y ese exceso de situaciones de inusitada violencia no tropieza jamás con momentos de relativa serenidad, con pasajes donde aligerara la alta tensión del ánimo del público una nota tierna, risueña o pintoresca. Además



Teatro Nuevo.—Apuntes de la "tragedia pasional" del señor Otto Miguel Cione, "El corazón de la selva".

ma. Acumula elementos destinados a producir el escalofrío, y los arroja al escenario, donde el frenesí de intérpretes intuitivos ha de colaborar con el dramaturgo para obtener una sensación trágica paroxismal. Es el caso de "El corazón de la selva", —obra en tres actos estrenada en el Nuevo—que se llamó primero "tragedia bárbara" y luego "tragedia pasional", y no es sino un rudo melodrama que tiene por asunto un episodio de amor salvaje, donde florece el instinto, desnudo, en todas sus ásperas manifestaciones, para sustentar, débilmente, un amago de símbolo, que no sólo no deja ver claro tal tejido de inútiles desbordes, sino que carece de fuerza de convicción, porque no es una verdad am-

todo es en la obra sonora exterioridad, ruido retórico, simulacro sin nervio de las pasiones humanas. Y es sabido que la obra de arte que no tenga raíz en la verdad de la vida, no podrá cumplir nunca su destino propulsor de la emoción, y lleva en sí el germen de su muerte a plazo fijo.

"Tarjetas de pésame" es una amable y breve comedia de don Alfredo Duhau, autor que se distingue por la persistencia en la seriedad de sus procedimientos. Su estilo, un poco satírico y un tanto sentimental se expande ligeramente, como es lógi-

co en autor para quien es norma el "glissez, n'appuyez pas", en obras que resultan algo inconsistentes a la mayoría popular, habituada al rasgo grueso, la pincelada de brocha gorda, el efecto teatral de quienes cuentan y especulan con los sentimientos del público su gusto vulgar, sobre todo, primer factor que considera el autor de oficio.

En el nuevo trabajo del autor de "La dote"—dado a conocer en el Buenos Aires,—una pieza de ambiente, de fábula muy simple, que deja lugar, en la pintura acertada de los tipos y en los diálogos a los puntos de ironía en que el señor Duhau

pulados, le exigen, indispensablemente, prestarles aspectos de novedad, o un relieve y emoción que la compense.

No es que el tema escogido no tenga interés para el público como se ha repetido, sino que el autor se ha limitado a llevar a escena fragmentos de sus celebrados artículos festivos, sin mayor preocupación del "métier" y menos de originalidad y carácter en su obra.

Una casa de pensión bien observada en todo lo que puede tener de pintoresco y típico del ambiente por la afluencia de individuos cosmopolitas, es



Apuntes de la comedia de Alfredo Duhau, "Las tarjetas de pésame", representada en el Teatro Buenos Aires

se complace para con ciertos hábitos comunes de las familias de nuestra clase media. Escenas pintorescas y alguna nota sentimental se unen para dejar agradablemente impresionado el ánimo del espectador.

interesante; un escenario de teatro en momentos de la función, con los incidentes posibles de entretelones y camarines, presta material para escenas regocijantes, sentimentales o dramáticas de positiva eficacia; la pintura de un interior de casa de familia en derrota, y la descripción de los últimos momentos y la muerte de una pobre niña ilusa, pueden colmar de melancólica poesía el espíritu del público.

Don Julio F. Escobar, autor de "La rival de la Barrientos", comedia en tres actos estrenada en el San Martín, parece que se esforzara en demostrar su falta de cualidades para el teatro.

Tales son los elementos con que contaba y no ha sabido aprovechar el autor de "La muerte de un vivo". La pieza, forzosamente, ha caído a las cuatro representaciones.

Porque, contando con buenos elementos, los malogra de manera irremediable debido a su obstinación en presentar lo que ve, la realidad ambiente, de una manera fotográfica, sin prestarle calor, verdad, vida. No recuerda que el arte no es, sino,—conforme a la corriente y más justa definición,—la vida vista a través de un temperamento. Objetiva demasiado, y no presta personalidad a los materiales que emplea, y que, por conocidos y mani-

ÉVAR MENDEZ.

Dibujos por Columba



La Nota

Revista Semanal

DIRECTOR
EMIR EMIN ARSLAN



Dirección y Administración
FLORIDA 529
Unión Tel. 804, Aven.

La responsabilidad de los artículos es exclusivamente de sus autores.
"LA NOTA" no prestará ninguna atención a las comunicaciones o artículos anónimos.
Los originales no se devuelven.

SUBSCRIPCIÓN
EN TODA LA REPÚBLICA { Por 6 meses..... \$ % 5.-
Por un año..... \$ 10.-
Número suelto 20 centavos
Para el exterior las suscripciones se cobrarán a oro

La Argentina y la guerra



A República Argentina, desde hace tres años, se esfuerza en mantener una neutralidad tan estricta y tan severa, al punto de sugerir, en ciertos medios, la suposición de que, en el fondo, es más bien germanófila... El diario alemán que se publica aquí, se vió obligado a reconocer, a pesar suyo, esta inquebrantable neutralidad... Ahora bien, para que un alemán se rinda a la evidencia, es necesario que ésta salte a sus ojos en forma detonante.

Los alemanes, en vez de quedar agradecidos al país por actitud tan bondadosa hacia ellos; en lugar de corresponder con un respeto especial por la bandera argentina, que les asegura tan amplia y noble hospitalidad;—no han retrocedido ante la tentación de torpedear un pequeño velero sin la menor consideración por el pabellón nacional.

Se han portado peor que los salteadores de caminos y que los piratas, pues, estos, respetan, a lo menos, a sus amigos o sus conocidos. Los alemanes, no.

Por otra parte, no debe olvidarse que los alemanes sólo pretenden bloquear a Inglaterra y a sus aliados. Ahora bien, el velero argentino no se dirigía a Inglaterra o a puertos aliados; iba consignado a Holanda, país neutral como la misma Argentina; y bien sabe Dios cuanto han podido aprovechar los alemanes de su vecindad con Holanda!

Sin embargo, hay todavía ciertos neutralistas empedernidos, quienes pretenden que no siendo argentinos los tripulantes de la barca, podría limitarse a

exigir una reparación por el insulto a la bandera... Sea! Pero, ¿puede admitirse que si el submarino alemán hubiese sabido que la tripulación era argentina, se habría abstenido de echar a pique el velero...? ¡Imposible! ya que la bandera estaba izada en el palo mayor, circunstancia que debió hacerles suponer que la tripulación respondía a la bandera.

Pero, el problema más inquietante que aparece, es este: ¿La República Argentina puede permanecer neutral sobre todo después de que los Estados Unidos, el Brasil, Cuba, y Bolivia han roto sus relaciones con Alemania?

Resaltantes personajes del país, como Leopoldo Lugones, en "La Nación"; el doctor Drago, Antonio F. Piñero, en varios reportajes, y otros, han declarado que la neutralidad era imposible para la Argentina. Los diarios de tradición y de responsabilidad, lo han sostenido con argumentos irrefutables; y el pueblo argentino—idealista, a pesar de todo—se ha levantado pasionalmente hasta la altura de la situación.

Sobrevienen en la vida de los hombres y de las naciones, oportunidades que si no se sabe asirlas no se las tendrá nunca. La Argentina se encuentra actualmente en un recodo de su historia. Más aún, creo que, después de su independencia no se ha encontrado nunca en una situación ni tan delicada, ni tan complicada, ni tan peligrosa como ésta para su porvenir. El más leve error, la falta más ligera, en este momento los pagaría muy caro el país y por mucho tiempo.

En los otros países, aún en los monárquicos, cuando se presenta semejante problema, el jefe de estado no se contenta con acuerdos de ministros, ni con el voto del Parlamento; sino que reúne lo que se denomina un Consejo de Notables—o de la Corona—en el que todos los hombres que han desempeñado un rol preponderante en el manejo del gobierno, son invitados para deliberar y proponer la solución que cada cual considera salvadora de la situación.

Como se sabe, el presidente Wilson convocó, extraordinariamente al Parlamento; y no tuvo desmedro en consultar a la misma Suprema Corte, para decirles: "No obstante la constitución, que me acuerda el derecho de tomar ciertas decisiones internacionales, yo no quiero asumir, por mi mismo, tan grande responsabilidad ante el país y ante la Historia, y así vengo a consultar vuestra opinión..."

He aquí, porque admiro la serenidad del Presidente Irigoyen, quien, huérfano de ministro de relaciones exteriores, y durante el receso de las cá-

maras, arriesga por sí solo, tan terrible responsabilidad.

Podriase objetar: "¿Con qué fundamento iríamos nosotros a la guerra sin razones y sin provocaciones?"

A esto, responderé con una sola palabra: "La razón de Estado prima sobre las demás"—y aquí es el caso de repetir el epigrafe de Lugones: La neutralidad es imposible.

La enorme refriega es actualmente una lucha de la civilización contra la barbarie; y, como lo ha dicho el presidente Wilson en su inmortal mensaje, es en el fondo la lucha de la democracia contra el absolutismo. Por eso solo, el viejo y el nuevo mundo quedan ligados en esta brega gigantesca; y el pueblo argentino ya ha demostrado, ayer, con sus imponentes manifestaciones patrióticas que reclama su puesto en esta guerra definitiva, digna de su pasado y de las esperanzas de su porvenir.

EMIR EMIN ARSLÁN.

INSOMNIO DEL COSMOS

(De la canción del insomnio)

Yo pregunto:
algo duerme, filósofo, en el mundo?
Nada duerme, contesta entristecido.
En perpetuo moverse todo el Cosmos
en un amor inextinguible vive,
en las fragancias de las espesuras,
con notas de zampoñas y pasiones
de zagalas, con rocios fecundos,
con el oro del sol, en la alegría
de la aurora, sonante por los pios
apurados del nido, en el efluvio
de los pastos... a un tiempo las bandadas
bulliciosas ocultan su connubio
por el azul! así transeurre el día,
luminoso y despierto en la solerte
brega, que da la flor, la sombra, el fruto
sabroso, hasta que va tras de los montes,
vive en la angustia de la despedida,
en el dondoneo de las campanas
del Angelus... La noche abre sus alas,
recibe las esquilas melancólicas
en su agitado seno. No descansa
el germinar profundo... Son los árboles
que besan a los árboles, las savias
ébrías de ardientes nupcias al cuajarse
en las savias vecinas, en las cúpulas
hilarantes, sedientas de delcites,

fértiles fuerzas en la obra divina
del ininterrumpido formidable
fructificar del Cosmos ;Oh noctámbulo!
tú crees que por la noche el bosque duerme?
Hay lujuria de pólenes, festines
de arcanas bacanales; hay calor
de prolíficos besos. Todo vela
en la maraña puerpera, en los celos
de las selvas, oliendo a saciados
sexos las lágrimas de mirras. Brillan
en la rama del árbol, en las linfas
de la entraña del humus, sobre el césped
como topacios. Se oyen sinfonías
en el nocturno silencio, en la tiniebla
de la selva salvaje... Son bullicios
largos, confusos de voces innumeradas
un trinar de pasiones, saltos, vuelos
entre las arboledas, en las vírgenes
maniguas, anunciando los fervores
de la sangre ardorosa y van diciendo
también la brevedad de la existencia
de esos alegres niños de los bosques
sanos, impetuosos, juguetones
embriagados de amor, incinerados
por tanto juego juvenil, murientes
primaveras... No llegan al otoño
que agarra con tristezas a la fauna
grave y feroz... Pasea indolentemente
harta de carne, de lujurias, harta

La Nota

Revista Semanal



DIRECTOR
EMIR EMIN ARSLAN

Dirección y Administración
FLORIDA 529
Unión Tel. 804, Aven.

La responsabilidad de los artículos es exclusivamente de sus autores.
"LA NOTA" no prestará ninguna atención a las comunicaciones o artículos anónimos.
Los originales no se devuelven.

SUBSCRIPCIÓN
EN TODA LA REPÚBLICA { Por 6 meses..... \$ 5.—
Por un año » 10.—
Número suelto 20 centavos
Para el exterior las suscripciones se cobrarán a oro

NOTAS SOBRE LA GUERRA

Lo hundimiento del Monte Protegido por los piratas alemanes ha provocado en el país una serie de manifestaciones que no revelan solo una reacción natural del patriotismo, sino la expresión de sentimientos que, por largo tiempo contenidos, debían estallar apenas una circunstancia, por lo demás esperada, acabara de decidir a los tímidos, forzara a determinarse a los indiferentes o desvaneciera las últimas ilusiones de los que no advierten la más notoria realidad sino cuando ésta asume las formas más brutales del hecho inmediato.

Este atentado nos indigna como argentinos, porque es un insulto a nuestro derecho; y nos indigna como hombres, porque es un crimen. Las manifestaciones clamorosas en que el nombre de nuestro país se une al nombre de los países que combaten por la libertad y la justicia, demuestran que la conciencia nacional y la conciencia humana no forman ya, entre nosotros, sino una sola conciencia vibrante.

La formación de este sentimiento público ha sido lenta. Se puede decir que ha sido la obra de Alemania.

Se ha requerido, en efecto, el largo espectáculo de barbarie que nos ha dado el imperio teutónico, la frecuencia creciente y el carácter cada vez más

abominable de sus exacciones, para que la evidencia de su iniquidad penetrara hasta las capas más profundas y menos iluminadas del espíritu público. ¿Qué es, en esta guerra el hundimiento del Monte Protegido? Como asesinato en alta mar es infinitamente menos horrible que el del Lusitania; como ultraje material a la bandera, conocíamos ya las escenas de Dinant; como menosprecio del derecho de los neutrales, no es menos efectivo que el atentado contra el Paraná, que acaba de decidir al Brasil. Ha sido por etapas sucesivas como el sentimiento del honor y la indignación se han ido definiendo en los neutrales, en la misma medida en que crecían la soberbia y la ferocidad de los germanos, hasta el momento en que todo ello debía cuajar en actos como la guerra norteamericana, como la ruptura brasileña, como este actual pronunciamiento de la conciencia argentina.

Alemania ha obedecido así a esa fatalidad del crimen, de no poder subsistir sino creciendo y como excediéndose continuamente a sí mismo; lógica misteriosa, que es la razón de su impotencia, pues en este frenético ejercicio del mal, llega pronto al límite extremo de lo impracticable o de lo insufrible. La historia de la guerra ilustra una vez más esta ley, que nos alienta a una concepción espiritualista de

la historia, mostrándonos la decadencia efectiva del poderío teutónico en la proporción en que se aviva la llama de su furor. Aquello empezó con la cínica violación de la libertad de Serbia y el derecho de Bélgica; continuó con las obras monstruosas del terrorismo, la destrucción por perversidad o por sistema, el incendio de Lovaina, el cañoneo de la catedral de Reims, el asesinato de los civiles, el suplicio de los prisioneros ingleses, la leyenda infame de los franco-tiradores, la traición de las rendiciones simuladas, el uso de armas prohibidas, atroces o innobles, la guerra contra la marina indefensa, que se inicia con el hundimiento del Amiral-Gantheaume, cargado de familias belgas que huían de la invasión alemana y que a poco había de dar, con el torpedeamiento del Lusitania, el siniestro marítimo más espantoso conocido desde el naufragio del Titanic.

La capacidad para el crimen parecía agotada cuando la protesta del general Botha hizo conocer el envenenamiento de los pozos y de los ríos; cuando hace menos de un año, las deportaciones en masa de franceses y belgas renovaron los horrores de la más antigua forma de la esclavitud. El decreto del 1.º de febrero, que crea las zonas prohibidas en el mar, no constituye de por sí nada nuevo, siendo sólo la consecuencia extrema, pero natural y aún necesaria de los atentados anteriores. Como concepción de la neutralidad, la doctrina no agregaba nada después del caso de Bélgica y como menosprecio de los intereses ajenos no era sino una extensión del régimen de corso homicida instaurado desde el comienzo de la guerra.

Por este encadenamiento casi mecánico de sus crímenes Alemania ha venido así a labrar su propia ruina, la ruina de su poderío y la de su honor. Porque no es sólo el desastre lo que la espera; es sobre todo la infamia. El esfuerzo de sus soldados ha sido ciertamente formidable; hay algo de portento titánico en su asalto y en su resistencia. No se puede discutir su siniestra grandeza. Mas justamente por eso resulta más abominable este esfuerzo. Nadie piensa en admirar a un ejército, cuyo mismo espíritu de sacrificio y de heroísmo se trasmuta en una energía de destrucción. El sentimiento que inspira esa fuerza es la admiración horrorizada que provoca una calamidad geológica. Y esa nación que se jac-

taba de ser la mayor potencia militar de la época no ha conocido hasta hoy más gloria que el bandolerismo de los hordas y la piratería de los corsarios.

Es la justa maldición que pesa, desde Caín, sobre la violencia inicua. Que la fuerza haya sido creada para acrecer nuestro egoísmo, para vivir a expensas del otro, para destruir, para regocijarnos en el daño, en la vergüenza o en la angustia de los demás hombres, para no seguir sino al instinto, para emanciparnos de todas las obediencias voluntarias que son la disciplina de las ciudades y los mandamientos de las religiones, tal es la moral de los bárbaros, la de Alemania, la que deja su doble huella de estrago en la ruina de las tierras violadas, en el alma de las víctimas inocentes. Que la fuerza haya sido concedida para acrecer nuestra acción social, para tornar más útil el vigor de cada uno, para hacer menos miserable la vida, para amparar al débil, para establecer la justicia y la paz, tal es la moral de los civilizados, la nuestra, el ideal que animó, en todo tiempo, a esa gran comunidad de las sociedades mediterráneas y románicas, el mismo que crea sucesivamente la cultura helénica, la filosofía estoica, la caridad cristiana, la caballería feudal, la democracia de América.

El día en que los alemanes cruzaron la frontera belga, iniciando la devastación sistemática del territorio atacaban esa civilización en lo que tiene de esencial y de permanente: la noción del derecho y el sentimiento de la simpatía. Era, desde ese instante, inevitable que la guerra — probablemente limitada en su plan primitivo a un ataque a muerte contra Francia — degenerara en un conflicto mundial. Fracasado el desígnio de "l'attaque brusquée" o sea, para llamarlo por su nombre, del asalto a traición, la guerra entraba en el territorio terrible del Tiempo, caía bajo el dominio de los sucesos, que son las cosas puestas es movimiento por las fuerzas divinas. Tarde o temprano, todos los pueblos tendrían entonces que definirse. La humanidad entera tenía que ponerse en contra de Alemania, con un acto que fuera su castigo o con una palabra que fuera su execración. El fuego encendido por los terroristas de Lovaina se extiende por toda la tierra y es la muralla de fuego tras de la cual agoniza la Fuerza de los bárbaros.

EMILIO BECHER.

La Nota

Se ha producido la última semana la segunda liquidación de valores teatrales. Como antes al Nuevo, corresponde esta al San Martín. Allá se uniformó la índole de la temporada. Aquí se trata de salvarla abandonando ambiciones poco fáciles de realizar. Nada de precios altos, el público desea teatro barato, se han dicho. Pero eso originará, sin duda, el retiro de los autores que tenían prometidas piezas de cierta importancia y que no se resignarán a ofrecerlas allí exponiendo un tanto por ciento considerable que conseguirán en teatro que coticen mejor sus localidades. Es presumible por lo tanto que ni "El mascotón" de García Velloso, ni "La conspiración del silencio" de Iglesias Paz, ni "Fray Luis Beltrán" de Giménez Pastor, se estrenen en el San Martín. Este teatro deberá recurrir por novedades a autores sin pretensiones y a representar obras traducidas.

Como estrenos sólo se han representado en la semana dos sainetes. En el Nacional puso en escena la compañía Vittono-Pomar "El Batitú", de don Alberto Sánchez, breve comedia de costumbres campesinas del Uruguay, fundamentada en un "quid-pro-quo"; con felices toques de observación, bien realizada escénicamente, en los efectos y la pintura de los tipos. En una "estancia" donde se le permite pernoctar, es tomado por el "Batitú" del pago, un gaucho cualquiera. Pero el auténtico,—paisano bravo, rebelde, poeta, cosas que le son características y de ahí su nombre—ha de aparecer para salvarlo de la persecución por haber raptado casi a pesar suyo una muchacha.

El otro sainete, "Calle Cortada", de los señores Garrido y Osés, música de A. de Bassi, fué estrenado por la compañía Muñio-Alippi en el Buenos Aires. Reproduce el mundillo pintoresco y lleno de carácter de un barrio porteño, donde se desarrolla un episodio de seducción y vuelta al hogar de una muchacha, hija de un honrado zapatero, quien, por sus anticuadas prácticas y su idea rancia del honor, es objeto de las burlas de un rival de oficio y de unos liberales rabiosos, los cuales, al fin, han de ponerse de su lado, ante el esarnio de que pretende hacerle objeto el otro zapatero, cuya hija ha de correr peor suerte. Bien observados los detalles y personajes la obrita resultó interesante.

Los carteles de los teatros grandes parecían tardar en renovarse, pero lo harán pronto. En el Nuevo se prepara "La casa de los Batallán" de don Alberto Vaccarezza y "Frente a frente" de don Alfredo Dubau. En el Argentino se nos promete "Conservatorio La Armonía", de los señores Discépolo y

De Rosa. Son tres obras en las cuales tienen confianza las empresas. Los nombres de sus autores también la merecen al público.

ÉVAR MÉNDEZ.

(Apuntes de Columba).



El mitin pro aliados

Era nuestro propósito realzar estas páginas con "La palabra de Ricardo Rojas", orientando tan altamente el movimiento espontáneo que, ¡al fin!, nos pone en condición de País—es decir: en condiciones organizadas de hombres libres y púgiles, ocurra lo que ocurra, para sostener nuestra Soberanía... Pero las limitadas columnas de esta revista semanal no pueden transcribir esa elocuente pieza de coraje y de derecho, que ya reprodujo, íntegra, "La Mañana", el mismo día en que "La Nación" entresacara los párrafos más culminantes y menos beligerantes del discurso.

Algunos de esos párrafos cercenados dicen así:

"Para elevar como hombre mi protesta por tanta barbarie, vengo a ocupar mi sitio en esta tribuna, que los organizadores del mitin y mi propia conciencia me señalaron como un deber; y traigo hasta ella mi profesión de fe sobre el deber argentino ante la condición americana que ha tomado la guerra. Duro deber por cierto, para quien, como yo, sube hasta aquí con el corazón despedazado por un dolor reciente, y arrasados los ojos por las amargas lágrimas de un llanto fraternal. Y cuando el recuerdo de esta angustia íntima quebrantó mi coraje, fué su propio recuerdo el que me alentó a sobreponerme en la congoja aquilea, pues si la tierra de la patria se santifica con la ceniza de nuestros muertos, con su recuerdo se diviniza su espíritu. Y esta ha de ser una jornada toda entera de la patria. En sus aras depongo varonilmente mi dolor para pensar en ella, no en mí. Vosotros, los que la queréis como a una madre, sois también mis hermanos. Pues debe ser ésta la ocasión en que fundemos "nuestra unión sagrada", sin diferencias de religión ni de profesiones, ni de clases, ni de partidos políticos. Tal os entrego mi ánimo purificado por la ablución de aquel llanto y por el óleo del sacrificio que es ya mi presencia. Y si yo tuviera algún agravio, alguna malquerencia personal, algún rencor, aquí públicamente los abjuraría y al enemigo absuelto le llamara, también, hermano mío. Porque esta ha de ser la fiesta de nuestra unión sagrada, pascua civil de nuestro amor, epifanía de nuestra libertad.

Cuán diferentes se mostraron otros ante la hecatombe. Como en solio de reyes asirios, miraban impávidos la tragedia, esos, los callados pontífices de la serenidad. Jóvenes en trance de extemporáneo esnobismo, del entusiasmo, porque descomponen los afeites con que se afeminan el rostro. Candidatos en perenne título de ponderados estadistas, que los muy prudentes no supieron lograr. Burgueses precavidos, hechos al

medro de la ganancia, evitaban hasta el platicar sobre la guerra, porque en los riesgos de esa indiscreción podían enflaquecer sus bolsas de mercaderes. Y a la zaga de todo eso, amontonábanse inermes los abúlicos, los amorfos, los ignorantes, los mediocres, yacientes a la soflama del incendio, como boas dormidas bajo un sol tropical. Tal esa especie de hombres, numerosa en el Plata, que no quiso advertir o confesar los peligros de esta guerra que ha rozado nuestra soberanía, pero que desde sus comienzos, antes de habernos alcanzado como nación, debió apasionar y definir a todos los argentinos, puesto que hallábanse en peligro los propios fundamentos de la civilización humana y de la independencia argentina. Aunque amnistiados ya esos compatriotas por la unión sagrada que aquí proclamamos, señalemos a quienes no tuvieron una opinión o la disimularon, los peligros de esa indiferencia que es la neutralidad de los ánimos; porque la patria exige hoy con mayor urgencia que nunca, nuestra meditación sobre sus problemas nacionales".

El final de la oración de Rojas, todo el mundo lo recuerda, con el mismo estremecimiento incoercible—especie de calofrío—que le enarca a uno la espalda cuando suenan los acordes del Himno Nacional.

"La Revista"

Saludamos a este cordial adversario con aquel buen gesto que tuvieron los arcabuceros franceses en la guerra legendaria y caballeresca: "Tirez vous, les premiers, messieurs!"

Tiraron. Y fué con carátula donde Mr. Wilson prende fuego al continente (Mister Wilson está en cuclillas con un pie en el agua y el otro en tierra, mientras Irigoyen aplaude desde un balcón de inquilinato...)

Tiraron, también, con un suelto editorial "La Marcha de los Sucesos" que puede concitarse en el párrafo que le transcribimos:

"Pero nuestra simpatía a tal conducta de los pueblos, nos obliga también para ser fieles a los grandes intereses del país a levantar nuestra protesta contra el conato de extorsión, y este es el término, que los Estados Unidos e Inglaterra han puesto en juego para obligar al gobierno argentino a que levante su prohibición de exportar el trigo, so pena de que ese gobierno embargaría el carbón, las máquinas y cuanto objeto manufacturado sabían ellos que nos eran vitales para el país".

El tiro no iba mal apuntado por cierto; pero hete aquí que Leopoldo Lugones, colaborador de "La Revista", en "La Nación" del día siguiente, lo ataja de esta manera con su artículo "El honor y el Interés": "La acertada actitud de nuestro gobierno respecto a los Estados Unidos y al Brasil, engendró desde el primer momento un comentario suspicaz que era de esperarse. Conforme a él, ese acto de buen americanismo no habría sido espontáneo, sino diplomáticamente sugerido por los ministros de Inglaterra y de la Unión, bajo la amenaza de un "boycott" naval que empezaba con la prohibición de importar hulla en reservas de nuestra prohibición de exportar trigo.

Esa idea solapadamente germanófila, satisfice a los neutralistas que manifiestan por esas calles, alternado, en significativo consorcio, los clamores de paz con los vitores a los imperios centrales.

Al propio tiempo, estas mismas personas cuya sensibilidad no se conmovió ante el asalto de Bélgica, traicionero y feroz como los peores atentados de la barbarie en los tiempos más negros de la historia, siéntense llenas de compasión por la suerte del militarismo alemán, cuyo propósito de aterrorizar al mundo entero vuélvese contra él, según debía esperarse, suscitándole un enemigo en cada nación agredida por sus piratas.

Entre esta provocación, cuya efectividad no es dudosa y cuyo carácter de extorsión brutal no admite réplica, al ser su objeto explícito la paralización del tráfico neutral por medio del terrorismo; entre eso y la mera sospecha de una presión diplomática, el patriotismo neutralista no sabe decidir. Es necesario contenerse, sin perjuicio de ir indignándose un poco, no contra el que veja, anunciando el ultraje y cometiéndolo a mansalva, sino contra el que puede ser que hubiese habido de vejar.

No me corresponde hablar en defensa del gobierno argentino que, seguramente, tampoco la necesita. Pero, el honor del país me obliga a afirmar, pues tengo la información suficiente, que ese rumor es absolutamente falso. No hemos observado, ni siquiera por error formal, la conducta levantina que el neutralismo quisiera. Lo que tiene de más bello el acto argentino, es su carácter de libertad soberana".

El inefable doctor Bunge

El doctor Augusto Bunge, que se opuso, en el comité socialista, a la comentada declaración del partido, ha explicado su voto en contra, diciendo que no discute la defensa de los intereses del país, pero que no quiere que esa protección comporte la beligerancia.

El doctor Bunge haría bien de precisar más su pensamiento enseñando cómo se puede proteger a un buque de comercio atacado por un submarino, sin causar la más leve pena al pobre submarino.

¿Dónde está Payró?

Recordarán los lectores aquellas varoniles crónicas, veraces y sollozantes de indignación, que enviara Roberto Payró, desde Bruselas, cuando vió pisoteada la buena y trabajadora Bélgica por las hordas teutonas. Recordarán, también, que fueron interrumpidas de pronto "manu militari..." Desde entonces, salvo una que otra vaga noticia referente al registro domiciliario efectuado,—atropellado—por los alemanes—no obstante tratarse de un ciudadano argentino—el más impenetrable, el más angustioso silencio envuelve la vida de este laborioso y noble escritor. Ni una línea suya y, lo que es peor, ninguna nueva suya, llega al país. ¿Qué hace Payró? y, sobre todo, ¿dónde está Payró? Nuestra cancillería de entonces pudo hacerse una neutral—¿diremos?—composición de lugar tendiendo su gasa húmeda de frialdad sobre el desgraciado asunto de nuestro consul fusilado en Dinant, después de la consabida depredación, alemana a nuestra bandera. ¿Sea!... Nuestro consul en Dinant no era argentino (y la bandera, lo era, ¿sí o no?) Nuestro consul fusilado en Dinant no era argentino... Muy bien. Pero, Ro-

"la neutralidad se encuentra en oposición con los términos medios y es contraria a las situaciones mal fundidas".

Hemos dicho que la neutralidad ha sido violada por ambas partes y hemos dicho bien; Hubner al definir la neutralidad dice que consiste en "una exacta imparcialidad" y la nota contestación de nuestro gobierno a la comunicación de los Estados Unidos de su ruptura con Alemania es una franca declaración del reconocimiento de su derecho que es el nuestro.

En cuanto a la cuestión de si es motivo suficiente el despojo de un derecho para romper las relaciones diplomáticas, Vattel al dividir los motivos que pueden ocasionar una guerra en perfectos y lícitos o viciosos, incluye entre los primeros el recuperar un derecho de que haya sido despojada una nación (Droit des gens, edición Guillaumio, anotada por Pradier-Podere, liv. 3, cap. 3, parágrafo 30).

Otro error de concepto es el de suponer que desconocer a Alemania el derecho de ultrajarnos significa reconocérselo a sus enemigos; no es admisible tanta candidez sino como un argumento impuesto por la falta absoluta de otro fundamento racional y lógico.

Dejando de lado la refutación de argumentos que

se despedazan a sí mismos por su impotencia, no podemos terminar sin protestar enérgicamente contra la afirmación de que la República Argentina "caería de bruces en el campo de la opereta si declarara la guerra a los imperios centrales". Afirmación semejante no cuadra a ningún argentino que sienta correr en sus venas sangre capaz de mirar cualquier peligro de frente cuando está de por medio su dignidad o su honor. "Las rogativas, *ad potendam pacem*" corresponden a los que se aíslan del mundo para vivir en la contemplación y de la prescindencia, y no a un país soberano que tiene como justa ambición y como deber ineludible ser lo más grande de lo grande y que tiene en su inmensa cordillera el índice que le señala las alturas a que puede y debe aspirar.

Ocurren en la vida de las naciones, dice Ortolán, casos en que una imperiosa necesidad exige recurrir a la vía de las armas. Cuando este es el único medio que queda a un Estado para sostener sus derechos ultrajados o desconocidos no debe vacilar en emplearlo, so pena de atentar contra su dignidad y preparar su decadencia.

ALFREDO C. DERQUI.

SOBRE NOSOTROS

La vieja costumbre esta de hablar mal de las cosas que nos rodean, de creer que lo que está lejos es mejor; pero tampoco podemos atar la observación respecto de lo que nos circunda y callar la protesta que pudiera sugerirnos con el simple razonamiento de que en todas partes ocurre lo mismo. Además no ocurre lo mismo en todas partes; los fenómenos de igual índole se hallan atemperados o aguzados por razones locales que tienen su origen en la constitución étnica de tal sociedad, en la fortaleza física de sus componentes, en su cultura, en su espiritualidad, en su religión.

Me propongo analizar a grandes trazos por qué la masa bonaerense es inculta y por qué sufre la mujer de esta bella ciudad tanta torpe descortesía.

No incluyo en este análisis a las provincias porque deben ser consideradas bajo otro criterio.

La Capital Federal es respecto de las provincias una gran cabeza un poco alocada que se irriga con sangre de aquellas y en vez de devolverle el torrente cuajado de ideas quema en su laberinto todo el oxígeno que le aporta. (Esta imagen podrá no ser fisiológica pero es exacta).

Adolece esta capital de una bondad que la mata moralmente: su puerto. Por él se han entrado, al aparato de hombres que cuidaron mal de sus leyes, una cantidad de seres, muchos de ellos hez de su

raza, que hallaron calles limpias y rectas y se aglomeraron en ellas bajo el espléndido cielo azul ansiando que cada estrella cuajara en una moneda de oro.

Estos seres que en su tierra tuvieron las naturales ataduras del conglomerado familiar, deberes patrióticos, prejuicios históricos, amo espiritual: rey o Dios, puestos en un ambiente libre a fuerza de descuidado fructificaron de inmediato consiguiendo un relativo progreso económico no en concordancia con su progreso moral. (Esto se acentuó con la falta de escuelas para sus hijos extranjeros o nativos y con su natural, importada negligencia, en lo atañadero a lo que no fuera medrar comercialmente en esta tierra a la que ningún afecto congénito podía ligarlos).

Estas observaciones no encierran ningún reproche para los medradores: nada más lógico, dada la mala arcilla de que están hechos los hombres, que aquel egoísmo. La amargura de estos hechos va apuntada al futuro.

Luego no son los elementos extraños a una sociedad los que han de preocuparse de ella; los invitantes deben cuidar de los invitados, disponer, prevenir; o sino, soportar... para lo que se precisan ciertamente buenas espaldas.

Consideremos ahora, sin falso amor patriótico el elemento nativo bonaerense, descartando por cierto los grupos sociales que por cultura especial se libertan del medio ambiente.

La Nota

Para conocer un sujeto, o un grupo social bastan sus manifestaciones principales; no hay hechos aislados: todo es a la vez consecuencia y origen.

¿Cómo vive el nativo? En primer término el nativo vive mal; adorna la sala y descuida la cocina; excede frecuentemente su presupuesto; debe, juega. Tiene la generosidad de su desorden. ¿Por qué? El nativo está acostumbrado al favor. Primero al favor de la naturaleza que le ha dado una tierra ancha y pródiga y un cielo azul. Segundo al favor de la burocracia producto de una independencia ¿casual? ¿precipitada? ¿sin orientación?

Estos dos favores han entorpecido su concepto de responsabilidad colectiva.

El nativo trabaja poco físicamente; no quiere trabajar físicamente: a poco más lo consideraría un desdoro.

Los pudientes se olvidan de la necesidad de poseer como posible y supremo recurso una buena fuerza muscular y un sano concepto de ésta; la clase media ansía tener en la familia un titulado para elevarse (supone); la llamada pobre divide frecuentemente sus hijos; algunos al trabajo no muy pesado, otros al empleo subalterno; no es extraño que llegue al magisterio, a la facultad. Esto que es hermoso como esfuerzo no puede serlo como sistema; suele perderse, por simple vanidad, mucha energía buena.

¿Por qué los nativos emigran del trabajo? Aparte de la predisposición natural a la indolencia por la ascendencia y el clima hay en esta gran ciudad carencia de esperanzas colectivas y por consiguiente de esfuerzo personal.

Me expreso; en Buenos Aires las multitudes no están unidas por un interés común. Aquí nadie realizaría, sin una causa muy seria, un sacrificio personal en beneficio de la colectividad porque ésta es abigarrada y babilónica.

Una cultura espiritual colectiva es obra del tiempo y necesita, para ser alcanzada, intereses, recuerdos y miras comunes.

La cultura colectiva descansa en el cariño a la tierra, a la historia, al hogar, a la ley, al porvenir.

Sin este calor el esfuerzo es imposible, el trabajo pesa, la constancia no existe, y si la haraganería y la indolencia se hallan favorecidas por disposición natural, como nos ocurre, se corre el peligro de desaparecer por infiltración.

¿Quiénes tienen la culpa de la desconfianza a que me refiero?

Es complejísimo el análisis; es obra de años y de serios estudios que serían osadía en mí. Me he concretado a apuntar casos, hechos, que todos ven, saben, sienten, así no quieran confesarlo.

Es la verdad que en esta gran ciudad no hay verdadero sentimiento nacional; si lo hubiera ya habría abandonado las oficinas, los institutos de segunda enseñanza, los negocios de especulación, una preciosa juventud que encierra sus energías entre cuatro paredes mientras campo afuera están las fuerzas vivas de su nacionalidad en manos poco cuidadas.

Peró esto es hablar: no es posible superarse a sí mismo sino por excepción: faltan escuelas, sobran malos maestros, falta orientación colectiva. ¿qué harían en esta ciudad, veinte, cien, mil, voluntades fuertes, conscientes, pero aisladas, que de fijo las hay?

Colectivamente obsérvase un exceso de savia que se va a las hojas olvidando flor y fruto, buena y joven inteligencia que intuye y no estudia y un optimismo personal a toda prueba que evita pensar hondo, hijo este de la imprevisión y de la generosidad de la tierra.

Se me ha ocurrido pensar a vuelo de pájaro en estas cosas tan fundamentales, hostigada, esa es la palabra, por la visible desconsideración con que esta ciudad trata a las mujeres que la integran, cuando éstas abandonan el hogar o el salón.

Como anteriormente decía, y todos saben, toda manifestación social es una consecuencia.

¿Puede un pueblo abigarrado y multiforme, poco estudioso y joven, descorazonado a veces y afiebrado otras, haber alcanzado otra cosa que la cultura social? ¿Exigiríamos de él conceptos superiores de la vida? ¿Exigiríamos de él las consideraciones espontáneas que las mujeres recibiríamos si tuviera cabal concepto de la familia como institución primera de la colectividad, como asiento y fundamento de la raza?

En un próximo artículo he de continuar este tema que me interesa, así tiemble la pluma al escribir cosas amargas.

ALFONSINA STORNI.

Mayo 1917.

cionadas, señores: Romeo A. Bado, Antonio Medici, Juan B. Duboux, Francisco R. Suárez, Luis Sixto Clará, Atilio Medaglia, Alejandro A. Burgra, Teófilo F. Carreño, Silvano Godoy, Luis A. Vives, Luis A. Ferreira y José F. Castiglione.

Para considerar dichas suspensiones la Liga Nacional de Maestros convocó a sus miembros a una asamblea el sábado 23 del corriente. Luego de cambiar ideas aprobó el siguiente pliego de condiciones: Solicitar la solución favorable de todo el petitorio del 14 de abril del corriente año enviado por la Liga Nacional de Maestros; nombramiento de un consejo permanente de maestros compuesto de cinco miembros, con voz en el seno del Consejo Nacional, interin se reforme la ley de educación común; derogar todas aquellas resoluciones que afecten a la conciencia profesional del maestro; salida del doctor

Juan P. Ramos; dejar sin efecto la resolución por la cual el Consejo suspende a los maestros componentes de la comisión directiva de la Liga Nacional de Maestros y cuerpo de redactores de la revista "Renovación".

•
•

Suscribimos nuestra formal protesta por la resolución del Consejo Nacional de Educación, al entrañar ella un doble atentado al derecho de asociación y a la libertad de pensamiento.

Publicaremos datos concretos sobre este grave asunto con la plena seguridad de que hasta nosotros no ha de llegar la arbitraria "suspensión".

WALTER GREEN.

Fernández Moreno en "Ciudad"



FERNÁNDEZ Moreno se asemeja a un árbol siempre florecido, que el viento orea. Todo el follaje se estremece al más ligero soplo, a la más imperceptible brisa de emoción; y el aire deja en rededor un sonido íntimo:

¿Qué es lo que sueña, mi alma?

Algo así como un constante murmullo interior nos seduce al leer a este poeta, aparte de la forma estrictamente plástica, que ha encontrado para realizarse. Ello constituye la atmósfera lírica que da una misma entonación a poemas diversos, que funde estados de alma en una nota dominante de angustia, de aislamiento moral o de dulce resignación ante el irremediable dolor humano. Al devanear por la *Ciudad*, Fernández Moreno, merced a una visión penetrante, ha percibido ese dolor en toda su crudeza y lo ha transportado a sus versos, con una fuerza de expresión y de síntesis, y una curiosidad por el carácter gráfico, que, si pueden llevarle a ciertas deformaciones, no ponen en peligro la esencia de su arte, que aspira a ser tenazmente verídico.

Un escritor sutil, Azorín, en su comentario a las *Cartas desde mi celda*, de Becquer, nos hace comprender cómo "un artista, sintiendo la independencia de la propia personalidad y experimentando la tristeza universal de las cosas, se apoyara firmemente en el amor a la realidad y en el culto al paisaje, y trajera al arte español una visión más intensa que las anteriores de la Naturaleza". También Fernández

Moreno nos despierta más de una vez a una realidad poco observada, en sus pinturas o aguafuertes de paisajes animicos; porque sabe mirar con la limpidez de los ironistas a lo Jules Renard que unen a la exactitud del naturalismo ese algo indefinible, que es el sello de la belleza. Un ironista suele ser un hombre de una sensibilidad tan fina que le permite llevar el alma dentro de la mirada; un alma llena de simpatía hacia todo lo real. "Para que una cosa parezca bella, ha dicho Flaubert basta con mirarla por largo rato".

Las calles de Buenos Aires se tornan manantial, cuando un temperamento las avizora, y se siente unido por misteriosos lazos a la vida de su ciudad, hasta el punto de indentificarse con ella:

Llueve desde las ocho y son las doce. Gusto
caminar a estas horas por la ciudad mojada,
todo está limpio, fresco y siento
que como la ciudad mi alma está refrescada.

Fernández Moreno posee un aguzado sentido del color. Su arte consiste en la acertada indicación del tono justo, puesta a veces en forma somera. Se sigue de ahí una gran frescura de las imágenes. Trazos extraordinariamente nítidos forman la trama de sus composiciones, aún de aquellas más llevadas. Es impresionista en su tendencia a no reproducir sino el rasgo típico, valiéndose de medios puestas de relieve en los admirables disticos a Laferrere:

Tiene los ojos vivos y redondos y negros
con que nos miran los retratos viejos...

Y no es raro oírle modular acentos que traen el encanto melancólico de las "confesiones eternas", como las llapa Rémiz de Gourmont. Tal sucede en *Propósito*:

Desde hoy en adelante voy a ser reservado;
pasaré por la vida taciturno y callado.

Pero ¡ay! en cuanto escucho media palabra bondadosa
se abre mi corazón como una blanda rosa...

*
* *

Por fortuna para vosotras, calles angostas "cuyas lóbregas casas se nos vienen encima", compuesta y ataviada Florida, Avenida, remedo de bulevares, calle de Santa Fe, monótona como una hilera de tranvías, alguien al pasar os ha dejado el perfume de un verso y un poco de espíritu aletta en vosotras. Un poeta más ha sentido su corazón oprimido de la tristeza del suburbio; ha exclamado: "calle de Rivadavia, entre Floresta y Flores — calle de mis amores..."; no ha permanecido ajeno al combate mudo entre lo presente y lo pasado, que tiene por teatro a la plaza del Congreso:

¡Ah! si yo pudiera plaza del Congreso
hacer de mis manos dos varitas mágicas
.....
voltearía todas esas casas bajas
y te rodearía de altísimas casas.

Desde mi puerta, Tarde de invierno, Orillas del Plata, Palermo etc., tienen la fineza de puntas secas. Otras impresiones recuerdan las litografías y dibujos de Steinlen. *Orillas del Maldonado*, que pudiera darse como modelo de clásica sencillez, se insinúa con reflejos de luz y agua y una música par-
lera:

Orillas del Maldonado
arroyuelo miserable...

¿Dónde naces, Maldonado?
Mal puedes decir que naces
arroyuelo...
Te pierdes en todas partes.

Entre una lepra de casas
es tu fango verdegueante
común cajón de inmundicias
y sepulcro de animales.

Yo bien quisiera cantar
tus álamos y tus sauces
y decir: — ¡Oh, Maldonado,
río de mi Buenos Aires!

Yo quisiera un río íntimo,
transparente y ondulante,
lleno de puentes románticos
y las orillas con árboles.

HÉCTOR DIAZ LEGUIZAMÓN.



LA SEMANA TEATRAL

Nuevas obras nacionales: "La humilde quimera", "El collar de Esperanza" y "Almanaque porticño ilustrado". Opereta y zarzuela: "La embajadora", "El asombro de Damasco". Del género chico. — Perspectivas de la temporada: alta comedia y coreografía. — Obras próximas a estrenarse.

En su última producción, "La humilde quimera", estrenada en el Apolo, el doctor Vicente Martínez Cuitiño se entrega al examen psicológico, a la pintura de tipos, con cierto acento de caricatura, y a plantear y vencer dificultades de técnica teatral. Es siempre, aún en esta obra, el dramaturgo que ve un poco sombría la vida, y destaca la nota de amargura de la existencia. Y se muestra una vez más el artista severo y sobrio que nada concede a las predilecciones del público y los artistas. Su sinceridad hace aceptar como a otras, este nuevo trabajo suyo, que no consi-

gue conmover sino en escasas oportunidades como si el autor huyera de la emotividad en el temor de aparecer sensiblero, él, que sabe presentar cuadros de dolor verdadero y maneja como pocos las emociones y el carácter que presta a sus personajes. No es tampoco la presente una pieza siquiera sonriente, ni pudiera clasificársela de comedia costumbrista o de tesis. El aspecto irónico de ciertos personajes y de algunos diálogos y muchas frases le dan carácter de comedia satírica, y hay en este sentido una evidente intención y aún aciertos de ironía acerada y mordiente.

En diversos pasajes de la obra se trasluce mucho del espíritu del autor, es éste el que habla por boca de sus personajes, y toda la comedia refleja con mucha fidelidad su carácter típico, su personalidad fuertemente marcada.

"La humilde quimera", que presenta un asunto poco novedoso en el teatro, ofrece no obstante originalidad, en su forma y desarrollo, y parece una obra ideada para mostrar reacciones espirituales en los personajes: un virtuosismo de observador sincero

La Nota

Revista Semanal



DIRECTOR
EMIR EMIN ARSLAN

Dirección y Administración
FLORIDA 529
Unión Tel. 804, Aven.

La responsabilidad de los artículos es exclusivamente de sus autores.
"LA NOTA" no prestará ninguna atención a las comunicaciones o artículos anónimos.
Los originales no se devuelven.

SUBSCRIPCIÓN
EN TODA LA REPÚBLICA } Por 6 meses..... \$ 5.-
 } Por un año..... " 10.-
 } Número suelto 20 centavos
Para el exterior las suscripciones se cobrarán a oro

NUESTRO TERCER ANIVERSARIO



ON el presente número entra LA NOTA en el tercer año de su existencia. Si se tiene en cuenta el cúmulo de dificultades de diversa índole porque han tenido que atravesar en estos últimos años las publicaciones periódicas del país, se comprenderá el esfuerzo que ha sido menester realizar para mantener a LA NOTA a la altura de las legítimas exigencias de un público tan culto como el que constituye la masa de nuestros lectores. Mientras casi todos los diarios y revistas se han visto forzados por el encarecimiento del papel, por las necesidades de la información respecto de la guerra y por la difícil situación de la plaza, en fin, a modificar en sentido restrictivo, su formato o su número de páginas, y a suprimir o reducir sus secciones, LA NOTA ha logrado permanecer invariable, presentando siempre al lector un conjunto literario y gráfico no indigno de su atención. Esta revista reconoce, sin embargo, que es al mismo público a quien debe tan halagüeño resultado y reitera aquí su agradecimiento a cuantos han contribuido con su apoyo a favorecerla, demostrando con ello, cómo el gusto intelectual de las gentes del país, hace posible la existencia y prosperidad de un órgano que aspira a reflejar en todas sus fases, el movimiento cultural de la República.

A propósito, LA NOTA cree conveniente insistir en esta ocasión, en las manifestaciones que respecto de su amplitud como tribuna hospitalaria de todas las ideas, ha hecho ya en numerosas oportunidades. En efecto, ella ha estado y continúa estando abierta a todas las expresiones del pensamiento nacional. Cree

sinceramente en las ventajas y en la utilidad que se siguen de toda discusión elevada y culta y anhela que todo el mundo vea en sus páginas un ágora libre donde pueden debatirse ampliamente las cuestiones que por una u otra razón, interesen y apasionen el espíritu colectivo. No significa ello que LA NOTA no tenga opinión definida acerca de ciertas cuestiones fundamentales de la actualidad y es notorio hasta qué punto se ha puesto de parte de lo que considera dentro de la razón y la justicia en el terrible conflicto presente. Pero al propio tiempo, ello no le impide abrir sus columnas a todos las voces que, dentro siempre de los términos exigidos por la cultura y la ilustración general, quieran hacerse oír en favor de cualquier tesis o doctrina. La encuesta que sobre el divorcio acaba de iniciar esta revista, solicitando la opinión de personas que militan en las filas más antagónicas muestra hasta donde es verdadera esta actitud a que nos referimos.

De esta manera LA NOTA ha de continuar su existencia, ajena a todo bajo interés y a toda preocupación mezquina, ofreciendo en sus páginas las más variadas expresiones de la mentalidad argentina, desde el artículo doctrinario o científico hasta las manifestaciones de pura belleza como la poesía, y desde la alta crítica hasta el comentario risueño y ligero. Espera, entonces, fundadamente, que no le ha de faltar en momento alguno el favor del público inteligente. Y con eso le basta...

LA DIRECCIÓN.

Los españoles liberales

Importante afirmación sobre la guerra



O todos los españoles son germanófilos. Buena es decirlo, en honor de quienes militan, por sus elevados sentimientos, en favor de los derechos y libertades de los pueblos débiles, y de los intereses de la humanidad, amenazados por el delirio pangermanista.

Una prueba, muy elocuente, de lo que decimos, nos la proporciona el "Correo de Galicia", órgano de la colectividad gallega en la República Argentina y cuyo director es el conocido periodista señor J. R. Lence.

El mencionado periódico, desde tiempo atrás, viene defendiendo la causa de los aliados con valentía y pertinacia. Nos es grato reproducir los párrafos más interesantes de un artículo recientemente publicado bajo los siguientes títulos: "Los problemas de la guerra", "El sentir de algunos españoles en América". "España antes que todo".

Refiriéndose a la neutralidad dice:

"No son neutrales los partidarios de Alemania, pues para prever lo que harían si nuestra posición geográfica en Europa no les impidiera accionar, basta escuchar o leer las razones que dan para que nuestra patria sufra todos los ultrajes a su pabellón y soporte todos los ataques a su soberanía. Equivalen a decir: hay que ser neutrales, mientras no podamos andar a tiros con Francia y con Inglaterra."

Pero los españoles germanófilos no lo entienden así. Los egoístas partidarios de la inercia de España argumentan de este modo:

"¿Cuarenta buques españoles están en el fondo del mar! ¿Qué horror! Cuarenta buques cargados de contrabando de guerra. ¿Por ventura se cree que el honor de España está en el bolsillo de algunos armadores bilbaínos? Pues no deja de ser curiosa su teoría. Si los ingleses prohíben a los buques españoles llevar naranjas para Alemania. ¿Por qué los alemanes tiene que permitir que lleven hierro a Inglaterra?"

El odio a Inglaterra es tan impetuoso por parte de los fervientes admiradores de Antonio Maura y de Vázquez de Mella, que sólo puede apreciarse con esta "tirada" que al propio tiempo sirve para justificar las traiciones y los crímenes de los submarinos:

"El submarino es un arma nueva y hasta ahora no hay legislación sobre ella. Los ingleses piratas por excelencia, gritan y alborotan porque llevan la de perder. Don Quijote protestaba de los arcabuces y de la pólvora, hoy nadie protesta de eso. El submarino hará que desaparézca de los mares el más grande de los imperialismos; el imperialismo inglés, los españoles deben felicitarse de que las naciones débiles como la nuestra, puedan defenderse con esa arma, y cuando se haga la paz, en el Congreso que se reunirán las naciones, esos hundimientos que tanto sulfuran se darán por bien hundidos (Los arcabuces y la pólvora aceptados)."

¿Qué les parecen al lector los sentimientos del germanófilo español? ¿Estupendo! Felizmente hay españoles que repudian esas formas odiosas; españoles progresistas de amplio espíritu liberal. Veamos cómo el "Co-

reo de Galicia" levanta con eficacia tan inauditos argumentos. Con respecto a los cuarenta buques españoles hundidos, dice:

"Al señalar nosotros, con cierta pertinacia, la enorme cantidad de buques españoles hundidos por los teutones no es, por cierto, porque nos haya causado horror el número de víctimas ni los valiosos intereses que representaban; aunque, es necesario advertir, que como españoles, nos duelen los ataques llevados a cabo con toda brutalidad, contra compatriotas indefensos. Todavía no hemos llegado a comprender ese fervoroso patriotismo, que consiste en defender y aplaudir la muerte de compatriotas nuestros, algunos de los cuales honraban el nombre de nuestra patria como el compositor Granados y su familia; nuestro patriotismo, tan poco patriótico, según creen los que han monopolizado ese sagrado sentimiento, no puede salir defendiendo a los alemanes en contra de los hombres que han nacido en nuestra propia tierra y que usan del derecho hasta hoy reconocido por todas las naciones cultas, algunas de las cuales están ya en la contienda por defenderlo, de atravesar las rutas del mar libre.

No es cierto que los buques hundidos, llevaran contrabando a Inglaterra; sí, es cierto, que algunos, como el "San Fulgencio", por ejemplo, traían carbón para nuestra patria y estaba garantido por nuestro propio gobierno, por cuya cuenta venía el buque a España."

El absurdo sobre el imperialismo marítimo inglés, tantas veces denunciado por la mala fe pangermanista, le inspira al "Correo de Galicia" el siguiente sensatísimo párrafo:

"¿El imperialismo marítimo de Inglaterra! ¿Cuántas naciones han dejado de comerciar porque Inglaterra se lo impidió? ¿Cuántas restricciones ha opuesto a Europa y al mundo? El Canadá, Australia, La India, posesiones británicas, en las cuales puede todo el mundo comerciar en igualdad de condiciones que los mismos ingleses, muestran con toda evidencia, las tiranías de la nación dominadora de los mares. La potencia industrial y comercial del pueblo inglés, se ha fundamentado sobre el librecambio más absoluto. Debido a esas poderosas razones, todo el mundo está ahora contra Inglaterra..."

Por último, el estimado órgano de la colectividad gallega en la Argentina, al ocuparse de la actitud de las repúblicas sudamericanas, se expresa en esta forma, un tanto amarga para España, pero...:

"Estos países de América que hablan nuestro verbo, no piensan con nosotros, porque no hemos querido caminar con los tiempos, porque son póstumas la mayor parte de nuestras concepciones de las cosas y del mundo. Si en el terreno político estamos con las viejas prácticas, ¿cómo han de seguirnos los pueblos jóvenes y renovadores de hispano-americanos? ¿Si en lo que se refiere al derecho, estamos con la fuerza, ¿cómo han de recibir nuestras enseñanzas las democracias de América? ¿Si en el orden internacional nos movemos a impulsos de viejos rencores ¿cómo van a simpatizar con nosotros estos países sud y centroamericanos, a los cuales debiéramos dar el ejemplo, para que olvidaran los resentimientos que hacia nosotros pudieran todavía guardar, desde las luchas de su independencia?"

Felicitemos al "Correo de Galicia" por su noble campaña. Ella demuestra que no todo se ha perdido en la península ibérica. Por eso creemos firmemente en una España nueva.

LA NOTA

esta capital. Como la legislación española, análoga a la nuestra, no reconoce el divorcio absoluto, la interpretación acordada por la jurisprudencia anterior al artículo 165 de nuestro código civil, se oponía a la celebración del nuevo matrimonio, produciéndose así la correspondiente actuación judicial.

Dictaminé, entonces, que si bien el citado artículo 165 resolvía el caso negativamente, una vez producida la reforma que originó la ley de matrimonio civil, aquel precepto fué substituído por el contenido en el artículo 7 de dicha ley, pues mientras el primero se refiere a todo matrimonio disuelto en territorio extranjero, el segundo contempla únicamente el disuelto que se hubiera celebrado en la república.

Como se ve, la variante es fundamental e implica una concordancia con la revolución jurídica

operada precisamente después de sancionado nuestro código.

La prohibición queda, pues, limitada a los casos en la República. El pensamiento legislativo ha experimentado un cambio visible, de 1871 a 1889, al conciliar el precepto de indisolubilidad de nuestro matrimonio con el de disolubilidad adoptado en otras naciones.

La Cámara 1.^a de Apelaciones, sancionando en su fallo esa tesis, ha fijado una línea de conducta inspirada en las necesidades de una verdadera y sana justicia, conciliando el aparente conflicto, sin apartarse de la atrasada ley, mediante una interpretación inteligente y humana que tiende a evitar uniones irregulares, y consulta elevadas razones de estabilidad social.

DR. JERÓNIMO BALARINO.
(Fiscal de cámara)

GOBIERNO GERMANÓFILO

El señor Irigoyen anunció a los delegados del Comité Nacional de la Juventud que acataría la voluntad del pueblo en el grave asunto internacional. Lo dijo con las pupilas fijas en los siglos venideros, sin omitir los golpes en el pecho prócer, que son comillas de inmortalidad puestas a esa declaración solemne. No es poca promesa, tratándose de un presidente cuyo evangelio es la democracia y cuyo catecismo es el sufragio libre. Pero ¿qué entiende el señor Irigoyen por sanción popular? Hombre de lógica mayoritaria, no se le oculta, sin duda, que la opinión colectiva se manifestó con singular abundancia en favor de la ruptura de relaciones con Alemania.

En efecto, el pueblo dió su parecer en forma clara desde el primer instante. No bien se reveló el escándalo de los famosos telegramas, la calle y las columnas de los periódicos tradujeron idéntico sentir y todos esperaron la actitud única como respuesta al ultraje alemán. Mas he aquí que ese plebiscito no es suficiente. El señor Irigoyen aguarda otro pronunciamiento en este sentido. Aspira a que el país en masa le signifique su anhelo y recién después de ésto, considerará oficialmente que el decoro argentino necesita una defensa más enérgica y una expresión más cabal de desagravio.

Esta es la situación, reducida a términos desnudos y esquemáticos. En tal caso, no es la sanción popular la que falta a su conducta. La tiene y prescinde de ella. Son sus ideas personales las que determinan el actual estado de cosas. Lejos de guiarse sufragáneamente como cuadra a su fe política, por el índice del mayor número, se aisló y se ensimismó para perseverar en un error que comporta para la república la deshonra y el desastre.

El señor Irigoyen realiza en el gobierno un programa germanófilo. Puede no serlo personalmente. Lo es en la práctica. Más aún, es germanófilo por el hecho exclusivo de creer en la palabra de los alemanes. Sólo así se explica su extraordinaria posición frente a los acontecimientos producidos. Asambleas enormes solicitan la ruptura; el congreso opina de manera idéntica; la prensa exterioriza un juicio análogo. A pesar de eso, el señor Irigoyen sostiene lo opuesto. Entonces, no es ya la razón de plebiscito, la que preocupa sino sus ideas individuales las que predominan sobre el conjunto diverso de sugestión y de causas surgidas del alma misma de la nación.

¿En virtud de qué impulso procede? Conviene examinarlo. La hipótesis que aparece inmediatamente, es que el señor Irigoyen mide y compara la ofensa con la disculpa y acepta esta última. Veamos. El ministro de Alemania ha injuriado al gobierno y por ende al país. Hizo algo peor, que es atentar al país en sus intereses y en su soberanía. Si la cancillería de Berlín nada dijera a raíz de tales despachos, la expulsión del ministro no habría sido bastante.

Mas de allá vino la consabida explicación. Aquellas cosas monstruosas del conde Luxburg no eran sino expansiones individuales que la diplomacia del imperio no aceptaba. Eso jamás influyó como consejo ni fué aceptado como plan.

Es, en resumen, la nota de la cancillería germánica, creída por el señor Irigoyen, a juzgar por su pasividad actual. Pero ¿cómo es posible creer al gobierno alemán? No es necesario tener pruebas concretas para demostrar que la conducta del señor Luxburg responde al sistema general de la política alemana. Es la esencia y el fondo del espíritu alemán, que reposa sobre la iniquidad y encuentra su equi-

brío permanente en la mentira. Lo evidencia la historia de la guerra y lo afirma la tradición de los núcleos teutónicos desde su origen más remoto hasta hoy. ¿Ignoramos, acaso, las siniestras maniobras de la diplomacia alemana en Italia, en Rumania y en Grecia? Las revelaciones sobre el espionaje alemán en Norte América denuncian la presencia del mismo propósito allí donde hay un representante de los intereses alemanes. Convengamos en que el conde de Bernstorff, es una personalidad diplomática que, por su posición y por su importancia, debe ser considerada como un tipo comprensible de la vida política alemana. Sin embargo el conde de Bernstorff es igual al señor Luxburg. Resulta algo así como un Rocambole del mundo oficial, complicado en intrigas tenebrosas, en vastas novelas de crimen y de traición. Este embajador severo y pomposo, era el jefe inmediato de una pandilla de sobornadores a los cuales pagaba con dinero solicitado al ministro de relaciones exteriores de Alemania. El conde Bernstorff actuaba con un apodo, como se actúa en la vulgaridad del delito.

Si el gobierno norteamericano, en conocimiento de los sucesos tramados, hubiese preguntado al de Berlín si se hacía responsable de la obra de su agente, habría contestado con la negativa más retunda. De esta manera, von Jagow y Bettmann Holwek, que le mandaban instrucciones, le hubieran desautorizado. Exactamente lo propio acontece con nosotros. La cancillería de Berlín desautoriza al conde Luxburg cuando el gobierno argentino lo exige. ¿Por qué no se desautorizó a ese diplomático al recibo de su primer telegrama? Si admitimos que en Wilhelmstrasse se conocían esos despachos inicuos antes de conocerse en Washington — y esta es la verdad — no podemos admitir que el gobierno alemán no es cómplice de su ministro en Buenos Aires. Aceptarlo es dar una prueba de excesiva ingenuidad o manifestarse en extremo interesado en la conservación de la amistad con Alemania. ¿En cuál de las dos equivocaciones incurrió el señor Irigoyen? Creo que en la segunda y esto es lo espantoso.

El señor Irigoyen no cree en la buena fe del gobierno alemán. De no ser así habría aceptado en una forma categórica la explicación venida de Berlín. Hasta se habría reducido al simple retiro ese diplomático culpable. No sucedió así. Es cierto que procedió con vacilaciones angustiosas y obrando como a regañadientes. Declaró clausurado el asunto con el envío de aquella nota sumisa, más parecida a una solicitud de disculpa que a una comunicación de entrega de pasaporte. Más tarde, en presencia de la agitación popular y del ambiente de las cámaras, rectificó el procedimiento añadiéndole, a desatimiento, apremiantes petitorios de explicación cuyo carácter de ultimátum permitió sospechar una posibilidad de ruptura. Encima de esto, se apoderó de la correspondencia diplomática del imperio, secuestro que de por sí supone un acto de hostilidad de tal índole que excluye la suspensión de relaciones por significar la misma en la realidad de los hechos. Es un acto únicamente admisible con una nación con la cual existe el estado de guerra. Al final de tan largo proceso, acaba la doctrina del señor Irigoyen en la conclusión del conflicto. Todo queda bien y no hay para qué interrumpir la neutralidad, desaparecida, para mayor absurdo, con la nota confraternal a los Estados Unidos.

He aquí la asombrosa charada frente a la cual se encuentra el país.

De aquí surge esta consideración: la política alemana, inicu y bárbara, obliga a no creer en el honor de su palabra. El señor Irigoyen tampoco cree, pero admite explicaciones de un gobierno que asiente y gratifica a los personajes siniestros de sus maquinaciones de melodrama. Siendo así incurre voluntariamente en la equivocación de seguir un programa de diplomacia germanófila. Lo es el de la neutralidad en general. Lo es con más violencia y con más evidencia con posterioridad a los telegramas del señor Luxburg, para quien tiene más consideraciones que para el congreso de la nación.

No es esta una sutileza de diplomacia escolástica ni un problema complejo de ese misterioso derecho internacional que invocan todos los abogados mediocres y todos los políticos que esconden su inferioridad en la nueva ostentación de ese profesionalismo de tratados y protocolos. Es un asunto de sentido común. Si el señor Irigoyen prefiere la neutralidad no obstante las exigencias más elementales del decoro argentino y a pesar de las manifestaciones concretas de la opinión pública, es porque obedece a un pensamiento íntimo de política exterior y ese pensamiento debemos conocerlo. No lo conocemos, desde luego. En cambio, lo estamos viendo. Hace una política germanófila queriendo o no y sin duda con absoluta sinceridad, pues no hay derecho para suponerlo desprovisto de las intenciones patrióticas propias de un espíritu argentino. Pero ¿cuál es su idea fundamental? ¿Tiene alguna idea fundamental? Tanto el señor Irigoyen como sus voceros legislativos afirman que la Argentina debía haber roto las relaciones con los imperios centrales hace ya mucho tiempo. Es por esto que no las rompe cuando se nos ultraja y el toseco insulto germánico hiende en lo vivo el honor del país. ¿Qué lógica es esa? ¿Qué extraño ritmo mental responde a esa increíble actitud? Esa estupenda amalgama de confusiones, esa maravillosa candidez y ese gusto de la contradicción no disimulan el fondo interno del teorema. Nuestro gobierno es neutralista porque sospecha a la oposición animada de ideas aliadófilas. Estoy seguro que ya habría declarado la guerra si los adversarios de su partido fueran a la vez partidarios de Alemania. Esta es la clave del enigma obscuro, y no hay que buscar otras razones. Realiza una política germanófila para continuar en el absolutismo de su política radical. Es así.

El señor Irigoyen no percibió al principio, la transcendencia del conflicto internacional, dando de este modo tiempo a que la opinión ilustrada del país acompañara el movimiento popular en favor de la ruptura. Se halló de pronto ante esta realidad desoladora para las perspectivas de su cosecha electoral: la agitación antialemana, brotada espontáneamente del pueblo, no llevaba la marca de su grey y esto le indujo a contrarrestarla. Es así como este gobernante que como caudillo ha vivido en la perpetua apología de las multitudes, está ahora en desacuerdo con ellas porque coinciden en su anhelo con los opositores a su política.

Tal es la verdad. El señor Irigoyen hace política cuando todos la olvidan en homenaje al sentimiento más profundo de patria. Es el único que se acuerda de sus adversarios cuando las opiniones más encontra-

das se borran, cuando los resentimientos más hondos se desvanecen. Los conservadores, los socialistas, los radicales más cultos, se unen en el parlamento para proclamar una actitud homogénea, la actitud exclusiva que conviene a la dignidad nacional. Salvo el señor Irigoyen permanece en su postura antigua de combate arrastrando en su empecinamiento al país, que así le aísla del mundo para disminuirse ante América y volverse sospechoso ante Europa. Política, triste política, misera política, ella nos traerá el desastre, como ya nos trajo el desprestigio y la humillación, pues no otra cosa significa vacilar al sufrirse ultraje tan recio en la honra. El señor Irigoyen humilló al país al desposeerlo de su antiguo carácter de gran potencia de la América del Sur. Con su obcecación o lo que sea,

la puso a la zaga de Bolivia provocando el asombro compasivo de los que fuera de la patria nos quieren bien. La actitud admirable del Uruguay y del Perú al romper sus relaciones con Alemania lo evidencian exhibiendo al gobierno argentino sumido en una especie de fosca torpeza. Creemos, claro está, en su buena fe, pero prácticamente es como si no la tuviera. ¿El señor Irigoyen será el responsable de este enorme desastre? ¿No ha comprendido la hora trágicamente solemne? Sólo sabía que era de un partido, que era de su partido. Esto es una obsesión en él al punto de no darse cuenta que también es argentino y es el honor argentino que acaba de experimentar con su gobierno una caída por mucho tiempo irremediable.

ALBERTO GERCHUNOFF.

EL ESTILO DIPLOMATICO

Ls conocido el adagio: "el estilo es el hombre." En efecto, la manera de escribir es la manera de pensar, o más bien, la manera de expresar el pensamiento. Las cualidades intrínsecas del estilo son la claridad, la simplicidad, la concisión con la necesaria corrección del lenguaje, orden en la exposición de los hechos y lógica en la deducción de los argumentos.

En el estilo diplomático o de cancillería no se han seguido siempre esas reglas. Por ello es que en otros tiempos era necesario saber leer e interpretar los documentos diplomáticos a fin de darles su valor real. Las palabras tenían un doble sentido; uno para el público y otro para las potencias a las cuales se dirigían. Podía creerse en un compromiso pero en el fondo no existía; hay expresiones que parecen inofensivas, puestas como por casualidad y que mudan todo el contenido del documento. Solían encontrarse en las cancillerías redactores habilísimos, que hacían frases atractivas, armoniosas, pero en un todo evasivas, con una sutileza muy lógica sin contar las reticencias bien calculadas y los subentendidos falaces; ocultando en esa forma la manera de pensar, de aparentar decir muchas cosas cuando en realidad nada se dice y viceversa. Se medían las fuerzas y hasta se llegaba a las amenazas empleando siempre mucha fineza en la expresión...

En nuestros días el gran arte de la diplomacia consiste en saber decir las cosas convenientemente y nada más que lo necesario, sin una palabra más, con la precisión en las ideas, la conexión

en los términos y la concisión en todas las partes, pues no basta el ser comprendido sino que debe explicarse en forma tal que no deje lugar a la mala fe mediante la cual, como es sabido, pueden desnaturalizarse los hechos. Es menester impedir que a favor de un equívoco se falsee el sentido de las palabras, falseando la interpretación. Este cuidado escrupuloso debe aplicarse hasta en la puntuación, pues en más de un caso, el lugar de una coma, en apariencia pueril, llegó a motivar interpretaciones tnojosas. De ahí es que se recomiendan las frases claras y cortas, evitando todo lo posible las circunlusiones y los largos períodos. Sobre todo deben evitarse las frases espirituales y la sátira. (El conde Luxburg, plenamente convencido de que Alemania se halla muy por encima de todas estas reglas y formas: "Deutschland über alles" se permitió en sus telegramas calificar al doctor Pueyrredón y al Presidente de la nación con epítetos dignos de la gente de arrabal.)

Siendo el arte de escribir un don como el arte de hablar, el que se dedique a la diplomacia, como dice Meisel en su "Curso de estilo diplomático", debe estudiar asiduamente las diferentes ramas de las ciencias políticas, leyendo a los mejores autores y ayudado también con la práctica de la carrera. Y Mr. Martens afirma que el frecuentar una sociedad culta les enseña a los diplomáticos, con mayor eficacia que los preceptos, el arte de hablar bien y lo necesario.

En el estilo diplomático entra también la forma y las reglas relativas a los títulos y a los

Cartas de España

Encuesta sobre el Divorcio

Respuesta del Dr. Gustavo Martínez Zuviría, diputado nacional.



ICEN que el diputado socialista doctor Bravo, es el que ha formulado en LA NOTA los mejores argumentos en favor de su proyecto de ley de divorcio; y de todos los argumentos el que ha impresionado más, el que su autor parece encontrar más concluyente, es aquel en que imagina un diálogo, que podría sintetizarse así:

—La vida me resulta insoportable en el matrimonio, por tales o cuales razones.

—¡Divórciese!

—Es que mis creencias religiosas no me lo permiten.

—Entonces no se divórcie...

Y el doctor Bravo, agrega como conclusión de este diálogo imaginativo, esta frase:

—¡Ese es mi proyecto de divorcio!

Pues si ese es el proyecto de divorcio del diputado socialista, no es menester hacer muchos esfuerzos de dialéctica para hallarle la falla fundamental, que es la inverosímil frivolidad con que está concebido.

El doctor Bravo no es un hombre frívolo; todo lo contrario, es un espíritu nutrido y formal, y por eso me sorprende con la estupenda concepción de mi proyecto de ley que conmoviera la base de la sociedad en su piedra angular, que es la familia, sin razón más grave que satisfacer el egoísmo de algunos, resolviendo sus difíciles situaciones personales.

—Si no está contento divórciese.

—Es que mis creencias...

—¡Entonces no se divórcie!...

¡Ese es mi proyecto!

¡Bah!

—Los correligionarios no están satisfechos de nuestro voto en la cuestión internacional.

—¡Renunciemos nuestras bancas!

—Es que el congreso socialista no ha previsto esta situación...

—¡Entonces no renunciemos!

G. MARTÍNEZ ZUVIRÍA.



EMOS pasado por un período crítico en la historia de nuestro país, y hay que convenir que el gobierno de Dato ha sabido sortear las dificultades con espíritu de gobernante consciente de sus deberes. El problema político de carácter gravísimo que halló planteado a su subida al poder el señor Dato, estalló con toda su amplitud en ocasión de haberse proyectado la celebración de una asamblea de parlamentarios en la ciudad de Barcelona.

Esta asamblea de diputados y senadores, reunida en Barcelona, debía tener el carácter de constituyente, y, por consiguiente, entraba en su plan la reorganización política fundamental de España, a base de constituir una república federal, en la que coexistirían varios estados, entre ellos el de Cataluña. Este parecía ser el plan. Como medios se contaba, en primer término, con el borreguismo español; en segundo lugar con la pasividad gubernamental; en tercer término, se decía que se esperaba mucho del ejército. Téngase en cuenta que en las filas del ejército cundía una inquietud y un vivo malestar, que habían hallado su expansión en la constitución de unas llamadas Juntas de Defensa, de cada una de las armas, cuyo reconocimiento, en cuanto se refiere a la infantería, costó el encarcelamiento de varios jefes y oficiales en el pasado junio, en los calabozos del castillo de Montjuich, en Barcelona.

El anuncio de la asamblea parlamentaria cundió por toda España. Se preguntaban los periódicos gubernamentales, si las fuerzas parlamentarias dinásticas podían colaborar a una reunión que tenía todos los caracteres de facciosa.

Sin embargo, los políticos catalanes no cejaban en su empeño y se multiplicaron las convocatorias para que el día 19 de julio todas las fuerzas parlamentarias acudieran a Barcelona a discutir los problemas de autonomía política y municipal, los de organización del ejército, etc. Se acercaba la señalada fecha, y los contendientes continuaban en su actitud airada. El gobierno, persistiendo en la declaración que había hecho, de ser tenida la asamblea por facciosa y dispuesto a disolverla violentamente, y los políticos catalanes empeñados en celebrarla a toda fuerza. Para ello contaban con todas las organizaciones conservadoras-regionalistas, dispuestas a lanzarse a la calle para lograr la autonomía política de su región, y contaban también con las masas republicanas-socialistas, dispuestas a apoyar una asamblea de la que debía salir la organización del estado en forma republicana.

Por aquellos días, la cuestión social estaba agudizada en Barcelona con motivo del paro de los obreros llamados del "ramo de agua" (estampados y aprestos) y temíase con fundamento que el elemento anárquico-socialista aprovechara la revuelta política para ensañarse contra los fabricantes que no cedían ante las exigencias obreras. Sea ésto, sea que el elemento que figura en las filas regionalistas no se siente animado del espíritu bélico, el caso fué que salió del elemento director la orden de que nadie se moviera de su taller o fábrica el día 19, persiguiendo con ello que el acto de la asamblea discurriera en

Ficha técnica de *La Nota*

Las oficinas de la Dirección y de la Administración de *La Nota* estuvieron primero en Avenida de Mayo 294 y luego, en Florida 529. El precio unitario era de 30 centavos y desde el n° 17, 4/12/1915, de 20; también rebajó el precio de la suscripción: la anual, de 12 a 10 pesos y, de 6 a 5, la semestral. Hasta la primera mitad de 1918, el semanario salió los sábados, y luego los viernes. La numeración de las páginas fue sucesiva aunque a partir de la entrega del viernes 3 de enero de 1919 (n° 178), se reinició la numeración. Como se dijo en la Introducción, *La Nota* tuvo secciones variadas que se renovaron a lo largo de la existencia del semanario. “Ecos”, “Bibliografía”, “Lectura”, “Palabras alemanas”, “Variedades”, “Sección alemana”, “Cosas femeninas”, “Cositas del congreso”, “Antología castellana”, “La nota mundana”, “Los conciertos”, “Teatros”, “El teatro Nacional”, “La semana teatral”, “Caricaturas”, “Poesías”, “Revistas”, “Noticias de la guerra”, “Líneas”, “Revista de revistas”, “Literatura extranjera”(sic), “Perogrulladas”, “Notas educacionales”, “Notas forenses”. Las secciones dedicadas al teatro así como las vinculadas con el mundo femenino, cambiaron de nombre según quien escribiera en ellas. En ocasiones, “Revista de revistas”, quedaba subsumida en “Bibliografía”. “Revista de revistas” repasaba las actualidades periodísticas, daba la bienvenida a alguna nueva publicación y, muchas veces, transcribía artículos de otros medios periodísticos. Por su parte, “Bibliografía”, no fue una sección meramente literaria, no obstante lo cual apuntó a un lector que podría calificarse más claramente como “culto”. Entre las colaboraciones dedicadas a libros de esta sección pueden mencionarse, en particular, las de Carlos Alberto Leumann sobre *Prosas Profanas* en el número 28 de homenaje a Darío y a propósito de *El mal metafísico* (n° 56, 2 de septiembre de 1916); la nota de Enrique Pins a *El cencerro de cristal* (n° 13, 6 de noviembre de 1915); la colaboración de Edmundo Montagne sobre la obra de Delfina Bunge (n° 34, 1° de abril de 1916); la crítica de Álvaro Melián Lafinur *La Argentinidad* (n° 82, 3 de marzo de 1917).

El caricaturista más importante del semanario fue Ramón Columba; también colaboraron Arturo Nemesio Eusevi, Juan Carlos Huergo, Pelele (Pedro Ángel Zavalla), Sirio. A esto se sumaba la reproducción de grabados y dibujos de artistas extranjeros como Forain, George Edward, Roubille.

Verónica DELGADO es Doctora en Letras por la UNLP y profesora Adjunta de Metodología de la Investigación Literaria. Dirige el proyecto de investigación “Prensa y literatura: estudio de sus vínculos en textos y contextos de la literatura argentina (1880 - 1930)”. Ha publicado *El nacimiento de la literatura argentina en las revistas literarias (1896-1913)*, Edulp, 2009. Es autora de uno de los capítulos del libro compilado por José Luis De Diego, *Editores y políticas editoriales en la Argentina* (FCE, 2006), y colabora en *Perspectivas de fin de siglo en la literatura argentina* (Eudeba, 2002); ha publicado trabajos en *La Biblioteca* (Biblioteca Nacional), *Tramas* (Córdoba), *Anclajes* (La Pampa), *Orbis Tertius* (UNLP) y otras revistas especializadas del país y del exterior. Ha expuesto en congresos de la especialidad en Birmingham, New York, Potsdam, y en numerosas Universidades argentinas. Como becaria de la DAAD desarrolló estancias de investigación en el Instituto Latinoamericano de Berlín y en la Universidad de Potsdam.